

Emilio Camps Cazorla

Diario de viaje

I

Normas de transcripción

- Se transcribe únicamente el texto.
- Se han eliminado las reseñas de foliación y numeración de las páginas.
- Se han eliminado las notas de taquigrafía.
- Se eliminan los dibujos y fotografías. Los titulillos y pies de foto se destacan en cuadro. Cuando se repite un mismo pie de foto para varias fotografías, se señala el número de ellas que lleva el mismo pie. La misma regla se sigue para los dibujos.
- Ortográficamente se ha unificado toda la escritura y se han añadido algunos signos de puntuación cuando así se ha creído necesario. La tipología del texto es regular. Se han respetado los subrayados y los titulillos se destacan en negrita.

1 de octubre 1930

ZARAGOZA

9.40 Salida de Madrid. Comemos en el coche restaurant. 4, llegamos con retraso a Zaragoza. Allí la mujer y los cuatro chiquillos mayores de Navascués. Muy guapos y hermosotes. Realmente con padres viejos no se hace nada bueno; o mejor dicho, como salen las cosas bien es de jóvenes. Yo me voy al hotel Oriente, en la calle del Coso. Sano aspecto. Habitación 59. Hasta llegar a la habitación me han dado cuatro o cinco bienvenidas. El de la oficina, el portero que señala el equipaje para que lo lleven al cuarto, el chico del auto, el chico del ascensor y hasta el mozo que sube las maletas. Además le ponen a uno el número de la habitación en un folletillo muy majo que lleva un plano de la ciudad.

En cuanto me lavo, a la calle y derecho al Pilar orientación muy fácil. La calle del Coso viene a ser por el sur el límite del casco viejo de la ciudad, aproximadamente rectangular, aún reconocible en el plano. En sentido N. S. lo corta la calle de Alfonso I, nueva, que lleva directamente hasta la plaza del Pilar. Mucho comercio y bueno. La entrada en la Plaza del Pilar, una grata sorpresa. Es una plaza rectangular, no grande. La calle Alfonso entra en la mitad de uno de sus lados grandes, y el opuesto está formado por el Pilar. Pero lo enorme fue el cantar de los pajarillos en la plaza, en un número y con una fuerza que yo nunca había visto ni oído. Impresión espléndida. Y sorpresa grande el templo del Pilar. Es majestuoso por fuera y sobre todo tiene dos bonitas torres, aunque un poco gráciles y de confitería. Por dentro de proporciones amplias, con una serie de bonitas cúpulas que no tienen en su colorido la crudeza que acusan las fotografías, ni mucho menos. El entrar y salir constante de la gente me ha recordado a la Virgen de las Angustias. La disposición de la planta deja en lo que podríamos decir trascoro, la capilla de la Virgen, formada por un templete elíptico de mármoles ricos, algo así como un gigantesco sagrario en el que pudiese entrarse. Tres altares, dos (izda. y centro) con relieves en mármol de Santiago y la aparición de la Virgen y otro con la Virgen del Pilar. La imagen en sí es pequeñita y la verdad es que apenas se ve, pues el ambiente no deja acercarse. Hay una balaustrada y sobre ella enorme cantidad de velas. La luz, ya baja, aumentaba el efecto. Y gente de todas clases arrodillada rezando su salve. Algo de emoción. Yo también he rezado. Unos cuantos soldadillos, cuadrados, muy serios. Y como nota que ha extrañado, la entrada constante de chiquillos, algunos que apenas andan, a quienes acompaña un monaguillo y que suben por una escalerita a dar tres besos a la columna; alguno, tuvo que bajarlo el monaguillo en brazos, tan chico era. Di una vuelta, pero imposible ver nada, además de que la mitad está condenada por la restauración. Los arcos se han vencido hacia fuera. Así: en forma inquietante. Andan cimbrando. Por detrás de la capilla de la Virgen un pasadizo, desde donde se ve y besa el pilar

Salgo hacia el Puente de Piedra, magnífico y desde luego mucho más grandioso e imponente que los dos de hierro, modernos. El Ebro tiene aquí una majestad efectiva. Caía la luz y la silueta del Pilar contra el cielo y las nubes, daba un efecto difícil de describir, a que ayudaban el tono lechoso que en lo oscuro tienen las aguas, los

árboles de la ribera, y el mismo Pilar, que juega en una gama variadísima y preciosa de azules y violetas. Su silueta, las torres y las muchas cúpulas dan un efecto muy rico de vida y de movimiento de masas. ¡Lástima de fotografía en color!

Pienso seguir paseando por la otra orilla pero oscurece aprisa y lo dejo. Al pasar por la Lonja, donde están preparando una exposición catequística o algo por el orden, atisbo el interior, rabiosamente iluminado. El efecto es magnífico pues todo se reduce a los pilares (muy movidos de línea a su vez) que sostienen ricas bóvedas de crucería sobre superficie casi de bóvedas baídas. La fachada, sencilla pero curiosa por el modo de emplear el ladrillo. En la parte posterior, hacia el puente, una fuente de azulejo donde bajan a beber las palomas, y una infinidad de éstas que bajan a comer hasta las manos de los chiquillos.

El cimborrio de la Seo, poligonal, tiene un bello efecto por su tono rojo cárdeno del ladrillo y una silueta extraña con su tejado poligonal. Está cerrada. La rodeo y voy a dar al Arco del Deán, curioso pero sin la importancia que le quieren dar y desde luego no "árabe", como quiere la hojita de turismo. Sigo callejeando y al cabo de hora y media he dado la vuelta a Zaragoza, con el Seminario, Palacio Episcopal, Universidad, la Magdalena, San Miguel, los Escolapios, Santa Engracia, Sitios, Paseo de la Independencia, etc. Vuelvo hacia el hotel y cojo el Baedeker.

En Cecilio Gasca compro unas postales y luego, en un café, escribo a casa. Repasé el Baedeker y vi que me he hecho cargo perfecto de la ciudad. No queda más que ver las cosas mañana con luz.

Buena cena en el hotel, en comedor muy majete, con dos camareros y niñas sirviendo. Me molestan las niñas en estos menesteres, aunque sea, a lo mejor, más elegante. El agua, buena. Escribo esto después, esperando a Navascués, que me ha telefoneado que vendrá a buscarme.

2 de octubre de 1930

Anoche vino Navascués y me dio las reseñas precisas para la Aljafería y una tarjeta para ver el retablo del Pilar que está condenado ahora con las obras. A las 8 a la calle. Bello patio el de la Audiencia, al parecer muy restaurado. San Felipe, por allí cerca, un alero muy historiado, en el colegio, con un tufo mudéjar que no puede más, sobre todo al exterior más que en el del patio. Luego en busca de San Pablo. Lástima que la torre no tenga sitio apropiado para verse. Doy la vuelta por una calle llena de tiendas de curtidores a salir a San Juan de los Panetes, que pequeña y todo tiene un aspecto emocionante por fuera con su cimborrio poligonal, su linternilla y su torre cuadrada, que se inclina un tanto. De allí al Pilar, en busca de Don Vicente de Lafuente, a quien no encuentro, y a la Seo, donde tampoco está. Decididamente me quedo sin verlo. En vista de ello hacia el hotel. Desayuno. A la Sociedad de Turismo. Pase para la Aljafería. Cojo un "taxi" y hacia allá, pasando por Santa Engracia. En la cripta, los sarcófagos, con resto de policromía uno de ellos. La Aljafería, espléndida. El salón central discretamente restaurado. En la mezquita, la entrada moderna es falsa. La entrada de verdad, frente al mihrab en arco con yeserías calcinadas. En las

inscripciones, cúficas, empieza ya a aparecer el prurito de colocar las letras por arriba como después de lo granadino y los arcos, de lóbulos convexos, llevan taja decorada en su intradós.

Al Museo; bien instalado y agradable. Notas. Muy bonito y típica la exposición de la Casa Ansoyana, con bellas fotos del Sindicato de iniciativa. Arriba galería de pinturas, con algunas obras buenas. Pero sobre todo la cabeza de Bayeu. Cuadros modernos de los de historia: Moreno Carbonero, Santos Dumont, Sorolla, Zuloaga, etc. De vuelta de allá, San Miguel, con bonita torre con orla de ocho; cuadrada por supuesto. Por la tarde, tras de sacar el billete, a la Seo, hermosa de veras, aunque algo destartada. La torre, de ladrillo también, es ya moderna, XVIII seguramente. La linterna famosa tiene por fuera muy gallardo aspecto, como un tejado poligonal sobre pilares. Por dentro no hay que decir hermoso retablo mayor, coro vulgar y trascoro exuberante pero nada más, mediano. Lo mejor en la que llaman "Parroquieta", el magnífico artesonado, octogonal en planta y colgante en su centro, con galería en torno. Algo de lo mejor que he visto, así como el sepulcro de ¿fines? del gótico, de Lope Fernández de Luna, y a los pies del arzobispo Fernando y Ana Guerra, de Morlanes, son bellos yacentes y figuritas en torno al sarcófago.

Al salir, muy próxima, la casa de la Maestranza, con otro artesonado en la caja de la escalera, más sencilla, pero también octogonal y con galería. Hecho al parecer por entorchado como las famosas puertas.

Al hotel; relativamente barato. Y a la estación, donde me encuentro con Navascués y su gente, que ha ido a despedirle. Algo de preocupación. Que cambiemos las señas de los que quedan, por si pasa algo. Y hacia Tarragona.

Zaragoza es simpática y agradable. Monumentalmente tiene en su aire general unas cuantas cosas que me parecen claras. La primera es la galería que constantemente llevan los palacios y casonas en su parte alta, como en la misma Lonja, complementada por los grandes aleros, ricamente tallados. La presencia constante del patio, con la escalera en un rincón, de una sola rama y cubierto su hueco con un artesonado, que suele ser octogonal, para lo cual reduce el cuadrado mediante vigas en ángulo. Apenas he visto mocárabes. Este tipo de casa es en resumen la casa mediterránea de siempre. El aspecto exterior de las casas es algo terroso, pues el ladrillo aquí empleado no es sino rojizo amarillento, pero no tan triste como me parecía desde el tren al ver los pueblos aragoneses. Las iglesias, enlucidas por dentro en su mayoría, tienen un aspecto exterior muy curioso, tanto por sus cabeceras y cimborrios poligonales (octógonos) como por las decoraciones que recubren sus paredes, de sebca algo evolucionada, con un sentido distinto de la primitiva, que tiende a abrir y hacer más achaparrados sus motivos. Las torres son algo inolvidable. La fotografía no da idea, pues su tamaño y por ello su atrevimiento son mucho mayores de lo que se puede pensar. Aplastan verdaderamente. También es característica la forma de los retablos, recuadrados con una enorme moldura, tallada con follaje rico y dispuesto con una larga predela y luego con sólo dos o tres escenas, en gran tamaño, y en su parte central, en alto, el sagrario típico.

Llegamos a Tarragona a las 10 y buscamos a Mosén Jaime Bofarull, quién tiene las llaves de casa de Navascués. Bajo, de edad, pelo blanco, mirar vivo y ademanes enérgicos y rápidos. Afectuosamente sencillo.

En casa de Navascués me acuesto frente al mar y oyéndole. Es muy hermoso. A lo lejos las barcas de los pescadores con sus lucecillas, y delante, la playa del Milagro entre una punta y el puerto. A dormir.

La Audiencia tiene un bonito patio, que me parece rehecho, con columnas y galería.

San Felipe, XVIII, de tres naves, con gran cantidad de altares barrocos. En el mayor un inmenso baldaquín sobre columnas salomónicas y a los lados dos puertas doradas de paso atrás, que me recuerda la de San Martín Pinario.

Colegio de San Felipe, al lado de la iglesia. Tiene una formidable cornisa, esculpida totalmente con monstruos y hojarasca. Negruzca y no sé si de madera. En el patio, que no es grande, otra cornisa semejante, aunque más pequeña que la de afuera.

San Pablo: enorme, de tres naves separadas por arcos apuntados sobre pilares puestos al revés Ampliaciones sucesivas. Enormemente maciza, capiteles sobre las columnas adosadas con el perfil monástico de siempre. Sillería del coro muy sencilla, sin márgenes. El tríptico de la girola imposible de ver por la luz. Girola poligonal con bóvedas. A los pies, en la capilla de la Congregación de Esclavas, una cúpula elíptica sobre pechinas con linternilla (Nuestra Señora del Pópulo), decorada con yeserías de hojarasca que forman medallones elípticos dispuestos verticales, con santos. Cosa del XVIII, bonita. La torre, octogonal y enorme, pero airosa.

San Juan de los Panetes, bonito por el exterior. Al extremo de una calle típica con guarnicioneros. Torre inclinada, octogonal, ya renaciente. Vista, desde el río, preciosa, del cimborrio con cupulilla y ábside, poligonales ambos.

La Seo: al exterior, junto al arco que linda y comunica con el Palacio y Seminario, el dibujo En medio de los paños, azulejos verdes y azules con blanco y otros redondos, cóncavos. Arriba, sobrefriso de esquinas y también en ladrillo decoraciones de lazo de ocho y de seis, sencillos regulares. El 8 es.

Museo Arqueológico

309. 50 cm. Gran jarra de barro rojizo con vidrio verde, oliva, adornado con cintas en relieve, con mamelones o mejor dicho, aplastadas con un palo. Serie de grandes naves de madera, ya renacentistas pero de buen sabor mudéjar, con nombres y bichos números 179, 178, 177, 176, 18 y tantos, etc. Curioso hornillo de chimenea, nº 420. Nº 212 lo de Bartolomé Ordóñez que publicó D Manuel. Arco precioso flamígero, del convento de Santo Domingo. En la vitrina de la sala IV, cabecita de león encontrada en unas excavaciones del arrabal, rara bronce, con un tallado en planos duros. Quizá árabe pero no española y desde luego medieval, si no me equivoco. En los arcos lobulados es curioso el dovelaje en cada lóbulo pues no coincide con el centro total

del arco y desde luego el trasdós está hecho con el mismo centro que el intradós, por lo tanto sin descentramiento hacia arriba. En los restos de intradós de arcos, números 64 y 65, compruebo, lo mismo que en la Aljafería, que la disposición es con división en tres partes, las dos extremas de lóbulos cóncavos y la de en medio, de igual ancho, con atauriques. De capiteles con arcos de lóbulo hay dos, el 99, que tiene desmochada la primera fila de hojas, y otro, ambos casi iguales. También algunos capiteles califales de avispa. Otros que anuncian el tipo meriní, así el número 104. Preciosos el 89 y 98, de la proporción de los lobulados, pero solamente con atauriques. Las hojas, muy picudas, vuelven mucho. El 92, compuesto, de la nueva proporción en él, el pico de la hoja está formado por dos hojas a su vez. El 109 se aproxima al 92 aunque más sencillo, pero tiene la disposición esta de las hojas suele ser normal. En los arcos, como en la mezquita de la misma Aljafería, es normal la decoración de granadas dentro de roleos, y creo que también en las Huelgas. Otro capitel, el 103, más esbelto, viniendo a formar las volutas los mismos arcos concéntricos. Nos 399 y 400, losas sepulcrales que me recuerdan las de San Juan de la Peña, con inscripción y fecha. La 399 es de. La 400 con grifo y moldura semicircular de billetes y la 399 floral. Nº 46: el famoso fragmento mozárabe Don Manuel en "Iglesias". Un vaso de sombrero de copa de Azaila. Tres buenas estatuas romanas.

San Miguel = torre cuadrada ya renacentista pero de muy buen estilo, con reloj y recuadro bonito de lazo de ocho. Por dentro lisa. Enorme retablo a la manera de Forment y capilla lateral con dos grandes lienzos, raros.

3 de octubre de 1930

EN TARRAGONA

Me despierto a las 5½ con el ansia de ver amanecer sobre el mar, pero está nublado. Nos arreglamos y a las 8 a la calle. Paseamos lo primero por el seudopalacio de Augusto, donde se ve lo romano en las partes bajas. En su fachada oeste, hay un regular arco semicircular, al parecer de la Edad Media, con un enorme dovelaje que recuerda las puertas de las casas abulenses y con la particularidad de que las dovelas son desiguales y la clave la más chica. Cobijado por un gran arco de descarga apuntado. En la fachada norte es donde alcanzan a verse, repicadas para alisarlas, las pilastras de la decoración, hoy en alto por haber rebajado el piso, quedando al descubierto los cimientos. Orden toscano, sencillo. Por toda esta parte, sobre el paseo de San Antonio, la muralla ciclópea, con una buena puerta.

Más adelante llegamos por dentro de la puerta del Rosario, donde hay un gran trozo de muralla, con las reconstrucciones sucesivas y los signos ibéricos grabados.

Nos vamos a bañar y por fin nos quedamos sin que se pegue demasiado la ropa. Desayunamos y hacia la Catedral a buscar a Mosén Bofarull. Nos lo encontramos en el claustro y nos lleva a ver el Museo diocesano. Buena impresión, relativa. Aparte va lo notado. Luego vemos la antigua Sala Capitular, con un apostolado bonito, gótico, y un bonito retablo ya rococó; y en la sala capitular nueva, donde está el famoso paño mortuorio, de Poblet y tres frontales, del XIV y XV-XVI, muy buenos. También en el

Tesoro, donde nada va más atrás del XVIII, salvo la cruz que remata la gran arca.

Claustro muy bonito y elegante, ya de los tiempos de lo monástico, pero con una libertad y una jugosidad de traza y decoración, que le hacen encantador. La puerta que comunica con la iglesia, románica, además del Pantokrator y símbolos, tiene en su mainel un capitel formidable, vaciado en Barcelona, con la Adoración de los Reyes, de un sabor oriental extraordinario, recordando las caras, los ojos, etc., el mismo acento de las cosas búdicas. No es ésta la única pieza que tira a lo oriental. Al frontal del altar mayor, en mármol, le pasa lo mismo. Con la particularidad de que los atauriques tienen un sabor oriental también grande. El retablo fantástico, y la Santa Tecla en el lago, una de las cosas más bonitas que he visto; fina y espiritual. No digo nada del sepulcro de Juan de Aragón, donde hay un reyecillo que me llevaría con la grande gana. Y aprisa y corriendo porque nos cierran, muy poco más vemos.

Comemos con Mosén Bofarull, que nos ha estado acompañando y con quién hemos ido antes a ver la iglesita de San Pablo, en el Seminario, que me parece contemporánea de la Catedral y en donde vuelven a darse detalles de labra a mi parecer perfectamente orientales. Pasamos también por el Museo Arqueológico. Mala impresión. Alguna cosa excepcional y mucho bueno. Notas.

Por la tarde, yo solo, a la Fábrica de Tabacos. Digno de verse y bien hecha la consolidación de la cripta cristiana y con alguna cosa oscura la pagana. El Museo hace bien. Las lápidas de mosaico, enormes, sobre todo la de la chiquilla de la muñeca.

Después a las murallas, por la Falsa Braga; Añade poco a lo que ya tenía visto, salvo la impresión de altura fuerza. Busco a Mosén Bofarull y Navascués. Paseamos por el puerto y arreglamos la Patria.

A cenar y a la cama. Son las 11 ½.

Museo Diocesano de Tarragona = Un braserillo románico normal. Otro que debe ser pareja del anterior. Dos tenazas de fabricación deformes. Palometas curiosas con gallos. Rarísima, mayor que el natural, barroca, buena sin ser excepcional. Fuste de mármol cuadrado ¿visigodo? Tres vírgenes XIV. Dos con el niño sentado de frente y manzana: otra virgen de la leche. Donación de boda. Cruces procesionales: dos románicas con esmaltes y cabujones, Cristo en ellas con cuatro clavos y coronado. Otra ya del XIV. Cuatro procesionales de plata del XVI. Unas chapas de arquilla de plomo con guerreros. Como IVDJ y San Isidoro. San Juan y la Virgen, de tamaño natural de un calvario XIV. Campana grande de Santa Lucía de Santes Creus: Gran capitel del Foro con las volutas formadas por caulículos.

Tarragona

Portada de la Catedral de Tarragona

San Pablo, de Tarragona

Museo Arqueológico

Celosía – mármol nº 3127/nº 3126 mármol. Dos fustes y otros trozos sueltos de decoración visigoda 3128, 3129, 3130, 3131, 3132, 3133. Sección 1ª, armario IX, contiene vasos sagrados de Tarragona. Bronce. Otros dos, más pequeños. Uno de ellos con una figura alada en la inserción inferior del asa. Y varios más pequeños. Otra asa suelta y decorada

4 de octubre de 1930

A las 5½ de pie. Arreglados y a la estación. 7,20 a Barcelona. Nos despide Mosén Bofarull. Al paso, los Escipiones y Bará y todo el Penedés y la costa. Barcelona 9'30. Taracena en el hotel Victoria. Escribo en Maison Dorée a casa y a Don Manuel. Comemos en Casa Juan. Nada en Correos.

2,30 tren para Cerbère. Precioso paisaje muy repoblado de árboles. 5,38 Aduana Ni nos enteramos y en Francia.

Taracena queda en Béziers. Nosotros, hasta Nimes, a las 12,48. En el tren, Valencia II, Lalanda y Torres. Llegamos a Nimes y empezamos por recorrer en el coche de la central varios hoteles para otros viajeros, completos en su mayoría. Por fin, vamos al Ménant, donde habíamos pensado, y encontramos un cuarto con una cama grande, según nos dicen, pero que resulta tener una gran chaise-longue, donde se acomoda Navascués, mientras me deja a mí la cama de matrimonio. Monsieur Le Concierge es un tipo formidable de viejecito sonrosado, con el pelo blanco. Muy amable, pero nos invita a pagar por adelantado, por si acaso. Pero el cuarto es bueno y tenemos las comodidades necesarias de agua corriente, etc.

5 de octubre de 1930

EN NIMES

Despertamos temprano, yo sobre todo: a las 5 ½, enseguida me pongo a completar las notas de los días anteriores. A las 8, a la calle, siguiendo el Boulevard Courbet, hasta una iglesia donde teníamos intención de oír misa, pero no la había. En la Plaza de la Fontaine, una monumental con la representación de Nimes coronada con una especie de Maison Carrée en la cabeza. Bella perspectiva de la plaza. En un rincón de la misma, el monumento a los hijos del Gard muertos en la gran guerra, discreto y en verdad majestuoso. Es sencillamente una ancha decoración semicircular a la que se baja por una escalera rectangular. Y abajo, en los mármoles, grabados los nombres de los héroes. Bien y sobretodo sentido. Pesa por todas partes el recuerdo de la guerra: en los museos: los guardianes son inválidos. Inmediato, el anfiteatro romano, donde nos encontramos el cartel de la corrida, tan famoso que le hago una fotografía. En vista del atractivo decidimos ver el anfiteatro en su propia salsa, es decir, durante la corrida, y para ello tomamos nuestras entradas correspondientes. Así que somos dos verdaderos castizos. De allí nos vamos a la Maison Carrée, que me produce mejor impresión de lo que yo me figuraba, pues no es tan ridícula y ñoña, produciendo en cambio una impresión solemne y majestuosa. Tiene alguna restauración, sin

importancia en el conjunto. Fotos. Los capiteles son muy esbeltos y airosos, dentro de su sequedad de talla, así como los fustes. Hago algunas fotografías de las esquinas, pues me ha interesado la manera de estar resueltas, así como las quicialeras de la puerta, de las que tomo nota y fotografía. Al interior un museíto no mal dispuesto, salvo las cosas colocadas en vitrinas. Hay una grande completa de vidrio, con algunos ejemplares interesantes, de que tomo nota. También otra de bronce y otra con una sepultura completa de [...] Interesantes y buenas dos hidrias etruscas de bronce repujado con asas muy decoradas, lo mismo que el pie. Compramos unas postales de todo ello.

Vamos después dando vueltas por la ciudad, que tiene un aire alegre, muy semejante a nuestras cosas de España, pero un poco más distinguido y cuidado y, en busca de Misa, vamos a parar a la Catedral, que en sus tiempos fue románica y que ahora a pura restauración, nadie sabe lo que es. Hay Misa solemne, con todos los curas con sobrepelliz y estolas o bandas rojas al cuello, pues no lo veo bien. Pero uno de ellos se sube al púlpito, se lee una oración y otras cosas que deben ser amonestaciones, y después empieza a predicar con lo cual nos tenemos que ir sin oír la Misa. Y en vista de ello marchamos hacia el seudo templo de Diana, de que hice varias fotografías y tomé nota, siendo lo más curioso para mí la disposición de la bóveda en la parte central, donde el cañón se distribuye en tramos iguales resaltados alternativamente, como si fueran arcos fajones. También avisto restos curiosos de techumbre con decoración de lazo de seis y de ocho.

Pero lo más impresionante de la mañana y hasta cierto punto inexplicable, es la Tour Magne, que nos proporciona desde arriba un espectáculo de paisaje inolvidable, pues en toda la extensión del horizonte sólo se descubre alegre verdor y vegetación, entre la que asoman innumerables casitas, y todo ello sobre un terreno llano como el mar. Sólo, muy lejos, la silueta azul, caprichosa y recortada sobre el cielo, de un gran monte, que debe ser el Cantgó. Ya podemos andar hablando de tonterías: no tenemos extensiones de tierra tan grandes y ricas de vegetación. Nuestros "oasis" son extraordinariamente fértiles, pero oasis al fin y a la postre. No es esto. De color y de vista formidable y, a los pies, vides con sus iglesias sobresaliendo y más que nada, destacado en el gracioso escorzo del círculo, el anfiteatro. La Tour Magne, en sí, es poligonal en su base y de una enorme anchura. Toda ella constituida interiormente de mampuesto regularizado con hiladas de lajas, de cuando en cuando, próximamente a unos dos cuartos de distancia. La planta por dentro es algo así con la esquina donde va la puerta más ancha y redondeada que las otras. El machón central y la escalera que se desarrolla en torno a él, son restauraciones modernas, pero no sé si en lo antiguo estarían de la misma manera. La bóveda se va cerrando poco a poco por aproximación de hiladas, hasta terminar en plano casi, también de mampuesto. No acabo por ello de ver clara la estructura. Después, la escalera sale a buscar el hueco lateral de rectángulo que transcribo en el croquis, y ahí se desarrolla una escalera vieja, visible por las intersecciones de los escalones en el muro, con el desarrollo indicado en croquis, y por fin se pasa al centro, donde en elipsoide va una pequeña escalera de caracol pegada al muro. Quedan en torno al centro real, los machones o

aletas salientes que forman, al acordar entre sí, los nichos semicirculares y la escalera, en la forma señalada en el planillo. Luego he leído que un buscador de tesoros vació todo el centro pero no sé qué habrá de ello.

Estamos un ratillo admirando el paisaje con y sin prismáticos, y enseguida bajamos en busca del hotel, pasando por los senderos del parque, donde volvemos a encontrar la muchacha del cabrito, tan bonita de línea y de movimiento. Antes de llegar a casa compramos tabaco (pitillos ingleses y unos puritos que resultaron bastante buenos) y antes de llegar a casa pasamos por lo que llaman Puerta de Augusto, que no parece arco triunfal, desde luego, y tampoco 2 puertas unidas, pues, si no me equivoco, (no pudimos entrar) tiene esta planta. Es puerta de ciudad, doble y como paso para peatones.

Sudamos para comer, pues hay mucha gente, y cuando terminamos nos vamos a los Foros. Antes de llegar, como somos castizos, nos compramos el "Programa oficial de la Corrida" y "Le torero" para ir bien documentados. El anfiteatro es impresionante de veras y más con la gente, pues tanto hombres como mujeres se cuelgan de dónde y cómo pueden y todas las ruinas, donde queda cualquier superficie horizontal por pequeña que sea y adonde pueda descolgarse uno aun a riesgo de abrirse la cabeza, están sembrados de criaturas, como hiedra que hubiera nacido de las juntas.

La corrida fue mala: lo mejor Marcial, a quien sin partirse precisamente el pecho, le dieron las cuatro orejas y los dos rabos de sus enemigos. Pero el público es formidable: su única preocupación sería es que no intervengan más que los "maestros" a quien llama a gritos, chillando a todos los peones que intentan hacer algo. Las varas más aplaudidas son aquellas en que el toro se sale suelto, parte por marcharse él y parte por marcar la salida el picador, mientras que no gustan dos o tres varas buenas, pero recargando el toro y aguantando el piquero. Y con una ingenuidad completamente infantil las mayores palmas no son para una suerte bien ejecutada, sino cuando hay cualquier asomo de peligro y el torero se libra, aunque sea corriendo. Tutti contenti. Al entrar la presidencia, Marsellesa y Marcha Real, y cuando le da la gana toca una banda que no se sabe más que una sola pieza.

El anfiteatro es impresionante y en algunos trozos está completamente conservado, pero me deja absolutamente frío. Casi todo él hecho con sillarejo, bien escuadrado y asentado. A la altura del cuarto piso, los vomitorios y las escaleras van pared por medio y los encuentros de las bóvedas se organizan de una forma muy curiosa, cabalgando la intermedia sobre sus dos laterales.

Hago unas cuantas fotografías. Gran abundancia de bóvedas de cañón rampantes.

La bóveda anular inferior configura la fachada, está claramente dividida en tramos por arcos fajones, confirmando lo apuntado en el seudo templo de Diana.

Después de la corrida nos hemos quedado más de una hora danzando por el anfiteatro. Tiene un sistema muy curioso de acceso a las localidades, con escaleras colocadas en uno sí y otro no de los huecos exteriores puesto que el intermedio lleva bóveda rampante sosteniendo la galería hasta un corredor abovedado más

pequeño que corre en torno a la arena. Estas escaleras se van desdoblado de tal manera que vuelven hacia arriba en los tramos intermedios y solo en todos en los más altos produciendo por ello un progresivo encauzamiento y mayor solidez del edificio conforme se va bajando hacia el suelo.

La iglesia del piso bajo se cubre con bóveda de cañón interrumpida de cuando en cuando y a tramos regulares, por muy anchos resaltos en la misma, que pueden considerarse arcos fajones. La galería del segundo piso se cubre también con bóveda de cañón, pero en tramos cortos, limitados por el empleo constante de dinteles sobre zapatas entre ellos, como si lo fuera cerrando en compartimientos. La galería del último piso, no acusada al exterior, puesto que corresponde al ático, está también abovedada, así en forma que es como una bóveda de medio cañón sobre generatriz de arco escarzano:

Por dentro se ven hasta cinco secciones, con cuatro "precintiones" correspondiendo con las cinco salidas que tienen las escaleras a la cávea. En la cornisa del podio, hacia fuera, se ven aún los agujeros para meter los mástiles que sostuvieran el velarium, agujeros que dan el diámetro de un tronco medianamente grueso. Salimos ya tarde del anfiteatro y cuando nos hemos quedado solos.

En el hotel nos dicen que un señor ha preguntado por nosotros: es Taracena, que ha dejado escrito un papel en nuestro cuarto diciendo que nos acompañará a cenar. Salimos nosotros mientras tanto a comprar unas postales y tomando una cerveza nos ponemos a escribirlas. Navascués a los suyos y yo a casa: tito Paco, Ricardo y el centro y los dos juntos (después firmó también Taracena a Don Manuel y a Ossorio).

Cenamos con Taracena, quien nos cuenta sus aventuras de Béziers, donde por fin logra encontrar las excavaciones de Enserune a nueve kilómetros de allá y los objetos que se hallan en el otro, llamado *Domaine le Negre*. Es una necrópolis con ejemplares muy interesantes de cerámica, en la que él cree ver el lazo de las ánforas griegas con las ibéricas y de la progresiva decadencia de los tipos de estas. Toda vez que no cree que fueran copia directa de originales, sino obra de alfareros indígenas, que por haber hecho alguna vez el tipo lo conocían, y después lo siguen repitiendo de recuerdo y modificando según su temperamento. La cerámica de allá tiene un tipo igual en cuanto a pasta y pintura a lo ibérico de Azaila, aunque los motivos sean solamente geométricos pero son vasos grandes, sobre todo de tipo de sombrero de copa, totalmente llenos de decoración. Otro de los tipos es *bucchero nero*, junto con imitaciones indígenas en el tipo de cerámica ahumada tan corriente en lo numantino. Lo griego con lo ibérico mezclado a partes iguales. Y por fin otro tercer tipo de aspecto griego, con vasos decorados en amarillo y negro. También armas, especialmente falcas, placas de cinturón de tres garfios, etc.

Con todo esto nos hemos entretenido algo después de cenar y salimos hacia la estación a preguntar nuestras combinaciones para mañana, ya que nosotros iremos a Orange y Taracena se queda en Nimes. Coincidiremos en Tarascón. Tomamos café y charlamos otro rato. Cuando volvemos al hotel empiezo a escribir lo de hoy pero me duermo vivo y no puedo seguir. Lo dejo y me acuesto. Son las 12.

Museo Comunal = Vaso Dipilón y cosas visigodas (notas Taracena) la mayor parte en la donación de los Vizcondes de Plantin, de Villeperdrise.

<p><u>Nimes</u></p> <p>La fuente con la personificación de la ciudad</p> <p>Un aspecto del parque</p> <p>La ninfa del cabritillo, en el parque</p> <p>Un aspecto del parque</p> <p>Exteriores del anfiteatro</p> <p>El cartel de los toros</p> <p>El Anfiteatro antes de empezar la corrida</p> <p>El desencajonamiento del sombrero, en sustitución del 1º, devuelto al corral por manso</p> <p>Un aspecto del anfiteatro</p>

La Maison Carrée = Me chocan en primer lugar los capiteles, que tienen una ligereza y una sabiduría de talla en que yo no pensaba. Las volutas y la segunda fila de hojas están completamente sueltas y caladas. El ábaco, muy movido de línea, y los florones de en medio muy salientes. Todo ello más jugoso de lo que creía. El friso con roleos comparable a lo mejor de Tarragona. En torno tiene indicado otro segundo recinto, como si fuese un podio más bajo y mucho más amplio con los lados de las basas de columnas, sobre todo en el lado derecho, mirando a la puerta (he leído después que eran pórticos anejos y que la Maison era el edificio central, más destacado, de una vasta organización). Las quicialeras de la puerta, enormemente destacadas. En el museo en la vitrina G hay un lote visigodo, números 6, 7, 8, 9, 10, 11 y 12. Otro gancho hebilla más sencillo y otra plaquita, lisa. Granates. En la vitrina de los vidrios, azul cobalto oscuro con pintas y cintas en el asa blanca, 9 cm. En vidrio incoloro. En vidrio incoloro, urnas cinerarias muy grandes. Varios.

<p>La Maison Carré, ángulo NE</p> <p>Ángulo SE</p> <p>La cabecera</p> <p>Quicialera en la puerta de la Maison Carrée Nimes</p> <p>Ángulo del pórtico (2 fotos)</p>
--

Templo de Diana

La bóveda de la cella está dividida en tramos de casi igual anchura, como si fueran grandes arcos fajones. Fotografía de ello. Decoración de lazo en sillares caliza como procedentes de techo y en la cenefa muchos trozos de decoración procedentes de la techumbre casi seguramente.

Tour Magne

escalera

Nimes

Interior hacia el fondo

Templo de Diana, o Ninfeo. Interior hacia la puerta.

Piedra procedente de la cubierta

El empalme de la cella con el corredor lateral

La bóveda de la cella

Borde

Templo de Diana o Ninfeo

Nimes

La Torre Magna

6 de octubre de 1930

EN ORANGE

No ha amanecido muy bueno el día. Yo no ando demasiado tranquilo de tripas y a Navascués le pasa lo mismo o un poco peor. Nos levantamos a las 5½ y me pongo a afeitarme y arreglarme. Desayunamos después. A todo esto he hecho dos visitas y lo mismo Navascués. A las 7,15 cogemos el auto de la P.L.M. y nos vamos a la estación, después de abonar la cuenta y de que nos haga diez reverencias Madame y otras tantas M. Le Concierge. En la estación facturamos las maletas para Orange y nos metemos en nuestro tren, relativamente tranquilos, pues las tripas no nos dejan. Paramos en Avignon, donde esperamos empalme. Gran estación, nueva y bonitamente dispuesta, con cantidades de jardines bien cuidados. Hasta llegar aquí hemos parado por Tarascón y le he dedicado un recuerdo emocionado al famosísimo Tartarín. Una vez llegados a Orange, recogemos nuestras maletas y nos vamos camino adelante hacia el arco de triunfo, pero a este tiempo se me han insubordinado las tripas y sencillamente no me dejan vivir, de manera que no hago más que ir mirando si en alguna parte se podrá pedir auxilio; pero no hay de qué. El arco me ha desencantado bastante. Es grande, muy grande, pero no majestuoso y sus líneas arquitectónicas están ofuscadas por la excedencia de la decoración que llega a extremos enormes de barroquismo recubriendo todos los espacios libres, como en nada romano de lo que he visto hasta ahora. Tiene dos áticos; el de abajo que incluye un frontón, y el de arriba con un combate de galos y de romanos, lo mismo que otros frisillos sobre los arcos laterales. Hago unas cuantas fotografías de ello y de la barroca decoración sobre pauta de lazo que llevan los intradoses de los arcos.

Como las tripas se han puesto completamente imposibles, retrocedemos y nos metemos en el Hotel de la Porte et des Princes, donde mientras esperamos a comer hacemos nuestras visitas. ¡Lástima de comida! Era buena y solo pudimos picar un poco de cada plato y eso muy a la fuerza. Pasamos un rato por allá después de comer, mientras nos serenamos un poco y hacemos alguna otra visita. Y despacito, por si acaso, nos vamos al teatro, cuya fachada tiene una mole verdaderamente imponente hasta más no poder, pero muy lisota y desde luego sin gracia ninguna. Por dentro ocurre lo mismo y eso que lo disimula algo el bello tono dorado que tiene la piedra al sol espléndido. Me dedico a corretearlo todo, hasta donde es accesible y no me encuentro con novedad alguna, salvo las cuevas. Como el teatro está adosado en parte a la columna, hay contrafuertes como enormes aletas que se insertan en la masa de la misma y entre ellas se forman grandes covachuelas. Al lado del teatro (izquierda mirando la escena) hay restos de otra construcción que creo pueda referirse a termas, o bien a gimnastic como aquí dicen. En uno de los nichos principales de la fachada de la escena hay una estatua femenina o Venus literalmente pinchada en lo alto de un mástil de acero. Le hago fotografía porque no he visto nunca cosa más disparatada.

Con el tablado de la música por mesa me pongo a tomar notas y a completar las de ayer y cuando se va yendo el sol me subo a la gradería en su busca. Intento trepar a las gradas superiores aunque no hay acceso fácil, pero no estoy demasiado seguro y renuncio a ello no vaya a ser que haya jaleo. Compramos luego una porción de postales y unos libricos muy monos. Y nos vamos poquito a poco a la estación, donde recuperamos las maletas para Arlés. En Aviñón, donde el tren para una hora consulto mis notas en la sala de espera mientras Navascués va por tabaco. En Tarascón no está Taracena, a quién por fin encontramos en Arlés. Hotel du Forum: pensión completa con cuarto de baño, 65 pts., Navascués llega doblado y yo, medio medio, charlamos un rato con Taracena. 10½ a la cama.

Orange

Arco de triunfo. En el intradós del hueco central artesonado de caretones formando red de hexágonos. En el intradós de los arcos que limitan el hueco central. Todo ello relleno después con zonas de ovas y hojitas de acanto. Feo.

Teatro de Orange

En la escena, sobre la "Porta Regis" o central y sobre las dos laterales, arcos de descarga semicirculares, con salmeres grandes, despiezados con el muro, y todo ello sobre dintel dovelado con juntas angulares. En resumen toda la parte central de la escena forma una enorme exedra con un cuerpo saliente rectangular acoplado. En toda la gradería se oyen perfectamente las palmadas y la resonancia no se percibe sino solamente en el sitio donde se dan.

Orange

Arco de Triunfo. Fachada Sur

Fachada norte (3 fotografías)

Detalle de la fachada norte y el intradós del arco

Teatro. Detalles del torreón de la izquierda de la escena, por el lado de afuera, desde el supuesto gimnasio

Detalles del dintel dovelado y escalonado del teatro, con su arco de descarga

Arco de descarga sobre dintel dovelado en el lado derecho de la escena

La venus "pinchada" del lado derecho de la escena

7 de octubre de 1930

ARLES SUR RHÔNE

Despierto pronto, 6 menos $\frac{1}{4}$ y, afortunadamente, mucho más tranquilo de las tripas que ayer, por lo que se presenta mucho mejor el día. También Navascués. Determinamos, por tanto aprovechar el magnífico cuarto de baño que tenemos en nuestro cuarto y soltar un poco broza. El chauffeur que nos trajo anoche nos metió por una serie de calles estrechas y de pintoresco trazado que nos recordaban a Córdoba y a Toledo; pero esta mañana hemos visto confirmada la misma impresión. Hasta ahora Arlés es de todas las poblaciones que hemos estado, la que tiene un carácter más antiguo y semejante a las nuestras, en calles estrechas y esquinas a cada paso. El día está espléndido y una vez tranquilos, nosotros dispuestos a todo.

Nada más salir nos vamos a St. Trophîme, que es una verdadera maravilla, sobre todo en cuanto a detalle y a finura de talla, pero que en cuanto a tipo iconográfico, le encuentro mucha mayor monotonía que a nuestras cosas y mucho menor acento de vida. La iglesia es muy espaciosa pero da la impresión de exageradamente alta por ser las naves laterales demasiado estrechas. Tiene toda la cabecera plena y absolutamente gótica. Lo que es un brinquiño una verdadera maravilla es el claustro. A pesar de haber visto ya unos cuantos, el efecto del sol en el ángulo es aquí imponderable. Me sorprende aquí y en la portada la pureza del influjo clásico, que en la parte posterior, gótica, se ha perdido por completo. Y no es solamente en silueta (forma y disposición de capiteles, etc.) sino en el mismo detalle de la labra, constantemente con un sentido claro y una complacencia extraordinaria en la morbidez y la finura del detalle. Naturalmente trabaja la máquina.

Cuando nos falta tiempo, pero sin cansarnos de estar allá, nos vamos al Museo Lapidario, que está enfrente, en una vieja iglesia gótica, dando a la misma plaza que St. Trophîme y L'Hotel de Ville, con un obelisco en medio que dicen procede del circo antiguo. El Museo, muy mal instalado, con las cosas amontonadas, tiene una porción

de ejemplares de primerísimo orden, de las que tomo nota en unas cuantas y en las demás me limito a comprar postales. Hay unos cuantos sarcófagos cristianos mucho mejores de lo que yo pensaba. Y algunos ejemplares clásicos muy buenos aparte de la famosa Venus, entre ellos una danzarina, la cabeza de Afrodita, un retrato colosal de Augusto y dos o tres deliciosas cabezas de chiquillos. Los mosaicos conservados están preciosamente dispuestos, consolidados en sus marcos y barnizados, de manera que tienen gran viveza de color. También vemos unos cuantos objetos en las vitrinas del ábside, sin gran importancia, entre los que hay unos trozos de gollete de tinaja morisca en barro rojo estampillado ya de acento granadino y unos cuantos vidrios interesantes, de que tomo nota.

El comedor del hotel está decorado por todas partes con pinturas y dibujos de arlesianas en una o en otra actitud y con copias de estrofas de poetas provenzales. No está mal y todo ello tiene un cierto sabor.

Por la tarde nos vamos al Teatro, más pequeño y de mucho menos pretensiones que el de Orange, pero para mí mucho más bonito, recordándome algo el de Mérida. No queda casi nada de la escena salvo dos enormes columnas puestas en pie, y las dos o tres primeras hiladas de la escena y demás. Pero lo interesante por esta parte es el foso del telón, o lo que sea. Es una zanja a lo largo de toda la división entre escena y orquesta, con un desnivel que podría ser favorable para que discurra el agua y con unos atajos de piedra de cuando en cuando. Navascués toma nota detallada de todo ello. La gradería da la impresión de no tener viejas más que las 4 o 5 primeras gradas y que está todo lo demás rehecho, pero como hay restauraciones y forrados por todas partes, no soy capaz de saber si por debajo llegaba lo viejo. Es curioso, si es bien viejo, el sistema de los vomitorios a la gradería, por dentro, de tal manera que la escalerilla se hace en un lado y la bóveda apoya en parte contra la gradería. Las construcciones radiales en torno al pasillo de atrás, están reconstruidas casi desde los cimientos, pero como la piedra se ha patinado y es sillarejo del mismo despiece, es difícil distinguir una obra de la otra, lo nuevo de lo viejo. Conserva bien y contribuye a la buena impresión del conjunto, una de las torres a la que no es posible el acceso. Las excavaciones están más descuidadas que las de Orange, pero ello da el encanto del verde que la hierba pone entre las piedras de la escena.

De allí, al anfiteatro, que está muy cerca. Es próximamente del mismo tamaño que el de Nimes, algo mejor conservado y con dos torres aún en pie, reconstruidas o hechas en la Edad Media. Pero en su disposición actual el anfiteatro de Arlés tiene la arena rebajada hasta el nivel de las cubícula, de tal manera que el podio queda muy en alto. Y en cambio se conserva estupendamente la galería inferior en torno a la arena: así. Nivel verdadero/ Nivel actual. Luego esta misma galería inferior tiene complicados los dos accesos a las puertas del extremo del eje mayor, donde el suelo está también rebajado y se forman actualmente el toril y el patio de caballos. En lo demás, la organización es muy semejante a la de Nimes, con alguna que otra pequeña variante. La galería en torno a la arena tiene también sus salidas hacia fuera, por series de habitaciones o cubícula que desembocan unas en otras y que por terceras salen a la galería exterior. También esta misma galería tiene, correspondientes a las

ventanas enrejadas que salen a la arena, sus atajos para rastrillo a uno y otro lado. Las escaleras están aquí muy rehechas. La galería exterior del piso bajo se cubre también con bóveda de cañón con arcos fajones, y en el piso siguiente hay la misma estructura de Nimes, con los dinteles sobre ménsulas, atajando la bóveda. En la parte superior de las escaleras, que queda al descubierto, se repite la estructura de Nimes, un poco cambiada, pues en vez de ser una bóveda de cañón la que cabalga sobre las otras dos, es una estructura adintelada:

Subimos a la torre, sobre la puerta de entrada, desde donde se descubre una imponderable vista de todo el territorio, con el Ródano a la vista. Gozamos del espectáculo del paso de un vaporcito de ruedas por debajo del puente, pues al llegar a él tumba su chimenea y pasa, como quien se quita el sombrero y lo lleva bajo el brazo.

Dejamos por fin el anfiteatro, y nos vamos hacia el hotel, pero resulta que para ir a Montmajour hay que tomar un auto particular. Vamos en busca de él, y antes pasamos por el Museo Arlaten, en cuyo patio están las ruinas romanas de una basílica, o lo que fueran. Son un enorme ábside semicircular, con decoración de ventanas con frontones, y una gran puerta en su fondo, que empalma mediante alguna solución de continuidad, con dos muros como si hiciera esto. Todo ello no podemos verlo más que desde arriba del patio y a pesar de una pequeña pelotera de Navascués con el conserje. No nos queda la cosa demasiado clara. A mí más me parecería termas, no sé. Ya después de esto y de intentar comprar tabaco, Taracena ajusta un auto para ir a Montmajour y pasamos primero por correos, donde efectivamente no hay nada.

Alyscamps es delicioso. Una avenida de árboles y a un lado y a otro de ella, series de sarcófagos de piedra en casi triple fila en muchos casos. La impresión de melancolía serena es completa y el aplomo y la calma que se respiran, efectivos e impalpables. Hay algunas capillitas a la izquierda y al fondo la iglesia de San Honorato, de cuya planta tomo nota, con una cúpula interesante sobre trompas, y con nervios. Por fuera el efecto es muy completo, con su cimborrito, esbelto y salado.

Montamos otra vez en el auto y hacia Montmajour, en cuyo camino nos encontramos un enorme rebaño trashumante de ovejas “merinás”, como dice el chófer. En la llanura constante de estas tierras francesas, Montmajour es una pequeña elevación, ni siquiera cerro comparable al de la Torre Magna de Nimes. Pero toda esta sencillez y defecto de escenario en la naturaleza se completa con la construcción del castillo, enormemente fuerte y destacado, tanto en su parte más antigua, como en la del XVII y con su enorme “donjon” o torreón, que señorea gallardamente todo el conjunto. Ahora que por dentro anda la procesión y salvo la enorme iglesia y el torreón, todo lo demás es refugio de años de ovejas. Toda la torre está ahuecada, con garitas en los ángulos y todo el lienzo de matacanes. Caía el sol y la visibilidad se va perdiendo cada vez en peores condiciones. No hago foto por eso, pero así y todo hermoso de veras.

Volvemos a Arlés y nos encontramos con que apenas tenemos tiempo de tomar el tren a las 8 ½ para llegar a Marsella a las 12 y pico de la noche. Vamos a un buen

hotel y cerca de una de las vías, principales, pero lo malo es que hemos de estar en él cuatro horas hasta las 5 y pico de la mañana. Buena habitación. A dormir a la una.

Arlés

St. Trophime = La portada es maravillosa de labra, pero monótona y repetitiva en cuanto a los tipos y no le encuentro tampoco atadero fácil con las cosas nuestras que yo recuerdo. Muy bonita es la figura del hombre nadando, y curiosas y muy bien hechas las cabezas de los caballos de los tres Magos. La finura de labor podrá explicarla la calidad de la piedra, pues si como una que estaban labrando detrás del Hotel de Ville se raya con la uña, sin perjuicio de ser muy blanca y de grano muy fino, es decir, de labra ideal.

La iglesia es de tres naves, pero muy estrechas las dos laterales: cubierta de cañón apuntado la central y de medio cañón escarzano en las laterales y normal la central. A los pies de la nave, a mano izquierda entrando, bello sarcófago romano en dos pisos con escenas entre arquerías. La cabecera de la iglesia a partir del cimborrio está rehecha ya en el gótico y lleva girola cubierta con bóvedas de ojivas.

El claustro es pequeñito, dispuesto con arquerías de medio punto sobre columnas dobles que llevan sus basas sobre un mismo plinto. Por todas partes, tanto en la portada como en el claustro, los recuerdos clásicos están patentes hasta no poder más. Fotos. Tiene precioso punto de vista sobre la iglesia y la torre. Dos de sus lados son más antiguos y tiene sabor clara y perfectamente románica. Con arcos semicirculares. El más pegado a la iglesia tiene tramos de cuatro arcos sobre columnas gemelas con capiteles separados y entre pilares cruciformes con estatuas adosadas. El del lado oriental, aunque también son semicirculares y tienen los apoyos con la misma forma, son más altos y esbeltos, quizá por corresponder a un lado largo del claustro. Los otros dos lados son de arcos apuntados sobre columnas con decoración mucho más tosca, separados por pilares que en sus esquinas llevan la labor típica. En el hueco del crucero, descargando el arco apuntado al semicircular de modo que el arco apuntado no sobresale de la cara del muro.

Museo Lapidario

En el costado de un sarcófago cristiano con el Señor y dos santos entre estrígiles que forman el lazo. Dos hermosos sarcófagos, uno con cacería de ciervos y con redes y otro con Jesús entre los doctores, la resurrección de la hija de Jairo, etc. El formidable sarcófago de la Compagnie des Chemins de Fer de la Camargue. Los mosaicos, aquí como en Nimes, están barnizados, con lo que adquieren una gran frescura de color. En la tercera capilla a la izquierda, losa como de unos ochenta centímetros en cuadro: En la misma capilla muy hermosos sarcófagos (postales). En la cuarta, a la izquierda, uno del tipo del de Martos, con figuras sueltas bajo arquería. En el ábside en las vitrinas, dos trozos de gollete de tinaja de barro rojo estampillado, como las cosas de Toledo que hay en el Arqueológico. Ya de tipo granadino en la decoración, con estampillas repetidas. Otro trozo, quizá de gollete, pero sin borde que permita asegurarlo, y al parecer de la misma vasija. Una buena botellita de vidrio en forma de

racimo, blanco. Muchas urnas cinerarias, verdosas, con asas de varios tipos. Infinitos ungüentarios, botellitas de cuello largo, frasquitos cuadrados con cuello y asa etc. Una botella blancuzca con algo que parece esfera rota encima.

Alyscamps = San Honorato

Cúpula central de ocho nervios con lucerna circular que arranca sobre trompas de la forma: Es en realidad una bóveda de ocho paños con nervios debajo. Arcos un poco apuntados sobre grandes pilarotes redondos que quizá forren los viejos. A la cabecera tres ábsides y el central con arquería en torno. Bonita torre. Luego muchas capillas añadidas de todos los tiempos hasta XVI.

Mountmajour = Chapelle St.Croix

Con bóveda de cuatro paños a lombarda (Foto). La iglesia y el claustro de la abadía tienen cubierta de losas imbricadas en esta forma: lo que no logro ver es si lateralmente están imbricadas unas en otras, pues hay poca luz. El donjon, o torre principal tiene dos habitaciones, con bóveda de crucería y una escalerilla de caracol. La Chapelle hoy anda rodeada de una gran zona de sepulturas excavadas en la roca del tipo olerdolana pero con canalitos que las unen entre sí, como las de Revenga, únicas completamente del tipo, según Taracena.

Arlés

Abadía de Mountmajour. La torre del homenaje

Fachada de San Trófimo

Detalle de la misma

San Trofimo, sarcófago que sirve de pila bautismal

Vistas del claustro y torre de San Trófimo

Claustro de San Trófimo. Ala Norte

Ala oriental

Rincón de las alas sur y oeste

Claustro de San Trófimo. Pilastra en el ala norte

Anfiteatro

Vistas desde el torreón del anfiteatro. Hacia San Trófimo

Hacia el Ródano

El barquito que se guarda la chimenea

El teatro. La escena (2 fotografías)

Alyscamps

Abadía de Montmajour

El claustro, cubierto con losas

Chapelle St. Croix

8 de octubre de 1930

DE MARSELLA A GÉNOVA

Se dice pronto y se tarda mucho. Hay que salir antes de las seis de Marsella para, en un tren veloz, llegar a Ventimiglia, en la frontera, a las 12 del día y salir a las dos, después de comer en la fonda de la estación, para Génova, donde se llega a las seis y media de la tarde. El cambio en la frontera no nos ha molestado grandemente salvo el descubrimiento por un “milite” de estos de la “maquinietta per acciendere i sigaretti di metallo commune”, por la que he tenido que pagar unos derechos de importación temporal. El viaje encantador, pero el sueño mucho. La primera parte es un poco aburrida. Toda la primera parte, hasta la frontera, el recuerdo y la comparación con la Costa Brava es constante; pero después las enseñaditas se abren mucho más y las aguas adquieren una grandeza y una bravura que no había visto yo nunca en el Mare Nostrum.

Paisaje por el otro lado constantemente verde, de colinas suaves, con pueblecitos prendidos en sus cimas y perspectivas sorprendentes al cruzarse de ladera a ladera. Con nosotros en el tren un matrimonio belga, él comerciante retirado. Habla con nosotros muy afectuosamente, nos obsequia con dos magníficos pitillos, que acogemos alborozados y acogemos como pan bendito, pues el problema del tabaco ya va haciendo su aparición. La entrada en Génova es impresionante, no solo por el tamaño de la ciudad, verdaderamente enorme y por la serie de arcos y puertas monumentales, incluso los famosos pasajes subterráneos. Cenamos en La Toscana, macarrones por segunda vez, desde esta mañana, con vino Chianti, de recuerdo emocionado. Nos entendemos con un chapurrado formidable. Pronto (11) a la cama.

En el trayecto de Ventimiglia a Génova

9 de octubre de 1930

EN GÉNOVA

Amanece mal el día: por un lado, lloviendo y por otro, Navascués malo. Así que nuestro gozo en un pozo de planes para hoy. Cuando se queda un poco más tranquilo, nos vamos Taracena y yo hacia correos, donde no hay nada, y de allí a ver al cónsul.

Tardamos en encontrarlo. En un piso de Via Maragliano, Don Vicente Palmaroli. Un cuarto muy siglo XIX en sus finales, con unos cuadros por la pared, entre ellos una bonita cabeza femenina, supongo que de Palmaroli, padre. El cónsul es un hombre de sus sesenta años bien llevados, rasurado cuidadosamente, de cabeza redonda y estatura más que mediana. Buen tipo de clubman, con mesa de cajones y sus cachivaches sobre ella, varios aparatos para encender, una mesita al lado con tabaco, y sobre la estantería baja que rodea la habitación una gran colección de cachimbos. Nos acoge muy cordialmente y nos habla en tono mesurado, pero agrio, de las cosas de España, del abandono oficial, de las dificultades con que se desenvuelve su misión.

Con objeto de darnos los correspondientes certificados, llama a su escribiente. Cuando este viene, no sé por qué he tenido la impresión vivísima de que este momento era treinta y tantos años atrás, en el despacho de una autoridad cubana, o algo semejante. El ambiente y el cónsul ya ayudaban a ello, pero el secretario, menudo, respetuoso, con sus cincuenta largos años y su aspecto de criado cariñosamente fiel, lo ha completado, hasta con su guayabera blanca. Muy solemne y despacio el cónsul le ha dado cuenta de lo que tenía que hacer y le ha dictado los certificados, que el otro ha copiado en escritura normal. Hemos seguido charlando un rato y le hemos preguntado por algún médico de confianza para Navascués. El canciller del consulado, otra estampa de hace años con alto cuello planchado, nos facilitó las señas del Professore Ollino, pues aquí no hay médico español. Cuando salimos de casa del cónsul vamos a la Catedral de San Lorenzo, al Palazzo San Giorgio y los Palazzi Bianco, e Rosso, que a esta hora ya están cerrados, por lo que habremos de volver.

Navascués está algo mejor, pero muy acobardado y a mí me preocupa con ello. Resolvemos llamar al Professore Ollino y este avisa que vendrá a las 4½. Así que Taracena y yo nos vamos a comer y después al palacio Bianco, cuya instalación nos gusta grandemente. Es algo por el estilo de nuestro Museo del Prado, tapizados en las paredes con un tono muerto, y colgados los cuadros con bastante espacio y claridad. Después, buscamos en la Villeta di Negro, en el jardincillo muy XVIII inglés, con sorpresas y grutas, el Museo Cívico de Arqueología ligur, realmente bastante bien acondicionado. Es una sola sala, toda blanca, con tantos pisos (4) como permite la altura de las vitrinas, colocadas en torno. Sólo tiene como defecto el que las vitrinas tienen demasiado fondo y a veces no se leen los letrerillos.

Desde la salida, un mirador con gran vista sobre toda Génova, que desde arriba me resulta destartalada y grisácea, perdiendo gran parte de su monumentalidad. La impresión es de sucia y aun en la catedral no me han hecho gracia las alternativas de mármol blanco y negro, que me parecen pintadas o una humorada sin objeto. Volvemos a casa y a poco llega el signore Professore Ollino, quien muy amablemente reconoce a Navascués hasta por los pelos para terminar diciendo que no tiene nada de importancia, salvo un pequeño desarreglo intestinal. Con ello renace en nosotros la animación. Volvemos a salir a dar una vuelta y a cenar. Me sigo afirmando en mi impresión. Todo esto me huele a guardarropiá. Mucha pintura, mucha decoración, mucho trompe-l'oeil, en una palabra: mucho oficio. Pero poca emoción ni fuerza. Tartas, por lo regular. Pronto, a las 11, a la cama.

10 de octubre de 1930

GÉNOVA Y ROMA

Navascués ha amanecido arreglado y con tales ánimos, que se levanta dispuesto a salir. Taracena se va a Pisa y nosotros resolvemos dejarlo para después, desde Florencia. Esta mañana hemos dado la misma vuelta que ayer con Taracena, con la diferencia de haber entrado en el Palazzo Rosso donde hemos visto la colección de cuadros mejor ambientada. Están instalados en las mismas habitaciones del palacio,

todas las cuales tienen sus techos pintados y aun las paredes, conservando además parte de los muebles. Pero en los mismos cuadros, salvo las excepciones de primera fila, conocidas (Paris Bordone, Palma Vecchio, Tiziano, Tintoretto, Ribera, etc.) domina el oficio: no hay ninguno que sea totalmente una birria, ni ninguno tan fuerte como lo mediano nuestro.

Y hermosa de veras, la Magdalena de Cánova, que me reconcilia con él. La espalda y sobre todo las rodillas están modeladas con un cariño y una fruición que casi se acaricia el mármol.

Después de comer salimos para Roma. El trayecto va entre el mar y la línea de los Apeninos, que nos sorprende por su bravura y su rudeza. Todo el paisaje verde y los pueblecitos colgados como siempre de él, en los sitios más inverosímiles, como sembrados a boleto. Poco más allá los desgarrones blancos en la montaña de las canteras de Carrara y en las estaciones enorme cantidad de bloques.

Al llegar a Pisa tenemos un instante la visión del Baptisterio, el Duomo y el campanile. Sube Taracena quien viene verdaderamente encantado. Y, ya de noche, seguimos nuestro camino hacia Roma. Allí, al albergo Santa Chiara, con una fugaz y nocturna visión del Panteón. Son la 1 ½

Palazzo Bianco = Génova

“Pallio bizantino (saeculo XIII^o): tributo dell’Imperatore Michele Paleólogo alla república di S Giorgio per la cattedrale de S. Lorenzo”. Gran paño de 4x1 1/2m, sarga roja?, bordado totalmente con escenas de la vida de San Lorenzo, dispuestas en dos zonas horizontales, con sus letreros también bordados. Muy pocos colores empleados, principalmente el carne y tonos verdosos, así como algo de oropel. Una pequeña cenefa en torno de motivos vegetales en roleos, cuyo esquema es éste.

Génova

Piazza Covietto

El hotel Bavaria, subiendo a la derecha

11 de octubre de 1930

ROMA

Gran día y buen sol. Salimos inmediatamente hacia Correos por el Corso Umberto y nos encontramos con que no hay nada. Malo. Nos fastidia a todos un poco la mañana. Después tiramos ya hacia San Pietro in Montorio, en busca de nuestra Academia y de Blay, en un autobús que nos va descubriendo una porción de cosas de Roma y que nos deja en Santa María in Trastevere, con una visión fugaz de sus mosaicos. En la Academia no está Blay. Nos recibe su hijo, muy atento, con quien charlamos un rato y a quién dejamos la carta de D. Manuel. Volvemos a Santa Chiara a comer y escribimos

desde allí a una porción de gente, a casa, a Don Manuel, a Artuñano, etc. Telefonazo a Blay y me dice que nos espera. Allá en autobús. Gran acogida. Blay, con sus barbas y sus grandes cejas, canoso, bajo y casi cuadrado sin ser gordo, con su enorme impulso juvenil, da la impresión de una fuerza viva irresistible. No sé por qué me hago la idea de que el Duce también puede ser una cosa así en lo físico. Tiene tipo de atleta rechoncho, no capaz de carrera, pero sí de soportar firme, de inaplastable, y que una vez los músculos han de saltar como muelles con impulso irresistible.

Al subir a la Academia, por la escalerilla donde está el Calvario, he tenido una impresión penosa que me ha envenenado un poco la tarde. En la revuelta, como recatándose, ha asomado un italiano con facha de hampón, hablando agitado, luego hemos visto que con una mujer escondida tras la esquina. Hemos pasado sin hacer caso, y tras de contestarle ella, en el momento de cruzar nosotros, él le ha pegado un puñetazo en el cuerpo, de manera bestial, ni siquiera cruzarle la cara. No sé por qué me ha sonado este puñetazo de una manera muy rara, muy mal y muy dentro. Pero inmediatamente he pensado que allí no nos llamaba nadie y en la posibilidad de una añagaza. Luego me ha dado pena. Creo que mi padre no hubiera obrado como yo. Vamos demasiado para abajo y somos bastante “prudentes”.

Blay habla con energía, a golpes, sin estarse quieto, con una mezcla de castellano, catalán e italiano pintoresca y llena de fuerza. Habla de sus proyectos de ampliación de la academia, de su deseo de hacer allí un hogar para todos, de su ruego de que le ayudemos y también sale un poco la eterna queja del abandono oficial. Nos dice que va a presentarnos a Paribeni, y mientras nos quedamos solos curioseamos un poco por el estudio: despacho en un rincón, sala de música en otro y nos asomamos al magnífico ventanal que nos descubre la cúpula de San Pedro, entre el verdor del paisaje y del otro lado Roma entera. La cúpula, vista a lo lejos, licencia completamente todos los trucos y tranquillos literarios que acerca de ella pudieran pesar sobre uno. La ponderación, el ritmo, la proporcionalidad exquisita no ya de líneas, sino de masas, es más, diría que de pesos, es tan extraordinaria que puede pensarse en hacer otra igual, pero no se escribe que esto se creó sin que se copiara de ninguna otra cosa. De las pocas sensaciones de equilibrio perfecto, de reposo, que yo he recibido en mi vida. Vuelve Blay y nos vamos con él al Ministerio en busca del Director General de Bellas Artes. A la entrada, primer saludo fascista de la temporada, a cargo de un terrible cancerbero, que no queda satisfecho mientras no le decimos quienes somos y a qué vamos. Pero en contraste con ello, Paribeni, hombre de mediana edad, con una barbita mefistofélica y una serie de saludos, reverencias y genuflexiones interminables. En pocos minutos Blay nos hace el artículo de buena manera y el otro nos promete poco menos que una patente de corso para todo. Se lo enviará el lunes a Blay. Veremos. Prolongamos la conversación sabrosa con Blay aún unos ratillos y por fin nos venimos en busca de las oficinas del famoso congreso, que hasta encontrarlas nos dan un latazo regular. Pero después nos encontramos con ellas y con la señorita secretaria, muy atenta y simpática, que nos entrega todas nuestras cosas, ya preparadas y nos da su ratito de conversación. Veremos el lunes qué es esto. Las sesiones normales son en la Villa Aldobrandini, encantadora en lo que hasta

el momento he visto.

Después de la cena, como siempre, a base de un plato de macarrones y otro de carne, pretendemos seguir el diario, hasta las 121/2 en que no podemos más. A la cama.

Roma

Desde San Pedro in Montorio, con el Vaticano, al fondo

Con el monumento a Vittorio Emmanuele

12 de octubre de 1930

EN ROMA

Día del Pilar. A las 7, de pie y me pongo a nivelarme algo en las notas. Después vamos a Misa a San Ignacio, muy hermosa iglesia, que me reconcilia algo con el barroco. Desde luego, muchos dorados, muchos mármoles de colores, relieves también en mármol blanco, etc. La iglesia es de planta de cruz latina, con tres naves a los pies, con su ordenación total de pilastras corintias y sus tribunas. La bóveda de la nave central es de cañón y va totalmente pintada con perspectivas fingidas y figuras en celajes. Todo muy mundano, muy armonioso y un poco frío, aunque siempre admirable. Paso después por la Vía Seminario, donde pregunto inútilmente por el P. Lazarini. Desayunamos y nos vamos en demanda de la Policía, para las cuestiones del permiso de estancia. Total, perder el tiempo, una magnífica caricatura del Duce, eso sí, escribiendo él mismo, cosa que seguramente no harían en España. Ya con nuestro papel en el bolsillo, nos vamos hacia correos, donde recojo la primera carta de casa. También Navascués y Taracena. Cada uno arrimado a un pilar, tragándose lo que dicen. En fin, así es. Y "siguiendo las gestiones diplomáticas" vamos hacia el consulado, que está en Piazza Navona, donde San Giacommo de los Españoles, que no logramos ver, y Santa Inés, y en cuyo centro está la fuente del Bernini, con sus cuatro ríos y el obelisco encima. La plaza permite hacerse bastante idea en cuanto a tamaño y proporciones de lo que era un circo romano,

Entramos en Santa Inés, fachada del Borromini, y nos encontramos con otra iglesia que, sin ser del tipo de la de San Ignacio tiene con ella un cierto parentesco. El mismo gusto decorativo se manifiesta en una y en otra, con el mismo afán por los dorados, los mármoles de colores, los mosaicos, los pavimentos de mármoles de incrustación, todo aquello que de alguna manera puede evocar una idea de suntuosidad y de riqueza. Pero lo más curioso es que, no sólo en esto sino hasta ahora en todo lo que he visto italiano hay un cierto sentido de distinción y equilibrio que les hace no caer en aberraciones. Pero la verdad es que a veces se quedan bastante cortos. Y la mayor parte de las cosas son correctamente frías. No hay nunca amontonamiento, impulso frenético de nuestro barroco; hay exuberancia decorativa, pero llevan siempre por bajo y muy fuerte el sedimento de todo lo clásico, lo que da una evidente ponderación.

¡Lástima del ímpetu de muchas de nuestras cosas! Hasta ahora las cosas modernas vistas son “bonitas”, encantadoramente dispuestas, pero no hay nada “hermoso”, plena e integralmente hermoso, con toda la fuerza que supone la palabra.

Antes de comer, un vermouth en Piazza Colonia, intentando ver la columna de Marco Aurelio. Con los prismáticos se alcanza a detalles, pero es imposible seguir completamente el desarrollo de la composición. Después de comer, por el Corso Vittorio Emmanuele, nos vamos hacia el Vaticano. Pasando por varias iglesias, entre ellas San Pantaleón, de los Escolapios.

Al llegar hacia el Tíber, hacia el fondo de una calle, se descubre la “moles Adriani”, en toda su imponente masa, sobre el puente. Llegamos hasta él, y vemos a lo lejos las tres cúpulas de San Pedro, devorándolas con los gemelos. Y, sin embargo, la entrada en la plaza de San Pedro me ha decepcionado bastante. Las columnatas del Bernini aparecen demasiado separadas. Sólo se mantiene imponente, en todos los sentidos, la cúpula. Pero una vez que vamos andando por la columnata y llegamos al eje mayor de la elipse, la columnata va adquiriendo todo su verdadero valor, en tamaño, en proporción, en aplomo sereno y en fuerza. La primera obra nueva de verdadero sentido clásico, con la extrañeza enorme de ser del Bernini, a quien parecía imposible suponer no trazando, sino concibiendo tan en grande y con tanta influencia de serenidad y grandeza. Conforme nos acercamos a San Pedro la impresión es mayor, pues tan sabia es toda la disposición de la plaza, hasta sus menores detalles, sobre todo en la disposición gradualmente ascensional del pavimento. Lo extraño siempre es la ausencia completa de la idea de tamaño. La proporcionalidad es tan formidable que aun teniendo los puntos de referencia de las personas, es difícil percibir la magnitud real de los elementos. Y así vamos de sorpresa en sorpresa.

El pórtico es ya de por sí una maravilla y la vista a través de sus arcos sobre la plaza de San Pedro, encantadora. Todo él está decorado con relieves en estuco, en colores, combinados con un tino y una elegancia que sorprenden. Con la entrada a la iglesia ocurre lo mismo. Mármoles de todos colores, mosaicos y oro por todas partes, se combinan deliciosamente para dar como resultado, no una iglesia devota, sino una iglesia rica y suntuosa, la más excelsa de la cristiandad, con un aire un poco profano. Voy avanzando sin querer mirar a la cúpula hasta el punto en que empezaba la planta de Miguel Ángel. Entonces es aplastante el efecto y la cúpula señorea con una aristocrática elegancia inolvidable. La impresión en San Pedro es de anulación completa. Queda uno como flotando en aquel espacio y en aquella atmósfera, irreal por todos sentidos. Es otra vida distinta, en que las cosas tienen la escala apropiada para su destino, sin relación con los pobres mortales.

Y en esta forma va todo. Lo demás, sepulcros de fulano y mengano, esculturas de este o del otro, cuadros, mosaicos, que serían una obra maestra en cualquier parte, son aquí uno más. Pero hay algo que no puede ser uno más. Es la Piedad de Miguel Ángel. Confieso que venía prevenido contra ella. No sé por qué, pero en fotografía no me había satisfecho nunca, y creo que ahora me satisfará menos que antes. Pero la realidad es asombrosa y atrae con tal fuerza que no es posible dejar de admirarla

mientras se está ante ella, ni de sentir de veras el abandonarla. Y sobre todo, tiene emoción, cosa que yo no creía. Empieza porque la misma idea de haber representado a la Virgen joven, aparte del simbolismo de pureza inmarcesible que con ello se quiso dar, le presta al grupo un mayor encanto. Parece más que la madre que llora al hijo, la esposa que sostuviera al esposo muerto en su regazo. Y esta esposa o madre no puede llorar, ni por su dignidad ni por la magnitud de su pena. Con la cabeza algo caída sobre el pecho, la mirada fija y el rostro sereno, parece representada un momento antes de brotar las lágrimas. Juraría que había algo de palpitación en aquel mármol y que el mentón redondo y la boca algo apretada, finísimos ambos, tenían el aleteo imperceptible precursor del llanto. El velo, el manto, todas las telas y los plegados sobre la cara de la Virgen están puestos con tal cariño y tal cuidado que ninguno roza ni aprieta la carne, sino que apoyan suavemente, como una reliquia que estuviera entre sedas finísimas dispuestas con el más exquisito respeto. La actitud de la Virgen es un poco de desmayo, de acabamiento. Sin embargo, no se limita a mostrar el cuerpo muerto de Cristo, sino que en un impulso de amor, mientras extiende la mano izquierda y agacha el cuerpo como en anonadamiento y holocausto, rodea a Cristo con su brazo derecho, levantándolo y acercándolo a su pecho, mientras su cabeza cae hacia atrás, inerte. Y el propio cuerpo de Cristo es una maravilla de nobleza y de finura. Su rigidez, aún caliente, se pliega admirablemente al impulso cariñoso de la Virgen. Pues todo esto tiene por dentro un impulso fuerte extraordinario. Un empuje y una bravura inauditos.

Cuando logro dejar la Pietá, nos llama la música y el órgano desde la capilla del coro. Un rato inolvidable. ¡Qué manera de cantar!

Navascués se ha ido a ver a su hermana, sin lograrlo. Salimos a esperarle y damos otra vuelta a la columnata, viendo al paso los guardias con sus pintorescos uniformes. Cuando llego a casa me pongo a escribir. A las once en cama.

13 de octubre de 1930

EN ROMA

A eso de las cinco me doy cuenta, medio dormido, de que está lloviendo a cántaros, no de cualquier manera. Mal día se nos presenta por ello. Mientras Navascués se arregla, yo termino el diario. Salimos a correos y por el camino determinamos comprarnos un paraguas, lo que hacemos al volver, después de ver que no hay nada de casa. Nada más desayunar nos vamos a la Conferencia, que tiene hoy su sesión inaugural en la Sala Giulio Cesare del Campidoglio. Llegamos allí entre gran despliegue de cascos brillantes, uniformes colorados y pelucas blancas. Todo muy solemne, como la sala, decorada con bustos de emperadores romanos, un Julio César colosal en uno de sus testeros, etc. Mucha crema intelectual y la sesión se reduce a unos cuantos discursitos, cerrados por Jules Destrée con uno bastante latoso. Y a la calle. Ha habido más disparos que en la guerra.

Como es un poco temprano nos vamos hacia abajo y desde el vicus palatinus tenemos una imponderable vista del foro, que a fuerza de repetida y reproducida,

ya se sabe. Hemos de darle la vuelta a todo ello, en busca de la entrada, por la vía del Coloseo, que nos le presenta de pronto a la vista en todo su valor. Pero como no hemos entrado, tiempo habrá para él. Sólo, como siempre, notar la majestuosa proporcionalidad y el aplomo. Sin bajar a la vía Sacra, llegamos al templo de Venus y Roma y allí nos quedamos prendidos tomando notas, como antes nos había pasado en la cárcel Mamertina.

Al final de la sesión inaugural hemos saludado a Blay, quien nos dice que ha estado hablando de nosotros con Nogara, el director de las colecciones pontificias, de modo que cree que por este lado tendremos también las puertas abiertas.

Desde las notas de los templos de Venus y Roma nos vamos a comer, y después otra vez a la conferencia. Una reunión plenaria preliminar, con palabras de Destrèe y constitución de las dos secciones. Nosotros nos vamos a la de escultura. Comunicación y observaciones interesantes sobre el empleo de los rayos ultravioletas en las esculturas que reseño aparte. Madame la intérprete hace el agosto, habla más que nadie y no me gusta por tonta y fea. ¡Pobrecilla!

Taracena se ha ido a correos, para venir a las tres, y efectivamente no ha aparecido. Cuando nos íbamos solos hacia el foro nos lo encontramos en un taxi. Había estado en la Casa de España, donde naturalmente no ha tenido nada más que conversación. Tras de completar algunas notas en los templos nos metemos derechamente en el foro, y lo recorremos rápidamente para empezar por la otra parte, hacia el capitolio. Cogemos el Baedeker y vamos haciéndonos cuenta de ello. Pero nos da la hora en el arco de Septimio Severo y hay que dejarlo. La disposición de las ruinas es muy bonita, pues todo aquello en que no hay peligro está lleno de hierba, con lo que se le quita acritud y desolación, y las cosas delicadas se resguardan con techos adventicios de madera. Al pasar son grandemente impresionantes, tanto la basílica de Constantino como la iglesia redonda de los Santos Cosme y Damián, sin querer acordarme de otra porción de cosas. Va anocheciendo sobre el Foro y entre el tono patinado de los mármoles y el verdor de la tierra, se arma una sinfonía de rojos y violetas, fina e imponderable.

Pero deliciosa impresión de esbeltez, de gracia airosa, la de la torre de Santa Francisca Romana, cálidamente entonada y con los vivos puntos de gracia que en ella ponen los azulejos redondos cruzados que lleva engastados. Una maravilla. Salimos contemplando el Coloseo y viendo la "Meta Sudans", luego el Arco de Constantino, de un enorme interés y del cual hay que tomar fotografías. Entonces hablaremos.

Navascués se va al hotel a escribir y Taracena a comprar y mandar a Don Manuel, junto conmigo, el enorme catálogo de Alinari. A mí me basta con la "Pietà", de que compro una buena copia. Al volver, en librería Littorio, un bonito y no caro tomo de lo italiano medieval. Ya en el hotel cenamos y nos metemos una carrera en pelo para llegar a la conferencia, donde resultó que no hay reunión de escultura. Y a casa a escribir. Son casi las 11½ de la noche.

Cárcel Mamertina

La parte baja forma ahora.

La bóveda se empieza por aproximación de cerca que en los dos metros de altura mucho seguramente, formando esto, de tal manera que es el mismo sistema de Romeral, Atreo, etc., pero despiezado en hiladas de más de $\frac{3}{4}$ de altura, con aparejo bastante regular, aunque con algunos tizones, en toda la parte circular, mientras que en el muro AB los bloques son grandes, toscos y muy mal despiezados casi en aparejo ciclópeo. El techo plano que va sobre esta parte inferior está también dovelado, lo que me hace raro, pero es absolutamente claro, al menos por abajo. Encima va un recinto cuadrado, cubierto con una enorme bóveda de cañón. Despiezada en hiladas grandes como la parte baja y de unos ocho metros de diámetro. No me acabo de explicar el acuerdo entre las dos construcciones en la parte de la escalera moderna, a no ser que haya algunos sillares algo desplazados. La bóveda de cañón superior arranca desde el mismo suelo, sin impostas ni nada:

La techumbre del recinto inferior va así, de tal manera que viene a ser una especie de bóveda muy rebajada.

Foro Romano. Templos de Venus y Roma.

Mirando el Coliseo, el ábside semicircular del templo de Venus, que consiste en una gran exedra de ladrillo despiezado en hiladas normales por tabla. El ábside tenía tres huecos; el central ha sido relleno modernamente, mientras que los otros dos se conservan bien, cobijados por arcos de descarga semicirculares dovelados con ladrillo y dinteles también dovelados.

Hay también medinales grandes que corresponden indudablemente a andamio. Las paredes laterales, mejor, la pared lateral de la celda en la izquierda tiene nichos y huecos adintelados, hechos con hormigón regularizado en dovelas mediante ladrillo. Así, de tal manera que se forman verdaderas dovelas completas de argamasa. Además los muros son totalmente de argamasa en su interior y solamente carenados de ladrillo.

Lo mismo pasa en los arcos hasta en la pared lateral como en el mismo ábside. Y luego, sobre toda esta estructura, ponían el carenado de ladrillo en la forma normal.

El ábside tiene una decoración de casetones rombaes, dispuestos en el cuarto de esfera y me parecen de ladrillo enlucido. En la parte exterior del ábside, los medinales de construcción, con un espesor de dos hiladas de ladrillo, van colocados cada 24 hiladas. La primera exedrita, tiene lo mismo que las otras, chafada su mitad baja de jambas y en ella, el aparejo es a roza y asta también tiene una zona de ladrillos de esquina. Esquinillas. Será todo ello nuevo?

Por el lado oeste, que da hacia la Vía Sagrada, acuerdan también los dos ábsides, pero con un contrafuerte en medio que no sé si es postizo, toda vez que en el otro

lado no existe y el acuerdo de las superficies se hace directamente, pero con posibles restos de haber tenido contrafuerte Los nervios laterales de la celda en su parte externa, tienen carenado de sillarejo, con hilada de ladrillo regularizado.

Roma

Ábside del templo de Roma

Primera sesión del Congreso. Lunes 13 octubre

Se hace una pregunta a Eibner acerca del tiempo en que se producen ciertos cambios y el dice que no se han experimentado. Esto sería muy interesante para determinar el límite de antigüedad. Eibner [de Bendinelli]. Eibner responde. M. Champion. M. Mr. Vitry, al lado del presidente.

14 de octubre de 1930

EN ROMA

Hoy amanece un gran día, y lo inauguro con un buen baño que me sabe sencillamente a gloria. Pero con este demonio de conferencia, y con acostarse tarde escribiendo, no se puede uno ni lamer. Total que nos vamos a las 9 hacia Villa Aldobrandini, donde empieza la sesión a las 9½ con una comunicación de la Srta. Levi, que nos deja como estábamos. Gracias a que después vienen unas cuantas cosas muy interesantes de Champion, con las que nos dan las 12 del día. De todo ello tomo reseña aparte. Nos vamos antes de comer hacia correos, donde tengo carta de casa del 10. Se quejan de las tarjetas. Habrá que pensar en hacer un hueco para una carta larga. Después de comer, hacia Porta Maggiore, donde ha de dar una conferencia Paribeni. Vamos primero en autobús hasta Santa María Maggiore y recalamos allá. Primera sorpresa. La fachada barroca y el pórtico apenas si dejan adivinar, aun siendo muy hermosos, el interior. Todo ello es barroco y no malo, pero vulgar. Ahora que una vez que se entra la decoración cambia por completo y la imponente belleza de la basílica se impone con toda su fuerza. Hay una impresión enorme de grandiosidad, junto a una alegría serena de los mármoles y los dorados dulcificados por el tiempo y las paredes cubiertas de color rimando con los enormes casetones del artesanado. Claridad, sencillez y armonía imponderables en la disposición, gobernadas por las dos largas filas de enormes columnas jónicas. Están restaurando el ábside y nos hemos de quedar por ello sin ver los mosaicos. La nave está llena de mosaicos muy interesantes, del siglo V, con entonación general verdosa y fondo de oro, en parte muy restaurados y con una porción de medianos frescos. Las series de capillas y sarcófagos a uno y otro lado son de extraordinario valor, pero continuamente vuelve uno la vista hacia las columnatas, a saciarse con su admirable tentación de tranquilidad y reposo. El pavimento es todo de incrustación de mármoles de colores, formando las combinaciones normales de anchas cintas enlazadas en círculos y cuadrados.

Nos encontramos allá a Champion y a su hijo y comentamos con ellos la maravilla. Pero como se acerca la hora, nos hemos de ir hacia Porta Maggiore, no sin tomar un par de fotografías de la fachada y sobre todo de la torre, en ladrillo, en la forma normal, ya vista de otras cuantas romanas, con los azulejos circulares cóncavos incrustados, aquí dentro de un círculo de olambrillas, siempre con verde, amarillo y azul. En Porta Maggiore nos esperan Paribeni y otros congresistas. Paribeni nos pregunta si no hemos recibido los permisos y dice haberlos ya redactado y dado para enviar. No llegaron. Lo de la Basílica de Porta Maggiore es tan interesante que habrá que referirse a las notas. Cuando salimos de allá nos vamos hacia Santa Croce in Gerusalemne, donde no queda antiguo más que las columnas corintias a lo sumo. Lo demás totalmente nuevo. Abajo un hermoso mosaico en una bóveda, muy bueno y ya del XIII. Pero es hermosa iglesia, de todas formas.

Seguimos, en dirección a San Juan de Letrán, y en la Plaza de la Puerta de San Juan nos quedamos viendo el monumento del centenario de San Francisco, verdaderamente hermoso. Hasta allí he tomado nota de unos cuantos detalles interesantes de construcciones puramente romanas. Una sorpresa es ver que el ladrillo tallado no es invención sevillana, sino que también se da en lo romano.

Navascués se ha separado y Taracena y yo nos vamos hacia casa. Yo voy a ver al Padre Lazzarini quien me hace gran acogida y me presenta a un español, el Padre Mostaza. Gran obra la de la Universidad. Me acompaña hasta abajo, tras de haberme dado una tarjeta para el Maestro de Cámara del Papa, quien nos dará los necesarios pases. Con todo ello vuelvo al Albergó después de las 7½ donde ya me esperan para cenar. Luego a escribir y a las 12 a la cama.

Basílica Porta Maggiore

A 14 m de profundidad bajo la vía Roma Pisa se descubrieron movimientos de tierras que hicieron encontrar un corredor o pozo de acceso a la cámara. Ha sido siempre subterránea a 4 o 5 metros de la vía Prenestina, con corredores de acceso laterales. Planta de basílica cristiana. Se hizo excavando la tierra y dándole después una decoración de estuco, cuya conservación ha tenido grandes dificultades: rezumaba agua hasta no permitir encender cerillas. Al tocar el estuco se clavaba el dedo. Se saneó la parte superior y lateral. Después de 12 años, no ha habido más daño que una ligera veladura y alguna mancha, pero no ha salido nada gracias a la humedad que conserva el monumento. Los estucos son muy finos y no veo en ellos cosa mayor de sentido cristiano. La planta es un rectángulo dividido en tres naves por tres pilares por lado, rectangulares, que soportan arcos semicirculares, algo deformados actualmente. Entre las dos arquerías centrales y donde las canes, hay huellas como de pedestales, que han podido ser tales y llevar estatuas.

La interpretación del monumento se ha de hacer sólo por él mismo y por la representación del techo. Los elementos: edificio subterráneo, poco iluminado, que puede haber tenido alguna estatua. El sitio inaugurado con sacrificios, cuyos restos

estaban al fondo del ábside, así como huellas de una cátedra. Lugar de culto, algo sagrado, pero no del culto oficial. Hay que buscar qué religión. Pero las figuras no hacen posible nada oriental. Son asunto mitológico empleados en otro sentido. En el ábside una victoria que lleva una corona en la mano, más bien parece un ángel. En el cascarón una figura femenina que baja de las rocas al mar. Una suicida pero hay un tritón dispuesto a acogerla. En la nave central Ganimedes y un dioscurio que rapta una muchacha, y en la que falta, habría otra. Dos símbolos de la muerte. Por tanto, los que se reunían aquí pensaban en la muerte. En la nave lateral izquierda Apolo y Marsias. Por tanto los mitos clásicos interpretados en otro significado. En cuanto a esto, va sobre reticulatum muy buenos. Algo de Mesalina y Statilio Tauro. Referencias Tácito. Cultos heréticos romanos; pitagorismo. Primeros tiempos del imperio.

Lo que más me choca en todo esto es la proporción del mismo monumento, que en corte me da dos veces y pico de altura por el ancho

Todo el suelo es de mosaicos muy sencillos, sencillamente blancos, salvo las líneas negras que contornean y recuadran en planta todo el edificio.

Las figuras me parecen de un arte admirable y muy clásico, con una pureza de concepción extraordinaria y muy bella de líneas y plegados. Los arcos tienen esta figura, pero no como rebajados, sino como si hubieran sido trazadas bien y se hubieran deformado después lo que no me parece probable, a pesar de la enorme trepidación a que están sujetos. La habitación rectangular de entrada se cubre con una bóveda decorada con estucos y de ella parte a la izquierda un corredor, en que desemboca la escalera moderna y que tiene al final una habitación cuadrada cubierta con bóveda de arista perfecta, mejor dicho que tiene un agujero en medio por donde cayeron algunos trozos de entablamento, de por ahí encima. Las impostillas son.

Bibliografía

Fornari y Gatti. Notizie degli Scavi. 1918

Carcopino. Un volumen de la Maison Hachette.

Monumenti dei Lincei (Bendinelli)

Basílica de Porta Maggiore

E. Gatti en "Previ notizie relativa a la scoperta di un monumento sotterraneo presso Porta Maggiore", Notizie degli Scavi di antichità, 1918, página 30.

Descubrimiento casual, por ceder las vías del trazado a Nápoles en el trozo comprendido entre el puente de cemento sobre la vía Malabarba y el "cavalcavia" sobre la Prenestina. A 3 m por bajo de la vía se descubre un pozo circular de 0,90 de diámetro construido sobre la bóveda de una galería en ángulo recto. De ella se entra, por medio de una galería en la pared este, a la basílica propiamente tal, cubierta de tierra hasta 1/3 de su altura. La base del monumento se encuentra a 13,30 del nivel de las vías. El vestíbulo estaba completamente lleno por la tierra y los escombros caídos por su lucernario y, para poder consolidarlo, hay que tapar este

definitivamente. El vestíbulo tiene en su centro un pocito terminado en una galería, para recoger posibles filtraciones y aguas pluviales. Este vestíbulo tiene dos ingresos arqueados: uno que comunica con la galería que daba acceso y otro con la basílica propiamente tal. El monumento tiene 12 x 9 m: la nave central de 3m termina con ábside en la cabecera: los laterales comunican con ella por arcos rebajados sobre pilares de 0,95 x 1,25.

Las pilastras tienen, en la pared de la nave central, un recuadro rectangular limitado por cornisas de estuco, que debían contener, cada una, una placa figurada o inscrita, sujeta con grapas de hierro, y en el pavimento, bajo cada una de ellas, se encuentran rastros del sitio en que iban pilastrillas o basas. Aún quedan retratos en tres de estos recuadros.

Todo el pavimento es de mosaico finísimo en teselas bancas: una doble línea negra recorre en torno a las paredes y las basas.

El ábside de la nave central es semicircular y de radio 1.55. En medio había una "cátedra" de que aún se ven en el muro las inserciones de los dos flancos. Tiene también una excavación, donde se encontraron los esqueletos de dos animales, perro y gato, probablemente sacrificados cuando se consagró el edificio.

Para la iluminación había a los pies de la nave central una ventana que se correspondía con el lucernario del vestíbulo. Las naves laterales debieron iluminarse con lámparas.

La galería en ángulo se exploró por el otro lado hasta más de 25 m, habiéndose encontrado a los 20 otro pozo, de luz y ventilación, como el primero.

El monumento se orienta este oeste. Fue siempre subterráneo. Debió primero irse excavando y rellenando después con calcestruzzo di selce. Aunque la bóveda y los arcos son de la misma estructura parecen haberse hecho sobre excavación de cimbras en el terreno virgen. Esto podría explicar las irregularidades de replanteo.

F. Fornari ("Obsezioni sub monumento..." ibídem, 39) cree que los estucos recuerdan mucho a los de la Farnesina, más que a los de la Vía Latina, siglo primero del imperio. Destino: sala de reunión para cultos no oficiales. Hay otros semejantes. Y de estas salas se cree que sale la basílica cristiana. Jerome (Les origines degli edifici hypostile) estudiando el origen del ábside en los edificios clásicos, ha puesto en evidencia que el arte del V y del IV a.C. Empleaba la naos con ábside y la rotonda, solamente para el culto a los dioses "ctonii" y, más tarde, el uso se extiende a otro género de construcciones. El sacrificio del perro, aun en Roma, había estado siempre relacionado con ceremonias expiatorias. Con su sacrificio, los fundadores de la basílica de Porta Maggiore quisieron hacer un acto de purificación y expiación, para aplacar a los númenes ctonii y hacerlos propicios al nuevo edificio y a los actos que se debían cumplir en él. Los misterios que se celebraban en el monumento debían tender a conseguir la felicidad de ultratumba a la muerte aluden las escenas de raptó y liberación. Y no es difícil que la gran composición del ábside aluda al viaje del alma hacia la isla de los bienaventurados.

Para la identificación, se sabe que a doscientos metros del monumento existían en el siglo I los sepulcros de los siervos y libertos de la gens Statilia, que han proporcionado gran cantidad de material epigráfico. Surge la idea de que el monumento estuviese comprendido en la propiedad de aquella gente riquísima. En el sepulcrito de los Statilios, además, se encontró la bella urna de mármol griego, con escenas de misterios, que está en el Museo de las Termas. Todo ello hace creer a Fornari que la basílica fuese un lugar de reunión de los Statilios con sus amigos iniciados, para la celebración de los misterios. Y a ello viene a añadirse el testimonio de Tácito, quien narra que Agripina, deseosa de apoderarse de los huertos de T. Statilio Tauro, famoso por su riqueza, lo hizo acusar por Tarquinio Prisco, pero Tauro se mató sin esperar a la sentencia del Senado. La acusación era de “magicas superstitiones”.

Yendo hacia San Juan de Letrán, desde la Plaza de Sta. Croce in Gerusalemme, a la izquierda, desemboca la riale Carlo Felice, hay unos muros de ladrillo, dispuestos con arcos y bóvedas en esta forma dando un despieceo del muro articulado, en planta que he visto ya varias veces y que parece común.

Anfiteatro castrense

Al lado de Sta. Croce de Jerusalén, mirando a ella a la derecha, hay un torreón de ladrillo, de más de 20 metros de diámetro, que tiene en su parte externa una decoración de empilastrado corintio, en ladrillo, incluso los fustes y el capitel, despiezados en multitud de ladrillos y luego tallados.

Parte externa del anfiteatro castrense

15 de octubre de 1930

EN ROMA

Hermoso día, pero dedicado totalmente al Congreso. Me levanto a las 7, escribo un poco y tras de desayunar nos vamos a Villa Aldobrandini, donde la sesión dura hasta más de las 12. Cuando salimos, vamos hacia el correo. No hay nada.

Después de comer, otra vez hacia Villa Aldobrandini. Mientras comienza la sesión doy una vuelta por el jardín, muy bonito, con unas estatuillas y unas fuentes medianas que le dan sin embargo cierta gracia. Una cosa muy apañadita y muy italiana.

Cuando se termina la sesión de la tarde (de las dos he tomado nota) salimos dando una vuelta, hacia el Quirinal, que me desencanta por ser más pequeño y modesto de lo que yo pensaba. La plaza delante de él es bien bella, con la fuente, el obelisco y los domadores de caballos, así como el Palazzo della Consulta al fondo. Seguimos andando en busca de la via Quatro Fontane, pasando después por la extravagante fuente del Tritón y siguiendo por la via Sistina llegamos a Sta. Trinitá di Monti, en cuya plaza estamos un rato contemplando el paisaje, y la escalera de España que, desde arriba tiene una monumentalidad extraordinaria. Persiste conforme se va bajando, pero ya en el suelo pierde mucho de su efecto por la perspectiva forzosa en que ha

de verse, al estar el punto de mira muy cerca. Estamos en via Condotti y vamos a casa Alinari. Nos gastamos las liras en unas cuantas cosas, y nos quedamos con las ganas de otras muchas. No puede ser todo. A casa a escribir a mamá, a cenar y a seguir escribiendo. Mandamos a paseo la sesión nocturna del Congreso. Acostado a las 10½.

16 de octubre de 1930

EN ROMA

Y sigue el Congreso. Hemos amanecido con muy hermosos tiempo, a las 6 y pico de la mañana e, inmediatamente que me he arreglado, he terminado de escribir a casa, y he hecho lo mismo a D. Manuel, diciéndole con bastante detalle cómo van las cosas hasta ahora. También le han escrito en la misma carta Navascués y Taracena. Por cierto que Navascués le preguntaba si había tenido confirmación el rumor de que M^a Elena iba al Instituto Femenino.

Luego, hemos tenido sesiones plenarias en la conferencia y se han hartado de descubrir... mediterráneos. Las condiciones de instalación y conservación en los Museos, con ventilación forzada, calefacción eléctrica, supresión de rayos ultravioleta, influencia del color de las paredes en la instalación y valoración adecuada de los cuadros. Total, nada.

Después de comer, excursión a Tívoli. Antes hemos ido a correos, donde no había nada y al Crédito Italiano, donde nos han largado un cambio bastante malo. 175 liras por peseta. La excursión a Tívoli la emprendemos en cuatro formidables autocares "Lancia", de 40 asientos cada uno, que corren que se las pelan y llevan unas bocinas que sacan de quicio al mismísimo diablo. Nosotros nos instalamos en uno descubierto y yo me llevo mi maquinilla preparada, por lo que pueda ocurrir. En poco menos de una hora nos ponemos en la central, enorme e instalada con mucha gracia, con cuatro grupos turbo alternados verticales y otros tantos horizontales, y una sala de distribución y transformadores muy ingeniosa y bien instalada. Volvemos a montar en los autocares y subimos ya decididamente hasta Tívoli donde en otro más pequeño nos llevan hasta el Belvedere, por un camino muy pintoresco que bordea el monte, y desde allí contemplamos un ratillo las cataratas, realmente hermosas, aunque no para volverse locos. Hacia abajo, nos contentamos con ver de lejos las columnas del templo de Vesta, que a esta gente no le interesa, y una vez transbordados, vamos a la Villa d'Este. Antes asomamos un momento a Santa María la Mayor, que no me parece excepcional. En la fachada tiene un dintel con cinco arquillos de descarga, y un arquito destacado sobre las columnas. La villa de Este es un enorme caserón, por ahora bastante destartado, donde hay expuestas unas cuantas labores populares. Pero lo hermoso de veras son los jardines, dispuesto en una serie de rampas y escalinatas que dan acceso a las distintas terrazas. Fuentes y agua corriendo por todas partes y el jardín lleno de una vegetación frondosísima, en la que destacan su señorial elegancia los cipreses, los más altos de Italia, según nos dicen. Pero todo este jardín me evoca un recuerdo que le deja muy mal parado. Todo esto me resulta una cosa de capricho, muy artificiosa y dispuesta con gran cantidad de ingenio. Y todo ello

para conseguir, en menor grado por cierto, la emoción del canto del agua, que en el Generalife se logra con recursos tan sencillos y de arraigo popular tan grande. Aquí como en todo lo normal de Italia echo de ver continuamente el oficio, la sabiduría de escuela, por encima de toda otra cosa. Sin embargo, la naturaleza se ha vengado un poco y ha arreglado las cosas, cubriendo los caños y surtidores de un musgo verde brillante incomparable que salta sobre el tono sucio de la piedra. Hay algo de fresco y de música, y hay sobre todo, en la terraza a nivel del piso bajo de la villa, sobre la campiña verde y entre alguna neblina, una hermosa puesta de sol, en que veo, paso a paso, desaparecer el disco rojo, de un rojo sanguinolento e inflamado. Es una gran sensación de paz y de quietud, como solo las he tenido, aunque mejores, en los atardeceres que he pasado en la Alhambra, y sobre todo en el Generalife. Pero no sé por qué me pone triste. Está demasiado lejos España. La gente se entretiene de firme en comer y en mariposear por allá. Navascués también anda tristón. Memeces.

Al caer definitivamente la tarde nos volvemos a acoplar en los autobuses, y en menos de otra hora nos ponemos otra vez en Roma, con un fresco bastante regular, y aquí llegamos ya de noche, a las 7. Mientras Taracena va a comprar un periódico, nosotros nos venimos hacia el hotel y, al paso compramos en una librería el Marucchi. Luego entramos un momento en Sta. María sopra Minerva, que, aún sin luz, nos ha hecho una gran impresión. La mejor iglesia que hemos visto hasta ahora en Roma, fuera de las basílicas. Pero habrá que volverla a ver de día, porque hoy apenas hemos podido hacer nada, fuera de adivinar el Cristo resucitado de Miguel Ángel y la tumba de Fra Angélico. Al mediodía nos hemos encontrado en el hotel los papeles de Paribeni: una carta a Nogara, otra a Muñoz y una orden general a todos los soprintendentes: es decir, una verdadera patente de corso. Hemos de escribir a D. Manuel, copiándolas para que también pueda dar las gracias. Después de cenar, escribimos, y a las 11½ a la cama.

Camino de Tívoli unos pueblecillos en lo alto de montes

Tívoli desde el camino al Salto

Las cascadas pequeñas y el Tívoli desde el Belvedere

Tívoli. La cascada grande

17 de octubre de 1930

EN ROMA

Despierto a las 7, me pongo a copiar para D. Manuel los pases de Paribeni, ya que a Dios gracias, anoche me he quedado completamente al corriente. Navascués va bien, pero Taracena nos llama porque ha pasado mala noche y piensa por lo visto quedarse en la cama. Va Navascués por un sinapismo, que le aplica, y después sirven de algo mis famosos polvos de talco, que hasta el momento no habían hecho su aparición. Cuando le dejamos reaccionando, nos vamos a desayunar y después

entramos un momento en Santa María sopra Minerva, que a la luz del día confirma la buena impresión de anoche. Es gótica, de tres naves, pero de un gótico muy “sui generis”, como hecho por un romano del Imperio. Los arcos son apuntados, pero muy anchos; las bóvedas son más bien de aristas que de ojivas, pues estas son muy finas, y la proporción general de la iglesia es absolutamente clásica. Luego tiene una cosa de color que no tiene ninguna otra iglesia gótica, por mi vista hasta ahora. Las bóvedas están totalmente doradas y pintadas, y las columnas son de mármoles grises, veteados de colores. Esto le da un aspecto muy vivo al que contribuyen las vidrieras, tamizando algo la luz. Y siempre hay una monumentalidad enorme, con perspectivas insospechadas a través de las naves. Además la iglesia está llena de obras de arte de primer orden. Hay un sepulcro por Mino da Fiesole, entrando en la nave de la izquierda, en que me ha asombrado sobre todo la finura extraordinaria con que están tallados todos los elementos vegetales. Y en la nave de la derecha una Anunciación, sobre fondo de oro, cosa del XV, extraordinariamente fina y emocionante, sobre todo las deliciosas cabezas de la Virgen y del angelillo que tiene las manos cruzadas. Algo blanda, pero muy bella, no solo de dibujo, sino de color. Como había Misa en el altar mayor, no hemos podido ver más que de lejos el Cristo de Miguel Ángel. Hay unos cuantos sepulcros en la iglesia, sobre todo unos en la 4ª capilla de la nave de la Epístola, que recuerdan de manera extraña y no demasiado agradable los sarcófagos etruscos. Hemos de volver y completar nuestra visión de Sta. María sopra Minerva, tanto más encantadoras cuanto por fuera no dice nada.

La sesión del Congreso ha sido de golletazo, con una serie de proposiciones y discursos, especialmente uno muy agradable y sensato de Destrée, hecho con gran habilidad, como de buen estilo francés. Después, dirigidos por Corrado Ricci, hemos ido a ver los descubrimientos del mercado de Trajano, extraordinariamente interesantes, de que tomo notas y fotografías, que van aparte. Ricci, por culpa de Navascués, nos regala una monografía. De allí a correos, donde tengo carta y periódico. Navascués, nada. Vuelve el hombre cariacontecido. Nos encontramos a Taracena levantado, de mala cara, pero con ánimo de salir. Comemos, descansamos un rato charlando en nuestro cuarto, y a las 3½ nos largamos a la calle. Vamos a Sta. María sopra Minerva, que no pierde nada al verla otra vez, sino todo lo contrario. El Cristo de Miguel Ángel es todo lo hermoso que pueda decirse, pero desde luego no hay una impresión comparable a la Piedad. Es asombroso cómo esta trabajado el mármol, modelado acariciándole. Es una cosa difícil de decir si no se ve. Junto a ello palidecen las demás obras de Santa María, aún los bellos frescos de Filippo Lippi. Y además, cerca del Jesús, está la sepultura de Fra Angélico, por si fueran pocas evocaciones. Y de allí al Panteón.

Primer desencanto. Lo están restaurando y para ello han metido dentro un andamiote de siete u ocho pisos que mata completamente la perspectiva. Pero a pesar de ello es enormemente grandioso, con una robustez y fuerza que solo es comparable al Coloseo. Por otra parte, los trabajos de restauración dejan al descubierto parte de la estructura, lo que nos permite tomar alguna nota interesante. Lo inolvidable son los nichos con las columnas, extraordinariamente bellas, y sobre todo el agujero central

de la cúpula, bañado sobre el azul por un rayo de sol. La impresión de la cúpula es enorme y no comparable a la de San Pedro. Esto es mucho más brutalmente decisivo. En el pórtico parece que han derribado el artesonado y se ven las armaduras y el sistema al descubierto. Nota y fotografía.

A las 5 menos $\frac{1}{4}$ tenemos que dejarlo, después de más de una hora de estar en él, sin haberme saciado. Nos vamos hacia Piazza Colonia y allí cogemos un autobús que nos lleva a Piazza della Exedra, en busca del Museo Nacional o de las Termas. La entrada nos proporciona la primera sorpresa con un sarcófago inenarrable, de un modelado espléndido para bajo relieve. Y otras cuantas cosas. Pero de ello habrá que hablar cuando volvamos. Por ahora solamente decir que en el claustro, bello de línea y muy amplio, con esculturas en sus muros y en el jardín central, nos han preparado un ratito de música con el minueto de Bolzoni, la zarabanda Giga y Badinerie, de Corelli y alguna otra cosilla. Y una vez que ha terminado, buena y encantadora por el sitio, viene la cuchipanda, en que, gracias a Dios, no nos tratan mal del todo. Modestito, pero con gracia y abundante. Tenemos con nosotros en la mesa a los Copeneuser[¿], con quien se charla un rato y no se pasa mal del todo. Mientras, la luz va cayendo cada vez más, y cuando salimos hay que alumbrarse con velas.

La plaza de la Exedra está verdaderamente hermosa y la fuente de en medio juega un poco a iluminaciones de Barcelona, aunque siempre blanca. Seguimos Via Nacional adelante. Es hermosa calle, con tiendas de todo postín. Entramos al paso en San Vitale, basílica de una sola nave, con su ábside y arco toral característicos; pero todo rehecho. En casa ya, escribimos un momento, bajamos a cenar y luego vuelta a escribir. Cuando acabo y me acuesto son las 11½.

Foro Trajano Mercado

Trajano, al hacer su foro, se ve obligado a sostener la colina del Quirinal, y se piensa en trasladar las tiendas que se habían ido haciendo en el foro romano a este otro. Aquí no había tiendas. Pero toda esta parte del Quirinal tenía una importancia comercial grande y por ello Apolodoro de Damasco, arquitecto de Trajano, en vez de sostener el monte con contrafuertes, ideó aprovechar la pendiente para construir tiendas y lo hizo en tal número que en 5 años se han descubierto 150. El terreno había ido rellenándolo todo, quedando lo más enterrado y solo descubierto un piso de ventanas que se veían dentro de un patio. Por largo tiempo, en el Renacimiento, se había pensado en que fuesen los baños de Tulio Ostilio; luego se empieza a creer que fuese un teatro por su forma semicircular y la última idea era que este fuese uno de los hemiciclos simétricos del foro de Trajano. Las excavaciones han demostrado que se trataba de un edificio no rico en pavimentos, destinado a sostener el monte, y contiguo al foro.

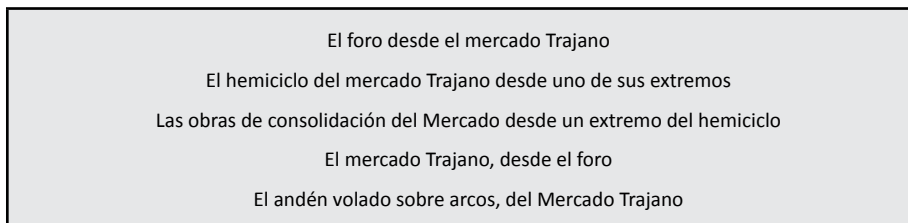
Comenzaron a salir tiendas. Primero las destinadas a vender líquidos, vino y aceite. Había en el pavimento agujeros destinados a recoger los líquidos, vino o aceite, que se vertieran, sobre todo con la rotura de las ánforas en que se contenían. En el hemiciclo se hacía el mercado de verduras y cosas semejantes. En la parte alta la calle que ahora se llamaba Biberática, posible corrupción de Biberataria, donde

estaba el mercado de las especias, que se hacía en el sitio que luego ocupó la basílica de Constantino, por lo que se trasladó aquí. Además había la necesidad de lugares cubiertos para refugiarse, y por ello se añadió una bóveda a la calle primitiva llena de tiendas a uno y otro lado, para solucionar esta necesidad material. Es la parte por donde entramos.

Hay una entrada antigua, todo original. Sobre la fila de tiendas del piso bajo hay un andén sobre arcos escarzanos sostenidos en ménsulas de piedra, por donde corrían los cargadores para no tener que andar sorteando los puestos y la gente de la estrada. En Pompeya y Ostia hay muchas tiendas, pero nada de un mercado central, asemejable a las alhóndigas, y mientras que en estas ciudades no hay más que un piso sobre las tiendas, aquí tenemos hasta llegar a una altura de cincuenta metros.

Todas las tiendas tenían una puerta con jambas y dintel de travertino, además de una ventana encima de la misma forma que permitía la ventilación cuando estaban cerradas las tiendas. Son todas bóvedas de hormigón. El suelo está inclinado y en algunas tiendas aparecen en los muros arcos de ladrillo, como de descarga embutidos y envasados en el muro. Las tiendas son rectangulares, cubiertas con bóveda de cañón y todas tienen enfrente en el corredor una ventana por donde les entraba luz. Los dinteles de las puertas eran dovelados, de ladrillo grande, como se ve en las jambas y en algún dintel completo. Hay también una red de conducciones de agua, de sección rectangular.

Abajo, un trozo de escalera de caracol desarrollada en cuadrado.



Panteón

A la derecha, entrando, sobre el tercer nicho y el tercer macizo, se alcanzaba a ver perfectamente la estructura por estar arrancado el enlucido de manera que parece claro el sistema. Sobre los arcos, solamente al parecer. Encima de cada uno de los huecos de tres columnas, va un gran arco de ladrillos cuya rosca tendrá más de un metro de ancho, y en las porciones intermedias se tienden arcos escarzanos, que arrancan sobre los hombros de los otros de tal manera que dan una estructura así: Lo que no veo claro es si estaban vaciados los arcos sobre los huecos. Todo ser que están perfectamente enrasados con el resto del muro. Los arcos son de una triple rosca de ladrillo. En la ordenación corresponden con el de ingreso y el del ábside.

Encima de cada uno de los estos grandes arcos, a juzgar por lo que se ve sobre este mismo, van otros tres arcos, a juzgar por lo que se ve sobre este mismo, van otros

tres arcos, de los que el central está algo más peraltado, también de ladrillo, pero de una sola rosca y retallados siguiendo el despiece de los casetones. Me parece ver, siguiendo el entablamento cuidadosamente con los gemelos, un empalme en las esquinas, que me hace pensar en la posibilidad de que el entablamento esté cortado aquí en época posterior y acomodados sus trozos en los dos lados, hacia la puerta. Es decir, que la entrada fuese igual a los huecos sobre las tres columnas. La medida de ellos parece que confirma la posibilidad de lo mismo. Está al descubierto la armadura del pórtico, que es sencillamente a dos aguas repartida en tres tramos. Los tramos están separados por unos toscos sillares de pilares sin retallar entre los que cabalgan arcos rehechos modernamente. Así.

Roma

El pórtico del Panteón

El tambor del Panteón, desde la Plaza de Sta. María sopra Minerva

18 de octubre de 1930

EN ROMA

Comenzamos ya a trabajar en serio, libres de pesadillas de Congreso. A las 6½ estamos despiertos y a las 8 nos encontramos con que Taracena está también dispuesto y bajamos a desayunar. Y enseguida empezamos el periplo, marchando lo primero a Santa Pudenciana, en un autobús que nos lleva hasta la estación. La impresión de Santa Pudenciana es grande, pero queda pálida al lado de Santa Práxedes, que vemos después de ella y sobre todo al lado de la capilla de San Zenón. De todo ello van notas abundantes. La capilla de San Zenón es cosa inolvidable. Me produce sencillamente el efecto de encontrarme dentro de una enorme joya bizantina, de un inmenso esmalte que brilla y rebrilla, cantando con su oro sobre un fondo de color apagado, en su misma brillantez de color. Tomo notas, pero las notas no me pueden decir nada de la impresión de aquello y de la atmósfera que allí dentro se respira. Y como joyel supremo, el nichito del altar, con sus imágenes.

Después, a cosa de las 10½, llegamos al Museo Nacional Romano, establecido en las Termas de Diocleciano, admirando de camino la soberbia plaza de la Exedra. En el momento de entrar en el Museo nos compramos una porción de postales con las cosas más significativas y Taracena compra el catálogo. Así vamos libres de notas, para podernos dedicar únicamente a contemplar y a almacenar sensaciones. Y estas vienen ¡pero en qué número y qué calidad! Empezamos con la serie de sarcófagos, con el Julio César y con restos del Ara Pacis (que me parecen peores que lo de Tarragona en lo decorativo) con la muchachilla representada como Diana, de Ostia, y con la copia en basalto verde del "Apolo" de Lykios. Pero todo ello no son más que leves escarceos en comparación con las cosas Ludovisi. Y aquí ya empiezo a tener que cambiar la escala de valoraciones y no es solo el Mercurio orador, ni la réplica de la Athenea Parthenos, ni el Sátiro de Praxíteles, ni tantas otras (el galo aparte: no

me gusta). Es ya la salita de las maravillas. ¡Cuánto tiempo deseando ver el Trono Ludovisi! Y una vez delante de él, no desencanta. Es una sensación de ingenuidad y frescura, de desnudez pura, por ignorada, en la flautista; de recogimiento en la oferente, tan grande que no tiene igual más que en el encanto con que se disponen los pliegues en las tres figuras del frente, con un ritmo y una ordenación perfecta. Hay una cosa de musicalidad extraordinaria, la sencillez ingenua y candorosa de un Mozart, o mejor aún, de un Beethoven en sus muy primeros tiempos, en que ya se presiente una fuerza que corre por debajo de aquella claridad y aquel candor. Pero esta fuerza misma, en su esplendor, en su caricia masculina, dulce y fuerte al mismo tiempo, es la que canta en la testa de Juno, que aún por su proporción tiene solemnidad y es majestuosa. No se comprende en verdad que pudiera ser más pequeña. Y al lado de ellas el reposo aun agitado, el semisueño tras de la carrera anhelante, el anonadamiento del furor en la imponderable cabeza de la Erynia; el *lasciate ogni speranza del allegretto* de la 7ª, con la complacencia repetida en el tema que suponen los cabellos, rítmica y semejantemente dispuestos. Además, en las tres, el encanto de la sonoridad material, la exquisita pureza del mármol.

Estando allá se nos acerca un muchacho hispanoamericano, que con cuatro años de estancia en Roma no deja pasar un día sin ver esta salita. Lo comprendo. Después, el decisivo epigrama del Ares Ludovisi. Sentado con indolencia, el cuerpo en reposo, las manos cruzadas y la vista perdida en lo lejos. La melancolía en su mejor expresión. De poco le sirvieron las armas. La cabeza es extraordinaria. El resto de la colección no puede ya impresionar después de esto. Sólo la confianza amable y melancólica del grupo de Orestes y Electra, con su rítmica ordenación.

Es muy tarde y hay que comer. Optamos por hacerlo allí cerca, en un hermoso ristorante, donde a precio fijo nos dan spaghetti, salchichas con lentejas y queso o fruta. Navascués se lanza, con espléndido resultado después y Taracena aún más, pues fuera de dos huevos extra en la sopa, pide una chuleta y aún un café. A las dos y minutos volvemos al Museo. En el claustro grande y en su jardín, nada de particular. Y llegamos a las salas de los "capolavori". Aquí ya hay que detenerse otra vez. En primer lugar la instalación está muy cuidada y realmente resulta muy bien. No es rica, sino todo lo contrario: se reduce a unas salas, pequeñas cubiertas con techo de cristales y con sus muros tapizados con una modesta arpillera de un tono azul grisáceo o ligeramente verdoso, sobre el que destacan perfectamente las estatuas. Desde la puerta, se ve al fondo la Juno, con sus admirables plegados, y su imponderable tono de mármol. Es la primera vez que veo plegados semejantes, hechos con tan delicada complacencia hasta en los menores detalles, con tan exquisita diferenciación entre las calidades de la finísima túnica y el manto más grueso. Pero todo ello no admite comparación con el efebo de Subiaco. El mejor punto de vista es por la espalda, desde la puerta de la sala de la Juno. La pátina de esta obra es inolvidable, con un tono caliente tan fino y justo que da por entero la sensación de carne viva. Por otra parte el modelado es de caricia, como si apenas se hubiera tocado para hacerlo, produciendo la impresión de maravilla de un bellissimo cuerpo desnudo, con una morbidez blanda y viva, como si latiese. La ausencia de esfuerzo en su actitud y talla

dan una gran ligereza y una sensación de no pesantez, de soltura muscular perfecta. Aunque bellísima desde todos los puntos de vista, ninguno da escorzo tan delicioso como el antes indicado.

Sorprende con la Niobe. Una muchachita casi alada donde pensaba encontrarme una robusta mujer. Las reproducciones no dan idea de ello. A pesar del asunto, no hay desentono alguno de la actitud ni se desencaja la figura en la expresión del dolor. Es una obra serena en lo que cabe. Y la misma sensación de ingrátida del efebo. No es la postura forzada y momentánea, copiada de la realidad, sino la disposición sabia y bella de un hermoso cuerpo para dárselo en todo su imponderable valor. Los plegados son limpios y sobrios y delicado el modelado del cuerpo. El tamaño (otra sorpresa) la pone completamente dentro de la escala humana. Me queda la pieza de que más se envanece el Museo: la Venus de Cirene. Encanto primero e inolvidable del mármol, con su diferencia de calidades entre los vestidos, algo oscuros y el delicioso tono sonrosado del cuerpo de la diosa o de la mujer, pues no sabría decir qué es lo que se ve en la estatua. Los valores corpóreos están expresados con tal delicadeza, que casi se ve vivir la carne, y la gracia del desmayo en la actitud, el caer de la figura, dan una expresión de infinita delicadeza. La espalda es de una pureza de líneas, de un ritmo tan exquisito y de un aterciopelado tan intenso que hay que echar mano de los pétalos de rosa para compararla. Y muchas cosas más. Dice Paribeni: “la masa, oscura por pátina y sombra, de la vestidura, que sostenida por jugueteo delfín, sirve de apoyo a la estatua, hace resaltar el marfil admirable de la carne: soberbio efecto colorístico que el sabio artista y, más aún el tiempo benévolo, han querido añadir al efecto plástico. Y por la doble causa, el ojo siente blanda y caliente aquella carne, ve en armónica correspondencia con la respiración un casi sutil ondular en la superficie de seda del admirabilísimo vientre, mientras más en alto triunfa en la intacta agudeza virginal la divina inmovilidad de los senos”.

Pero, perdóneme Paribeni, los pechos me parecen lo menos vivo y expresivo de la estatua.

¿Y por qué delante de ella me habrá venido a la memoria el torso de Mateo Inurria?

Con todo esto queda uno un poco aplastado y en el piso alto apenas si para mientes en unos cuantos bustos imperiales importantes, en dos preciosos retratos de muchachas romanas, en los finísimos estucos de la Villa Farnesina, en el Apolo del Tíber, en el terrible gladiador en reposo, y en otras cuantas cosas por el orden. Sorprenden de nuevo una muy bella estatua del Discóbolo, con su reconstrucción, y la Fanciulla de Antio, además de una bonita réplica de la Venus genitrix y de la encantadora danzarina de Tívoli. La Fanciulla de Antio, sola en una sala tiene un ambiente de confianza enorme.

“De la cándida figura de jovencilla que no sabe vestirse ni peinarse, que jamás se miró al espejo, que no sabe que es bella, surge la fascinación intensa del grande e insuperado arte con tan gozosa espontaneidad florecido en el suelo helénico”. Así, Paribeni, y es posible que tenga razón. Lo que desde luego es inolvidable es el acento enorme de sencillez del modelo, y la delicada belleza de su insignificancia.

Y aún quedan más cosas. Una preciosa colección de vidrios romanos, espléndidos de irisaciones, con multiflores preciosos, muy bien expuestos por transparencia. Cerámica, objetos y los ajuares de dos necrópolis bárbaras. Nos echan a la calle. Hoy recibí carta de tito Paco y de casa. Mamá me dice que si escribo a Osuna y me contesta.

Después descansamos un rato y a Santa María de los Ángeles. En esta Roma, donde tantas cosas grandiosas voy viendo, ninguna como ésta. No sé qué es, probablemente las tres enormes bóvedas de arista; el policromado de los mármoles bajo la lisura del enlucido de las mismas: lo que sea, el efecto es de una fuerza y una pujanza incontrastables. En los huecos pequeños, el capitel de Miguel Ángel, con la guirnalda. (A B C) Los ventanales me parece que corresponden a su silueta antigua (a), aún en su disposición actual (b, c) por todas partes los huecos con dintel dovelado y arco de descarga sobre él. Y otras particularidades de estructura que anota Navascués, que yo copio abajo y de las que hago foto. Además de la presencia de los troncos/trucos de entablamento sobre las columnas. Cuando cae la luz cogemos el autobús y a casa a escribir. Después a cenar y a la cama a las 11.

Santa María de los Ángeles. En la salida por la sacristía. Es decir, que en un agujero del muro se encastra el trozo del entablamento en piedra y se sujeta con un dintel de ladrillo dovelado encima. Y todo ello va cobijado por un arco de descarga en ladrillo.

Roma = Santa María de los Ángeles

Santa Pudenciana

Tiene una fachadita clásica muy bella, con entablamento y frontón, algo recargados, sobre dos columnas con estrías en espiral y capiteles muy sencillos. El collarino (más moderno) va con el fuste y las estrías empalman con una especie de ovas, dando una graciosa solución de continuidad: .El dintel lleva graciosas esculturas, de tipo medieval, en medallones con inscripción, entre follajes, y en el centro el Agnus Dei. La iglesia está en restauración, y en el suelo de la nave se han descubierto una serie de muros como indico abajo. La sección de las estrías de las columnas es ésta: .Curioso también de las mismas columnas es que las basas tienen "garras". En las jambas de la puerta, magníficas decoraciones. Pero veo en la guía que está rehecha en el siglo XIX, pero no sé hasta qué extremos. El mosaico es muy bello, con gran variedad de colores, dentro de una entonación general más bien de gama fría, que animan extraordinariamente los leves toques de oro que en todo él realzan los tejados, el vestido de Cristo, el trono y los mantos de algunos otros personajes. El fondo es de color también, con un intento de paisaje y nubes.

Los cimientos descubiertos en la nave. Y en ellos hay bastantes trozos de aparejo de ladrillo a esquina, es decir, con ladrillos casi del tamaño normal de los nuestros, además de los dos trastes que se señalan. También se ven unas cañerías de plomo, de dos diámetros distintos, como de unos 10 y 15 cm, que serían de agua y desagüe, ya que las más gordas están debajo.

En la parte marcada A se ve un trozo de mosaico que parece del mismo tipo que el del ábside principal. Las teselas son de poco menos de un centímetro. Las columnas del interior quedan ahora como embudidas dentro de unos pilares de ladrillo posteriores

Al exterior, una bonita torre de ladrillo con azulejos, del tipo normal, pero la más bella que hemos visto.

Roma
Santa Pudenciana

Santa Práxedes

De planta de tres naves, separadas por tramos de dos columnas entre pilares. Fustes de granito y capiteles corintios de tipo no vulgar con un pajarico o paloma en el sitio de la florecilla. El entablamento es muy sencillo, sin friso. Es decir, más bien es una serie de molduras sobresaliendo hasta ganar la anchura definitiva. Sobre cada uno de los pilares apoyan los arcos semicirculares que dividen la nave en tramos, bajo el techo de casetones. El ábside va completamente decorado con mosaico sobre fondo azul intenso, con indicaciones sumarásimas de paisaje, como en los esmaltes en rojo y azul. El arco toral propiamente tal lleva en su cara otro gran mosaico sobre fondo de oro, con el Agnus Dei en medio, ángeles y ancianos con vestes blancas llevando coronas. En el arco del tramo anterior, otro mosaico sobre fondo azul y oro a trechos, que debe representar el Paraíso, en el que las nubes se representan con el convencionalismo antes dicho. Entre estos dos arcos se forma un pequeño crucero, con bóveda de cañón atravesada respecto de la nave, que en los extremos la han arreglado y resulta algo como esquinada.

Todo el ábside y este crucero están completamente arreglados por dentro con pilastras de tipo compuesto, con guirnalda y en los lados fustes acanalados con hojas de acanto a zonas y capiteles de hojas, en perfil general, que me parecen posteriores, ya que las hojas son claramente de acanto.

La basílica tiene aún la confessio. En la nave de la derecha la capilla de San Zenón, con su fachada cubierta de mosaicos con cabezas de santos en medallones, sobre todo de oro y azul. Lo mismo con todo el interior, cubierto con bóveda de aristas capitalada, toda llena de mosaicos riquísimos sobre fondo de oro. El Cristo en el centro de la bóveda, en una orla circular que sostienen cuatro ángeles, correspondiendo a los arranques, sobre columnas corintias dorados sus capiteles, y con un pequeño trozo de entablamento, sin cornisa, encima. Lleva sobre lo que podríamos llamar arco toral una ventana cuadrada y otras dos, pequeñitas, con derrame una de ellas, en los lados. Y donde la altura de las puertas todo completamente cubierto de mosaico. En el altar una nicho con encantadora Virgen madre entre ángeles, de mosaico con oro. Y en los cortados escenas que no identifico bien por la luz. Todo ello me resulta absolutamente bizantino y de muy buen tiempo, con algunos elementos aprovechados romanos. Las

columnas tienen sus basas sobre dados con decoraciones de follaje bizantinas, y una de ellas, la de la derecha mirando al altar mayor, sobre una basa o capitel invertido con hojas de acanto a trépano, riquísimo. Los que pudiéramos llamar arcos formeros de la bóveda son un poquito rebajados o mejor dicho, están cortados por los apoyos. Lado d. ventana con fuerte derrame.

En la capilla a la derecha del altar mayor hay una porción de trozos y frentes como de altar o sarcófagos, con labor de esvásticas, roelas, roleos, enlaces, etc., plenamente de sabor bárbaro. El frente de la capilla tiene unas bellas columnas con capiteles de forma muy típica bárbara.

19 de octubre de 1930

EN ROMA

Antes de las 7 de pie. Nos arreglamos, desayunamos y a Misa de 9 en el Gesù, que me gusta menos que San Ignacio, pues le encuentro menos solemnidad, aunque un mayor afán de riqueza. Por lo demás el tipo es muy semejante. Toda llena de dorados, pinturas, frescos, etc. etc. Cuando salimos nos vamos hacia Campidoglio. Es hermosa la rampa de subida. A la derecha tiene la subida de los coches y a la izquierda, hacia Santa María de Araceli, unos jardincillos donde, en dos jaulas, están las águilas y las lobas de Roma. Al extremo de la rampa, los dioscuros y los trofeos de Mario. Y en la hermosa plaza de Marco Aurelio, que no me gusta hasta el extremo de comprender toda la pasión que despertó en el renacimiento. Estando viendo estas cosas, sube por la rampa una comitiva fascista. Vienen primero, detrás de dos señores con unos minúsculos estandartes y otro que llevan una enorme corona, una serie de muchachitas, vestidas de azul y negro, con sus boinas, uniformadas y dispuestas en correcta formación. Después, una serie de señoras, mamás por lo visto, y por fin una fila enorme de papás. Hay más padres que madres, de modo que no sé cómo arreglar la cosa. Cruzan todos muy serios la plaza y a poco vuelven sin la corona. Luego vemos que la han depositado en el ara erigida en memoria de los héroes del fascio, que está en unos jardincillos sobre el foro, en un rincón de la plaza.

Buscamos y logramos encontrar, la roca Tarpeya, que está quedando al descubierto, libre de casas. Después nos vamos ya en demanda del foro, mientras Taracena se desperdiga para volver a terminar con las necrópolis del Museo de las Termas. Yo hago unas fotografías de las victorias del arco de Constantino, y de los templos de Venus y Roma, mientras viene Navascués, que se ha retrasado algo y cuando viene, entramos de nuevo en el foro. Nos vamos hacia donde habíamos quedado en la ocasión anterior, aproximadamente en la columna de Phocas, y desde allí seguimos adelante viendo todo lo más despacio que podemos. Santa María la Antigua. Es la locura: renuncio a tomar notas, porque sería nunca acabar. He de buscar la bibliografía correspondiente, pues monumento de tal importancia es preciso que esté fundamentalmente estudiado. Lo vemos un poco despacio, quedándonos asombrados con los frescos, en los que hay cosas imponderables: una cabeza de un ángel; una figura entera de la Virgen, una Crucifixión; varios sarcófagos. Y aun los restos de la "schola cantorum". Los detalles de construcción son los mismos que por

todas partes: ladrillo, dinteles dovelados, arcos de descarga, etc. Esto sencillamente asusta ¡En buena nos hemos metido!

El atrio de las vestales es encantador y más que nada, el agua verde de sus cisternas, rodeadas de rosas salvajes, de un rojo deslumbrador. El demonio del guarda quiere a la fuerza enseñarnos no sé qué cosas, y por ello no nos deja a sol ni a sombra y yo que ando queriendo coger una rosa desde que entré, me tengo que quedar sin ella. ¡Qué lástima! Pero la evocación es fuerte. Me persigue. Hay que solucionarlo. Logramos poco a poco irnos haciendo una idea bastante completa de la topografía y de la distribución de los monumentos en el foro.

Seguimos por San Cosme y San Damián, que no vemos más que por fuera, y donde nos quedamos estupefactos, al fin, es en la Basílica de Magencio o de Constantino, que en sus tres inmensas bóvedas de cañón y el arranque de las de aristas centrales, me produce mayor asombro que el Panteón y aún que el mismo San Pedro. Es el esfuerzo más enorme y el atrevimiento mayor de lo que he visto hasta ahora. Hago una porción de fotos, pues con ellas tengo resueltas las notas que pudiera tomar.

Con todo esto se nos han hecho las dos. La vuelta reviste casi caracteres trágicos. No viene ningún autobús. Tomamos un tranvía que nos deja en Santa María la Mayor y allí un autobús que nos lleva a Plaza de España. Y luego desde allí a casa andando. Cuando llegamos, a las 2½, Taracena ya ha empezado a comer, de puro aburrido. Y yo de hambre no hay ni que decir. Nos homenajeamos con nuestro puro y nos vamos muy marchosos hacia San Pedro. La misma impresión del otro día, corregida y aumentada. Pero hoy, ya un poco más libre de sugerencias, bajo la cripta de los Papas, a rezar un momento ante la tumba de Pío X. Lo de siempre.

Navascués va mientras viendo cosas y Taracena y yo danzamos algo, buscando cada uno por su parte completar las cosas mal vistas el día anterior. Así, la estatua de San Pedro, que me sigue pareciendo un problema, aparte de muestra muy de primera fila y emocionante. Hoy no hay música. Al salir, ver de nuevo la Piedad y confirmo lo que el otro día pensé y dije. Navascués anda también a vueltas con ella.

Salimos ya al caer la tarde y por ello tenemos que renunciar a ir hacia el Pincio. Cogemos un autobús y nos venimos a Piazza Venecia, de donde seguimos por el corso Humberto hasta la cervecería de enfrente a Piazza Colonna, acabada de instalar, modernista, con un reloj gracioso, donde nos bebemos nuestros dobles.

Pero hace demasiado calor y nos venimos hacia casa. Nos ponemos a escribir un rato y a charlar de las cosas vistas, charla que sigue después de cenar, y aún en la cama. Navascués confiesa que se ha llevado sorpresa con la Piedad, pues creía que iba a tenerme que decir por compromiso que le gustaba, y luego resulta que efectivamente no encuentra qué decir de ella que parezca bien. ¡Más vale así! Y entre escribir y charlar, charlar, se va el tiempo de manera que muy cerca de la una nos dormimos. Mañana será ella.

Roma

La plaza del capitolio con el Marco Aurelio
Una de las Victorias del Arco de Constantino
Una Victoria del Arco de Constantino
La Basílica Julia, un día de niebla!!??
El templo de Rómulo, en el Foro (2 fotos)
Basílica de Constantino (5 fotos)
Los arranques de las bóvedas
Brazos de la bóveda caídos que han perforado el suelo

20 de Octubre de 1930

EN ROMA

Amanece el día indeciso y con tendencia a la lluvia. Nos levantamos a la hora normal, y nos marchamos en un autobús hacia San Martino ai Monti, hermosa iglesia en la que vemos unas cuantas cosas interesantes, que aparte quedan reseñadas. Con todo ello gastamos allí cerca de tres cuartos de hora. Después, a San Pedro in Vincoli, también de planta basilical, con tres naves separadas por arquerías sobre columnas y con su gran ábside y confesión. En ella, el Moisés. Lo primero que pasa es que le sobra todo lo que tiene alrededor, arquitectura y escultura. Me encuentro con otro Miguel Ángel, no opuesto, pero sí distinto al de la Piedad. El Moisés, ya clara y absolutamente, tiene una proporción y una arquitectura corporal que no es la humana sino superior a ella y acoplada a una raza de semidioses. La energía de la mirada y de toda la cabeza es tan enorme que parece que el mismo pelo tiene una corporeidad efectiva, acentuada aún más por la blandura que revela al ser recogida su actitud imponente con la mano derecha. Y una cosa que voy viendo clara en las estatuas de Miguel Ángel, que les da una superioridad efectiva, es que no están concebidas en cuanto dibujo, sino plena y absolutamente en cuanto masa, en cuanto bloque completo. Podrá ser su actitud más o menos agradable desde los diversos puntos de vista, pero de lo que no tiene duda es de su evidente valor corpóreo desde todos ellos.

Nos vamos después hacia el Capitolio, al Museo Capitolino, cuya planta baja está bastante mal instalada y en ella no veo cosa mayor. En la planta principal la instalación ya está bastante más cuidada, aunque a veces se amontonan algo los ejemplares. Hay un Apolo de muy buen tiempo, que aún conserva algo de la frontalidad, pero que flexiona una pierna y mueve airosamente los brazos. El marco del pelo, hecho con receta de manierismo, cae sobre la cara con un gran aire de nobleza. De las dos amazonas, no sé cuál me gustaría más, pero desde luego me parece más elegante la seudofidíaca, con la túnica graciosamente colocada descubriendo medio torso. Gran estatua la del seudo Antinoo, con muy bella cabeza y cuerpo de precioso modelado,

de virilidad blanda, sin amaneramiento. Su bello desnudo es sereno y aplomado y de un bello tono de mármol. La actitud es casi la de Narciso, recreándose en la fuente. Pero la que es de veras fuerte e impresionante es el gladiador moribundo, el galo, que me reconcilia con su raza después de no haberme gustado el de la colección Ludovisi. Además de la indicación en el suelo de todas sus armas, tiene como detalle curioso, puesto en el cuello el torques. Y la actitud toda es magnífica de expresión, buscando la tierra.

Aún un bonito relieve de Andrómeda y Perseo, en paso de rigodón, en que la figura de ella, dentro de los convencionalismos de paños y actitud, es verdaderamente rítmica y encantadora.

El otro orgullo del Museo es la Venus Capitolina. Está sola, en una salita poligonal, con un nicho tras ella. El tono del mármol es bello, pero me resulta un poco muerto, no sé si por efecto de la demasiada blancura de las paredes. La actitud de encogimiento de la estatua es graciosa y espontánea. Pero lo verdaderamente hermoso es la espalda, y como resbala y juega en ella la luz, y vemos la estatua por fin a gusto. Nos animamos comprando postales y fotografías, y vamos hacia el Palacio de los Conservadores, en que, tras una infinidad de cosas, imposibles de detallar, nos encontramos una estela arcaica muy bella, con una ordenación rítmica de paños muy semejantes a la del trono Ludovisi, resuelto con gran finura. Ni desmerece tampoco a su lado el Auriga arcaico, sentado y sin brazos, que aún como está tiene una vida excepcional. También la sorpresa del Espinario, del que no se puede decir ya nada, sino elogiar una vez más la simplicidad y naturalidad, verdaderamente exquisitas, de su actitud y de su disposición.

Pero lo que yo tenía verdaderas ganas de ver y no me ha defraudado en absoluto era la Venus del Esquilino; es muy pequeñita, de tamaño menor que el natural, con una transparencia y candidez de mármol inmensas, que riman perfectamente con la gracia exquisita de su cuerpecillo, en que apenas comienzan a acusarse las formas. Es una deliciosa chiquilla, que no gallardea orgullosa del poder de su fascinación y que parece no saber en absoluto el valor enorme de ánfora de líneas impecables que tiene su cuerpo. Está expuesta sin pretensión alguna, en medio de una sala donde hay cosas buenas, a las que deja en segundo término, apenas sin pretenderlo. Es como una fuentecilla cuyo rumor apenas oído nos capta en un jardín lleno de frondosidades.

En las salas bajas del palacio, en lo que llaman Museo Mussolini, hay todo un formidable frente de muro de sillares, del tipo de otros de la república, en el que se abre un pasaje abovedado en descenso, en la bóveda despiezada en sentido horizontal, es decir, como si fueran hiladas normales de sillares en las que después se hubiera tallado la bóveda. Vemos un momento, bastante largo por cierto, la colección de cuadros, en la que destaca bastante nuestro Velázquez, por encima de todos ellos, pero en que no deja de haber unas cuantas cosas buenas. Y también una bonitísima colección de porcelanas, graciosamente expuestas en su vitrina con fondo de damasco.

Nos venimos a comer, y llueve si Dios tiene qué. En vista de ello y de que hemos acabado el Campidoglio, que casi esperamos nos llevara todo el día, decidimos irnos al Collegio Romano, en busca del Museo Prehistórico, que está cerrado, y hemos de contentarnos con ver el etnográfico, grande y bastante bien instalado en galerías y salas pequeñas, con vitrinas. Y con una cantidad de naftalina que marea.

Vemos unos cuantos emganges curiosos:

Norteamérica Hueso/Pedernal (2 dibujos) Sudamérica Piedra/Pedernal de aletas.

Y unas enormes hachas e instrumentos de labranza casi, como azadones, que procedían de ¿Oceanía?

Entramos después en la Biblioteca Vittorio Emmanuele que está dividida y tiene una sala de estudio muy maja. Nos dan un poco la lata, pero acaban por dejarnos pasar y podemos ver lo de Porta Maggiore en las "Note degli Scavi" y los "Monumento dei Lincei". A las 7, que nos echan de allá, nos vamos hacia correos, y de camino dejo un film-pack para revelar. En correos, nada. Cenamos y nos ponemos a trabajar. A las 11 en la cama.

San Martino ai Monti

Moderna, pero hermosa. Conserva aún las tres naves con techos de la disposición basilical, separadas por hermosas columnas corintias y compuestas, de mármol blanco, sobre basa negras. Lo más espléndido en ella es la disposición del altar, que queda en alto, y la confessio, cosa de Pietro da Cortona, según la guía, queda abrazando la nave mayor de lado a lado, como tribuna del altar, con dos escaleras laterales de subida a éste y una central de bajada a la cripta. Hermosa disposición, la cripta, de mármoles blancos, es muy clásica y sobria, pero muy bella. Toda la iglesia está ricamente decorada con santos de mármol, buenos, en los nichos de la parte alta de la nave central, que debieron ser ventanas y con cuadros y frescos interesantes.

En la cripta, bajando a la confessio y entrando por la izquierda, hay una escalera de caracol, desarrollada en hueco cuadrado, con machón central circular y escalones de piedra sillería. Dentro, de construcción toda de ladrillo con ventana con un arco de ladrillo, con ventana en uno de los costados de la escalera. Esta ventana comunica con una pieza cubierta con bóveda de cañón con huecos, correspondientes a las puertas laterales. Un trozo de fresco, con una cabeza de santo o santa, bastante borroso. Una losa de 1,50 x 1 aproximadamente, recortada de esta forma que tiene una serie de dibujos, tallados muy toscamente, en redondo más bien que en biseles, con motivos dentro de círculos enlazados. Otras veces el motivo central es distinto. En los cuadrados curvos que se forman como alternando.

Algunos trozos bonitos de decoración romana. Una gran celosía o trozo de pretil de 1.15 aproximadamente en cuadro y cada uno de los elementos son cintas que entrelazan, a su vez formando nudos dentro de la combinación general.

21 de octubre de 1930

EN ROMA

Hoy hemos dormido como dos tontos, de tal manera que cuando a las 8¼ entra Taracena creyendo que ya le esperábamos, apenas habíamos hecho más que levantarnos. Total, que por mucho que corremos, mientras Navascués empieza a escribir a Ossorio y yo hago algo del diario, bajamos a desayunar después de las 9 y salimos para San Juan de Letrán a las 9½ dadas. Cogemos un autobús hasta Santa María la Mayor y allí empalmamos con un tranvía y así estamos en San Juan momentos antes de las 10.

Lo primero que hacemos es entrar a la iglesia que tiene una fachada de veras grandiosa, hasta cierto punto más bella que la del Vaticano. Es más pequeña, pero más clara de ordenación y un mayor juego de luces y sombras, gracias a sus grandes huecos y sus columnas destacadas. Todo en la iglesia respira la influencia de San Pedro; lo primero el pórtico, bastante más sencillo, pero también imponente. El interior desencanta un poco: resulta frío y además no se echa de ver la constitución de la iglesia en sus cinco naves, separadas por pilares y pilastras adosadas, algo gruesas en demasía. Además, todo ello está muy restaurado y con absoluta impresión de nuevo. El baldaquino me resulta de un gótico de navarra y me encuentro con que la guía me dice que es antiguo. La realidad es que aquí nunca han tenido gracia para hacer gótico y no han parado de hacerlo de confitería. La impresión de amplitud del crucero y del ábside es extraordinaria y la riqueza enorme, tanto en el zócalo de mármoles de color, como el mosaico que recubre todo el cascarón, sobre fondo de oro, aunque me parece bastante restaurado. Las figuras más deliciosas son las de los ciervitos y borregos que hay al pie de la cruz. El mosaico ha de ser ya del XIII, puesto que en él está San Francisco de Asís. Por una puertecilla lateral pasamos al claustro, muy bonito, pero en el que echo de menos algo de la robustez y gracia fuerte de nuestros claustros románicos. Este parece demasiado de juguete. En medio tiene un brocal de pozo muy interesante, que dibujamos los tres. Es una cosa bárbara, de las que ya voy viendo por aquí un lote bastante grande. Al salir, nos hacemos con una porción de fotografías, algunas verdaderamente preciosas.

Luego nos vamos al Baptisterio. La impresión al entrar es verdaderamente fuerte, producida por la regularidad perfecta del recinto y la disposición de las ocho columnas como templete por el que inunda la luz. Además, tiene todo una alegría de color extraordinaria, no sólo por los frescos, sino por los mismos mármoles, han hecho excavaciones, que han dejado visibles mediante grandes cortes en el suelo, que ha quedado volado al aire. Tomo nota de ello. Vemos también las capillas anejas y el pórtico antiguo, con las famosas puertas de bronce que cantan, y con dos o tres hermosos mosaicos, cuya nota va aparte.

Después de esto nos vamos ya al Museo Gregoriano y un portero muy magnífico, con barba verdaderamente apostólica, nos indica la taquilla donde nos hemos de dejar cinco liras por persona para entrar. El museo profano está nada más que medianamente instalado, pero tiene una porción de cosas de muy primer orden, cuya

selección está bastante bien hecha en los lotes de postales que luego adquirimos. Claro que entre todas, las que destacan de modo extraordinario, son el Sófocles y el Marsias, bien conocidos y que no me añaden emoción, y una deliciosa cabeza de escuela Praxíteles, que es un verdadero encanto, en cualquier aspecto que se la mire. Luego hay una infinidad de cosas interesantes: la Venus de bronce que procede de las excavaciones de Ostia, el Tiberio colosal, de muy bello torso; unos cuantos retratos romanos hermosos y una sala donde frente a frente están las cabezas griegas y las romanas por docenas; el relieve de la construcción del sepulcro, con la curiosísima grúa; fragmentos escultóricos y arquitectónicos del foro Trajano; los sarcófagos de Baco y Orestes; el mosaico famoso de los gladiadores, restaurado pintando muy ingeniosamente, y que no me gusta nada, etc. etc.

Pero la parte más rica del museo, es la cristiana. Hay sarcófagos para marearse, con una gran variedad de tipos y de disposiciones. Lo primero que me echo a la cara es un vaciado del de Junio Basso, que realmente me deja asombrado. Pero el asombro me dura poco, a fuerza de ver otros tan buenos o mejores que este: el famoso de la vendimia, el de Jonás, el del Buen Pastor, etc. Los hay grandes y chicos, mejores y peores, con retrato y sin él, de un piso y de dos, de todo lo imaginable.

La verdadera sorpresa de la mañana ha sido la estatuilla del Buen Pastor. Me ha sorprendido por el tamaño y por la misma finura de ejecución. Además de que el mármol tiene una pátina preciosa y toda ella una ingenuidad arcaizante a que van muy bien los mismos convencionalismos con que están hechos el pelo y el borreguito. Es una estatuilla verdaderamente encantadora, de una simpatía extraordinaria, como no me la podía yo imaginar.

Aún queda la galería de inscripciones, en que por primera vez me echo a la vista las cosas damasianas, tan bellas en su estilo como las mejores paganas, y un inmenso Museo etnográfico misional, formidable en conjunto y detalles, y muy bien instalado, por el que pasamos bastante deprisa.

Con todas estas son ya las dos, hora en que cierran el Museo. El famoso portero nos indica la trattoría de la Primavera, en la plaza de Puerta de San Juan, y allá nos vamos en busca de la comida, que resulta muy bien y no cara. Empezamos la comida al aire libre, pero la lluvia hace de las suyas y nos tenemos que refugiar dentro.

Después de comer nos vamos por la Vía San Giovanni en busca de San Clemente, que tiene al exterior un bonito pórtico volado sobre dos columnitas. El interior es verdaderamente asombroso. Tiene completa la disposición, con un pequeñito atrio rodeado de columnas, con una fuentecita en el centro, saltando constantemente. Por la paz del atrio cruza rápido y silencioso un fraile joven, tonsurado, con su magnífico hábito blanco. Una vocación de vida monacal encantadora. Para la iglesia en sí, sobran todas las descripciones, pues para eso están las fotografías. Es relativamente pequeña, y en ella se ha logrado conservar el ambiente más que en otra ninguna y por forma verdaderamente asombrosa. Salvo la techumbre y los cuadros, lo demás se ha parado completamente en el tiempo y la evocación es tan fuerte como para esperar a que el coro se pueble de gente y el oficiante avance desde su cátedra y

comience la Misa. Y como recuerdo fundamental la sensación de serenidad, de diafanidad extraordinaria, que produce la basílica. Podría decirse que las basílicas están hechas en horizontal, a nivel, en perfecto equilibrio estable.

Va disminuyendo la luz rápidamente: la tarde está entoldada y la visión es cada vez más difícil. Bajamos a la cripta, mejor dicho, a la iglesia baja, que tiene una porción de interesantes frescos, y aún más abajo, en otro tercer nivel, un gran triclinio con ara mitriaca en medio, como si fuera un templo en que se celebrasen misterios o convites místicos. He de ver qué bibliografía hay sobre todo esto.

Cuando subimos de nuevo, compramos otra porción de postales, y le digo al fraile si no podría encender las luces del ábside. El hombre se siente amable, nos abre el coro, y nos proporciona una visión deslumbradora en los mosaicos, que nos retiene durante un buen rato, con su matizado del oro y su armonía de tonos sombríos.

Salimos de allí en busca de Santi Quattro Coronati, que no logramos ver más que por fuera, con un aspecto de fortaleza extremadamente pintoresco, y una torre muy maciza con un cuerpo alto calado, sobre columnas muy rechonchas y abultadas hacia la mitad. Y de allí a Santo Stefano Rotondo, mucho más grande e impresionante de lo que yo me figuraba, a pesar de faltarle la nave extrema. Está ya oscureciendo, pues en San Clemente nos hemos detenido más de lo que pensábamos, pero el efecto es igualmente grandioso. En medio, sobre dos columnas, lleva un muro que parte el círculo, calado con arcos. Sería quizá únicamente para evitar la dimensión exagerada del techo. Tiene la sensación extraña de todos los edificios circulares, sin cabeza ni pies. En el ábside, un bello mosaico sobre fondo de oro, con Cristo en orla circular, debajo la cruz y a su derecha San Feliciano y a la izquierda San Primo. Bastante bueno. Actualmente la iglesia termina en la divisoria de arcos de las dos naves bajas, y falta absolutamente la extrema. Excuso decir sería mucho más impresionante de tamaño. Entramos por curiosidad en Santa María in Doménica, o de la Navicella, que es otra basílica remozada, de tantas, con unos mosaicos en su ábside. Pero sin importancia alguna, al parecer. Es bonito el pórtico.

Nos vamos desde allá, por la vía Claudia hacia el Colosseo, dejando a nuestra izquierda unos enormes muros romanos de ladrillo, con nichos y ábsides, que deben corresponder a algo del templo de Claudio, según el plano, pero que no nos acabamos de explicar. Junto al Colosseo cogemos un autobús que nos lleva a la Plaza de España, y desde allí volvemos por la vía Condotti a correos y a recoger las fotos que ayer di a revelar y que están bien. En el albergue tengo carta de casa, del día 17. M^ª Elena en Madrid. Le terminamos de escribir a Ossorio, y bajamos a cenar. Después a escribir hasta la una. Y a dormir.

Principio de la trenza.

En San Juan de Letrán: en medio del claustro. Pozo.

La trenza.

Una de las cruces de abajo, la única decorada interiormente.

En el Baptisterio = Capilla de San Venancio

En las dos columnas que quedan hacia la puerta exterior, dos bellas basas con sus vértices decorados incluso con roleos y florecillas, ya del tipo bizantino, en mármol.

En la pared que da a la iglesia, unas decoraciones florales de incrustación de mármoles, como las cosas de la Capella Palatina. En el oratorio de San Venancio hermosos mosaicos del tipo de los de Rabeau con santos vestidos de blanco sobre fondo de oro y un trozo de perspectiva de ciudad. El arco toral me resulta un poco de herradura, y tiene el Cristo entre medias de ángeles y sobre fila de santos, también sobre fondo de oro, y en medio de ellos la Virgen. Hay excavado todo el suelo y quedan al descubierto unos cuantos muros, con edículas correspondientes seguramente a unas termas, cuya cámara redonda central coincide con el centro del baptisterio. Hay un trozo de pavimento de mosaico blanco y negro y otro de "Cosmos". En una de las cámaras se echa de ver el hipocaustum, en el suelo y a lo largo de la pared.

22 de octubre de 1930

EN ROMA

A las 7 ya estaba de pie, con más sueño que podía pero no había más remedio que nivelarse en la cuestión del diario. Y afortunadamente lo he logrado, mientras Navascués dormía de firme hasta las ocho dadas. Cuando nos estamos arreglando, asoma Taracena, que también se ha dormido lo suyo. Total, que entre unas cosas y otras bajamos a desayunar a las nueve y media. Yo pongo una tarjeta a casa. Y cogemos el autobús para San Pedro, donde llegamos al filo de las 10. Ya allí nos vamos hacia la cúpula, para cuya ascensión hay que pagar previamente sus cinco liras por barba. Se toma primero un ascensor, que deja en la terraza, al nivel de los techos de la basílica, y del pretil de la fachada, donde están los santotes. A esta terraza desembocan las linternas de todas las cúpulas, que están cerradas y llevan en su exterior registrado el nombre de la capilla o nave a la que corresponden, indicaciones que ya no nos abandonarán hasta arriba. Después de una rápida visión de la ciudad, nos vamos hacia la cúpula, que desde allí es más enorme e impresionante que nunca, aunque siempre tan bella. Se suben unas cuantas escaleras, las primeras de una inmensa serie y se desemboca en el primer andén de la cúpula, en la base del tambor; es simplemente la cornisa, pero por ella pueden andar cómodamente tres personas unas al lado de otras sin estorbarse: tal es su amplitud. La primera sorpresa es encontrarse junto a los mosaicos, que desde abajo son finísimos y aquí presentan grandes irregularidades en su superficie, además de ser las teselas mucho más grandes de lo que pensábamos. Pero tan magníficamente hechos están que no de un lado a otro del tambor, sino a ocho o diez metros funden completamente los tonos. Enseguida salta a la vista el tamaño inmenso del "Tu es Petrus" cuyas letras tienen más de dos metros de altura, cosa tanto más visible por la comparación con las personas que sobre ellas discurren. Y en cuanto se mira hacia abajo, la impresión es fantástica, pero en el primer momento es de verdadero regocijo al ver que por el suelo de la iglesia, que sigue conservando su ritmo de tamaño imponderable, discurren unas pulguitas, unos puntitos oscuros que no son sino hombres y mujeres

perdidos en aquella inmensidad. ¡Qué ridiculeces todos! Parece que se les puede aplastar como a mosquitos. Y hacia arriba, la cúpula señorea con todo su enorme valor. Pero aún se sube más, y en el segundo andén, algo menor, ya en el propio anillo de arranque de la cúpula, la inmensidad de esta y la pequeñez humana, mucho más acentuada que antes, desaparecen ante el asombro que produce el recuerdo del hombre capaz de arremeter esta obra, y capaz de llevarla a cabo. Es una cosa que parece fuera de las posibilidades humanas y extraordinaria para labor de toda una vida, pero mucho más para ser un episodio, quizá el más grande, pero episodio, al fin en la vida de Miguel Ángel. Hace días la Piedad, después el Moisés, ahora la cúpula, proyectan una personalidad y un alma que forzosamente han de estar fuera de tiempo y lugar. Y lo más asombrosos de la cúpula es la captación del espacio, que casi se ve y se palpa, hasta el extremo de que llega un momento en que se piensa que el valor máximo no es la envoltura, sino el ambiente que allí dentro se ha logrado recoger.

A partir de aquí la ascensión, que hasta ahora ha sido el grueso del muro, mediante escaleras de una rama, se hace un poco más complicada porque hay que ir marchando en el espacio libre entre las bóvedas, y por lo tanto en posición inclinada. La cúpula es doble, con mayor peralte por fuera que por dentro, una cosa así:

Cuando se llega a la altura de los primeros óculos de la media naranja abiertos al exterior, se separan las dos cúpulas bastante y entonces la escalera antigua va simplemente tallada en las piedras de la misma cúpula interior, pero modernamente han desarrollado una ingeniosa escalera de madera, que en zigzag llega hasta la linterna. Y allí, por una ventana encristalada, se tiene la última visión sobre el interior, menos impresionante que las precedentes por verse desde un fanal, pero mucho más por magnitud y distancia, cuyas sensaciones a esta altura ya casi se han perdido. Lo que es verdaderamente asombroso es el paso por el exterior de la linterna, que se halla a este nivel. La vista de Roma es completa, y la de la Ciudad del Vaticano, no hay que decir. Lástima que el día está un poco brumoso y no nos deja gozar completamente de la esplendor del panorama.

Acometemos por fin la última ascensión, que es a una habitacioncita sobre la cúpula, y desde ella por una escalera, primero de caracol, y después de mano, en hierro por supuesto, al interior de la bola de bronce, donde hace un calor muy regular y nos encontramos con la desagradable sorpresa de que no se ve absolutamente nada, pues la bola está cerrada por completo y solo tiene cuatro saeteras, de dos centímetros de ancho, abiertas a los cuatro puntos cardinales. Nosotros subimos bien: yo con un poco preocupación por si no quepo, pero la verdad es que aún paso un poco holgado. Y lo que me levanta la curiosidad en gran manera es pensar cómo va a subir una señora joven, bajita y opulenta, que se iza en el mismo turno que nosotros. Pero el caso es que sube y baja sin novedad.

Otra vez en la linterna, nos fumamos un cigarrillo cara a Roma y al Mundo. No se ve España, pero casi piensa uno que podría ser. El descenso nos modifica un poco las sensaciones de la subida, en el sentido de parecer menores las dificultades y mucho

más hacedero el camino. Lo que no modifica es la magnitud de la obra. Desde el anillo de arranque, vuelvo a mirar hacia abajo ¡Qué inmensidad y qué pigmeos! ¡Y pensar que Dios nos ha de ver aún más ridículos y despreciables! Sin querer pienso que si desde aquí arriba viese un combate implacable entre dos grandes héroes, un gran torneo, cualquier esfuerzo enorme, épico, que se hiciera en el suelo de la basílica, me parecería una cosa perfectamente despreciable.

Volvemos asomarnos y dar vuelta a cada uno de los anillos, conforme bajamos, y en el primero ya me parece que hasta pueden correr caballos o hacerse carreras de dirt-track. Al llegar a la terraza sobre la fachada, voy fijándome y viendo las dos cúpulas supletorias, levantadas sobre el terrado, y dejando metidas dentro de ellas y en nivel mucho más bajo, las cúpulas y linternas verdaderas.

En la terraza nos encontramos con un despacho de postales, donde compramos unas cuantas, y donde franqueo, con sello de la Ciudad del Vaticano, la que había escrito para casa. Aún le damos un último vistazo a Roma y a la Plaza de San Pedro, asombrosa desde aquí, aprovechando un momento en que sale el sol, y enseguida nos vamos hacia abajo en el maravilloso ascensor. Al salir, vamos a ver una vez más la Pietá.

Tomamos billetes para ver el Ufficio del Mosaico, a donde entramos por la puerta de bronce, subiendo hasta el Cortile de San Dámaso. Allí nos encontramos con verdaderas locuras. En primer término, las salas tienen a un lado y a otro infinidad de vitrinas donde están rigurosamente clasificados todos los tonos imaginables. El material no está en teselas sino en tortas de cosa un centímetro de grueso, o en barritas de unos veinte centímetros de largo, de esta sección: y de distintos diámetros en esta forma: de tal manera que el mosaísta pueda cortar en cada momento el trozo del tono deseado en el tamaño que necesite. Para ello el obrero tiene una especie de piqueta que le sirve para cortarlos. El mosaísta trabaja sobre una especie de gran bastidor de hierro que forma como la caja que ha de contener el mosaico. El elemento por ellos empleado es una mezcla fundamentalmente de aceite de linaza, arcilla y polvo de piedra del Travertino, cemento que al cabo de tres o cuatro días fragua ya en forma casi definitiva. De modo que el obrero se pone a un lado el modelo. Y enfrente, inclinado el bastidor, donde va poniendo su pasta sobre la que inserta los pedazos de vidrio. Hay que tener en cuenta que en este mosaico moderno las teselas son de todos los tamaños y de todas las formas. El procedimiento para la copia consiste en ayudarse de plantillas en papel fuerte, calcadas del original, que limiten el área de cada tono y aún de las medias tintas, de modo que en todo caso procura hacerse una copia exactísima. El obrero también tiene algún otro elemento a su disposición, pero el trabajo, en lo esencial es esto. El mosaico unas veces se deja con su superficie original, que con sus mismas irregularidades les da un mate delicioso y funden a poca distancia, o bien pulimentando la superficie del mosaico, lo que se hace sencillamente con piedra pómez y esmeril. Los mosaicos pulidos tienen para mí menos atracción, pero consiguen un mayor esfumado en las tintas. De allí nos vamos a la Pinacoteca. Notas.

Vaticano = Pinacoteca

En la primera sala me encuentro una porción de cosas primitivas, sobre todo de las dos escuelas, florentina y sienesa. Me da la impresión de que lo florentino se complace mucho más en los tonos claros, en los azules celestes y los rosados; mientras que en lo sienés predominan más los tonos fuertes y los fondos de oro.

En la sala II me encuentro un pequeñísimo Fra Angélico, de la Virgen en trono con dos santos a los pies y cuatro ángeles en torno, preciosa de veras, con el fondo de oro matizado. El retablito de la Virgen y santo Tomás, con la historia de la Virgen en su predela, de Benozzo Gozzoli, es una maravilla, muy por el estilo de Fra Angélico, con los mismos tonos claros y los dorados matizados constantemente con rojo. Hay también una serie de trozos con frescos de ángeles, procedentes de la Basílica de Santi Apóstoli, por Melozzo da Forli, realmente extraordinarios, que me permiten ver algo de la técnica del fresco. Y el fantástico fresco de Platina ante Sixto IV. Las cabezas, sobre todo la de Platina y la del Papa, son un verdadero asombro. El esquema de la composición es completamente equilibrado, con la figura del Papa y la del fraile, a que corresponden en el otro lado los dos hombres, el del traje púrpura y el del violado. Y en medio Platina, de rodillas y un cardenal, con su gran veste roja, que es el centro del cuadro, equilibrándose el uno al otro. Todo el cuadro de una transparencia grande, sin negro apenas, sobre todo en las caras. A un lado y otro, cerrando la composición, dos pilastras con grotescos, sobre limpiísimo fondo azul.

En el 145, un delicioso detalle de figurilla de mujer corriendo desolada, con los brazos extendidos y el cabello al aire, con una deliciosa túnica rosada. Francisco de Cosa, Ferrara.

Espléndida impresión aunque un poco muerta de color, de la Coronación de la Virgen por Pinturicchio, con una entonación general fría, gris y verdosa. En cambio el Perugino me resulta demasiado blandengue en la Resurrección de Cristo.

En la sala IV, cosas de Rafael: me sorprenden y resultan deliciosas las cosas de sus primeros tiempos, La Coronación de la Virgen y Los Misterios, sobre todo. También una Madonna con cuatro santos, del Perugino, más grata. En esta sala ya es gama caliente todo.

En el otro lado, al extremo, en la última sala, un retrato de escuela holandesa, verdaderamente impresionante, y una Sagrada Familia de Murillo, medianica. En la sala anterior, una porción de cosas de primer orden. La Fortuna de Guido Reni; un Ribera, muy hermoso, del martirio de San Lorenzo; el Entierro de Cristo, del Caravaggio, que realmente es cosa formidable, tan cálido de color, pero un poco más duro que nuestro Ribera. En la sala anterior, un Tiziano flojo, la Madonna de San Niccolo de Frari; el San Giorgio de Paris Bordone, muy hermoso; un precioso retablo de Vivarini da Murano; una reina de Veronés, buena.

A las dos nos echan a la calle, y al salir nos reunimos con Taracena que se ha ido a ver el resto del museo, y juntos ya, nos vamos hacia la salida, con un chaparrón muy superior. En la plaza delante de San Pedro nos metemos en la Trattoria Romana, donde

comemos bastante bien, aunque no barato, y servido por un camarero inenarrable, que para decir que se han acabado las patatas cruza las manitas y pone los ojos en blanco. ¡Monísimo! Después de comer, a las tres bien dadas, cogemos un tranvía y nos vamos hacia la piazza del Pópolo, donde entramos a ver Santa María, que, en general, desencanta, salvo la cúpula de mosaicos de la capilla Chigi, dicen que sobre diseños de Rafael, y los dos preciosos sepulcros del coro, por Sansovino, muy finos y bien compuestos. La ascensión al Pincio no es nada suave, pero desde arriba se tiene en efecto una hermosa vista sobre casi toda Roma y en especial sobre el Vaticano, con San Pedro destacado. Nos falta hoy la escenografía de una bella puesta de sol. Bajamos en dirección al Mausoleo de Augusto, convertido en sala de conciertos, que no podemos visitar. En el patio se ve un trozo del recinto circular, con muro de opus reticulatum. Luego entramos en San Carlos del Corso, barroca, enorme y por el estilo de todas. En Correos no logro rescatar la primera carta de casa. Y nos venimos a las 7, a escribirlo todo, a cenar y acostarnos cerca de las 12.

23 octubre de 1930

EN ROMA

Nos levantamos muy temprano, pero entre el Diario y unas cosas y otras, pues Taracena tiene que llevar el pantalón al tinte, no salimos hasta las 9½. Cogemos un autobús y nos vamos al Vaticano, donde hay que dar la vuelta a todo San Pedro para llegar a la entrada de los Museos. Nos compramos previamente un cataloguito de la pinacoteca, cogemos nuestras entradas a cinco liras y adentro. Y renuncio a describir lo que he visto. La parte de escultura es verdaderamente una inmensidad y puesta con lujo, dentro de que las esculturas no pueden menos que estar bastante espesas. Y eso que el espacio es una cosa inmensa. Yo creo que no habrá fácilmente en el mundo un museo superior. Y con además cientos y cientos de metros, en los que, al pasar se van encontrando obras maestras, en las que toda la vida se ha pensado. Magnífico de instalación es, sobre todo, el Braccio Nuovo, donde la mayor sorpresa para mí ha sido el Augusto de Prima Porta, mucho mejor de lo que me imaginaba, y muy bellamente patinado. Hemos empezado la visita por la sala de Cruz griega, donde aparte del mosaico y de una preciosa vista sobre la bóveda, con la Venus al final de la escalera, son verdaderamente aplastantes los sarcófagos de Santa Elena y Santa Constanza, medianos de arte, pero de tamaño descomunal. El mosaico está conservado maravillosamente, como nuevo, lo que no me extraña nada, después de haber visto el otro día el Ufficio. La rotonda que viene después es verdaderamente majestuosa, como imponente la taza de pórfido que hay en su centro. La arquitectura se inspira claramente en el panteón, cuyo recuerdo voy viendo en varias cosas romanas, como es natural. Lo peor aquí es el Hércules en bronce dorado que, aun rimando bien con el ambiente de la sala y aun siendo, según parece, trasunto de una obra de Scopas o Lisipo, no me gusta nada.. En esta rotonda lo mejor son la seudo Roma o Juno Barberini y el Antinoo, ambos en tamaño colosal, además del Jove de Otricoli, bastante ampuloso. La Hera Barberini me recuerda en disposición y plegados la Augusta de las Termas.

La sala de las musas, que viene después tiene, aparte del Apolo Musagete, de lo menos desagradable en su especie, las estatuas de las musas, en las que hay un par de ellas que recuerdan inmediatamente Versalles y el XVIII. Pero uno de mis asombros es la sala de animales, donde hay prodigios de estudio del natural. Yo no pude nunca figurarme que en lo romano se hubiera hecho tanto en este campo. Habría que ver lo que haya de mano de gato en todo ello. Pasando después por la "Galleria delle Statue", llegamos a la sala de las Máscaras, donde hay un sillón muy gracioso y solemne en pórvido, una Venus Anadyomena, pequeña y mediana de talla, pero preciosa de conjunto y completa, otra "Venere Accocolata" y una bonita danzarina en mármol. Volvemos a la galería de las estatuas, y en ella nos encontramos por de pronto dos baños, uno de ellos enorme y de la forma: con sus cabecitas de león y todo, que yo había creído siempre un pastiche indecente y ahora lo veo por todas partes. Además, el Apolo Sauróctonos, que me deja bastante frío, aunque la gracia y la movilidad de la silueta son verdaderamente exquisitas; una réplica de la amazona de Fidias o Crésilas, y la Ariadna dormida, convencional y poco emocionante. Sigue detrás de esta sala la Sala de los Bustos, donde, entre otros, está el augustillo, que realmente es encantador. Y ya pasamos al Patio del Belvedere, muy bonito, y dentro de él, al gabinetillo donde están el Apoxiomenos y el Mercurio Psicopompos, delicioso de línea general y para mí gusto, por muchos conceptos, superior al primero. Ambos, como muchas de las estatuas de aquí, tienen ese delicioso tono dorado característico, que destaca precisamente con su cálido tono de carne. Luego el Perseo y los luchadores, de Cánova. El Perseo no me convence: frío y blando. En cambio, los luchadores tienen más valentía y humanidad; de todas formas tres hermosas estatuas, con sus jerarquías entre ellas. El Apolo del Belvedere me reserva otra sorpresa, al encontrarlo mucho menos merengue de lo que me figuraba, y por ello mismo, ver en él solamente su elegancia y su gracia incomparables. Un poco femenino. Además la tonalidad del mármol le quita completamente el aspecto desagradable de remate de tarta que en las reproducciones normales le es habitual. Y por fin, el Laocoonte, más pequeño de lo que se cree, que ... no me gusta. Del Patio pasamos al atrio del Meleagro, hermoso, aunque un tanto rebuscado, y al vestíbulo donde está el Torso del Belvedere, que realmente es una magnífica pieza, de talla soberbia, aunque exagerada en musculatura. Pero siempre hermosa de veras.

Por una puertecilla lateral se va al Museo Egipcio, donde lo más notable me parecen unas telas coptas y una gran serie de esculturas de tamaño mayor que el natural, en piedras oscuras. En lo demás, se lleva poco con nuestras cosas del Arqueológico. En el Museo Egipcio, nos hemos asomado un momento al patio, junto a la célebre piña, entre dos pavos reales. La vista es hermosa, el cielo puro y luminoso, el sol una caricia y la cúpula de San Pedro enfrente lo único que faltaba. ¡Una verdadera delicia! Volvemos atrás y pasamos por el Museo Chiaramonti, enorme corredor lleno de estatuas y bustos, bastantes de ellos, buenos y la mayoría, vulgares, que no me han dejado impresión mayor. El Braccio Nuovo es otra de las mejores instalaciones del Museo, en una gran galería con cúpula central de casetones, sobre rotonda y en las dos mitades de la galería, nichos a un lado y a otro. Toda la galería resuelta de mármol blanco vetado, y los nichos un poco grises, en tono neutro, sobre el que

destaca de manera asombrosa el patinado caliente de los mármoles. Y en esta galería están nada menos que el Doriforo, el Sileno con Baco niño, el Augusto de Prima Porta, las amazonas de Policleteo y de Crésilas, el Demóstenes, la Diana que descubre a Endymiión, etc. ¡La verdadera locura! Y todas deliciosas y todas estupendamente conservadas. Y también el Nilo, pero esta no importa absolutamente nada.

De allí salimos a la Galería de la Biblioteca y por ella a la Sala Sixtina, todo de una riqueza efectiva, en habitaciones decoradas con deliciosa impresión de color, y pasando de largo por el Museo Profano, llegamos a las habitaciones de los Borgia, en una de cuyas chimeneas vemos restos empotrados de azulejos de tipo español. Y de allí, a la Capilla Sixtina. Se entra a ella por una puerta al lado de la epístola, en el mismo altar mayor y sin ver por lo tanto el Juicio Final. En cambio, lo que se ve desde el primer momento, subyugante, es todo el techo, fantásticamente pintado. La ordenación es de una armonía extraordinaria y asombroso ver cómo está resuelta la decoración, sin acometer una composición total de un solo asunto, sino subdividiéndola y localizando sus partes en cuadros. La armonía de color es aún más encantadora, con un cierto predominio del azul y los anaranjados. La capilla Sixtina es una fantástica joya que, en sus zonas de pintura por debajo de la bóveda, reúne cosas fundamentales y firmas como Botticelli, sin que se echen casi de ver, pues la atención queda pendiente del techo y del Juicio Final. Este es una verdadera lástima, pues está medio perdido, pero a pesar de ello tiene una bravura enorme. Es la obra de pintura más dura y cruda que jamás haya visto. Y al mismo tiempo la más majestuosa e impresionante. Lo que más se recuerda de ella, aparte de la majestad del Cristo, es la expresión de amor de la Virgen, encogida junto a Cristo, mirando a los Bienaventurados, que se espantan. Son los momentos terribles, en que la cólera y la justicia de Dios imponen al mismo cielo. Otra figura impresionante es la del pecador que se destaca solo, llevado por un demonio, y que sentado, con el codo en las rodillas y la cabeza en la mano, abre desmesuradamente los ojos y se pierde su vista en la inmensa negrura de su suerte, teniendo que dejarse llevar. No puede representarse nunca de manera más completa el estupor y el pánico de la indolencia. Como gustarme y como impresión, comparando entre ellos mismos que es la única comparación posible, me gusta muchísimo más el techo y dentro de él unas cuantas cosas, pero sobre todo la Eva de la tentación, que es imponderable.

Salimos cuando ya cierran. Comemos, caro, en el Ristorante San Pietro, y después nos vamos hacia arriba por la Passegiata Margherita, con espléndida vista sobre la ciudad. Caemos en Aqua Paola y San Pietro in Montorio lleno de escudos españoles. Vemos el templete de Bramante, frío, y como no está Blay, seguimos hacia Santa María in Trastévere.

Santa María del Trastévere

Cubierto de mosaicos el ábside. En la media naranja, Cristo y la Virgen rodeados de santos y encima un semicírculo decorado a zonas, con una última grande, en que van en mandorlas la mano de Dios y corderos místicos. Predominan en las vestes de las figuras el verde, el blanco y rojo y todo sobre fondo de oro. Nimbo crucífero el Cristo

y la Virgen coronada de tipo muy bizantino. Debajo los trece corderos sobre azul y en los entrepaños de las ventanas y en la vuelta del arco triunfal, de izquierda a derecha, cuadros con escenas: el Nacimiento de la Virgen, la Anunciación, con la Virgen dentro de una edícula monumental, y las alas del ángel a zonas verdes, blancas y rojas, el nacimiento, la Adoración de los Reyes, la Circuncisión y la Muerte de la Virgen con Cristo en una mandorla roja, llevando la almita de la Virgen en brazos. En el frente del arco triunfal, la cruz en laurea llevada por dos ángeles y encima de las escenas antes dichas, a la izquierda, Isaías y a la derecha, Jeremías, todo con sus letreros. También tonos claros sobre fondo oro con fondos y perspectivas de edificios. Esto de abajo parece XIII.

La iglesia es basilical, de tres naves, separadas por columnas distintas, como lo marcan sus capiteles, pero todas igualadas en cuanto a altura. Encima entablamento y muro con ventanas y techo. El crucero está también cubierto con tallos y es igualmente elevado. En el vestíbulo o pórtico, moderno, hay empotradas muchas inscripciones y unas cuantas piedras con entrelazados y aves de tipo bárbaro. Han de estar seguramente publicadas en el Cabrol o alguno por el orden, y por ello no tomo notas. La torre es del mismo tipo de la de Santa Francesca Romana, Santa María Mayor, etc. El frente asoma por encima del pórtico moderno y está también lleno de mosaicos; la Virgen con el Niño en brazos, que es una Virgen de la leche, entre diez vírgenes, dispuestas simétricamente con sus lámparas en la mano, alguna apagada. Fondo de oro: tonos muy subdivididos y gran rigidez y monotonía. Debajo, entre las ventanas, palmeras con fruto sobre fondo de oro.

Desde aquí cogemos un autobús que nos lleva hasta correos, donde no hay nada y enseguida nos venimos hasta casa, donde encuentro un periódico, pero carta no. Después voy a recoger mis fotos, que di anoche a revelar, y que están bien en su mayoría. Me acompaña Navascués, y como de primeras no están, damos una vuelta por librerías, en que vemos unos cuantos libros de que tomo nota y la Roma Antica, que compramos. A casa, a cenar. Y muertos de sueño a la cama a las 10½.

24 de octubre de 1930

EN ROMA

A las 6½ de pie y a escribir Diario. Taracena determina marcharse al Museo de Villa Iulia, cuando le llamamos a las 8 y nosotros nos bajamos a desayunar y nos vamos a San Pedro, donde llegamos unos segundos antes de abrir la puerta, y somos los primeros visitantes que entran. Enseguida subimos en busca de la Venus, muy hermosa, espléndida de talla, pero que no me gusta, sobre todo al lado de la de Cirene o la del Esquilino, que hasta ahora son las más encantadoras que he visto. Esta me resulta demasiado diosa y hasta quizá demasiada mujer, sin la gracia exquisita de las otras. De todas maneras, formidable. De allí pasamos a la sala de la Biga famosa, donde hay otra réplica del Discóbolo, menos afortunada a mi vez que la del Capitolio, aunque encantadora por pátina y mármol, y una copia muy bonita del discóbolo en reposo. Pero en la sala de los Candelabros, entre "metralla" (relativo, claro está) me encuentro con la gran sorpresa de una estatuilla ática, arcaica, de corredora que

empezase a marchar o que se detuviese de improviso en su carrera. Lleva túnica corta, rizada por menudos pliegues, que casi le deja al descubierto todo el pecho y desde luego desde más arriba de las rodillas. El cuerpo es de chiquilla, apenas sin formas, y la cabeza muy expresiva, parece mirar un poco asombrada mientras las manos se disponen graciosamente. Tiene algo de la sonrisa eginética, pero muy dulcificada. Y en general toda la figurilla tiene una gracilidad y un encanto indefinibles. En la misma galería una réplica buena y graciosa del Niño de la oca. Pasamos después al Museo Etrusco, importante y bien instalado, de que van aparte las notas. En él no hay vitrinas arrimadas a las paredes, sino que todas son sueltas, en medio de la sala, pero pequeñas y accesibles a la vista. La impresión es muy buena. Y luego, otra vez por la Galería de los Candelabros, a la Galería de los Tapices, sobre dibujos de Rafael, hermosos, pero es lo primero que me desencanta en el Vaticano. ¡Me acuerdo de la colección de Zamora! Sigo por la Galería Geográfica, graciosa de ver y llego a las estancias de Rafael, que voy viendo detenidamente con la guía. Son otra cosa y otro estilo, pero, cada una en el suyo, comparables a las cosas de Miguel Ángel en la Sixtina. Son los dos mayores esfuerzos que la pintura ha hecho en el Vaticano. Y además, este Rafael es bastante distinto del blandengue de las Virgencitas. Y entre todos los frescos no sabría cuál elegir: quizá la Disputa del Sacramento y la Escuela de Atenas, junto con el Milagro de Bolsena, y dentro de él, el formidable grupo de los soldados o lo que sean, una de las cosas más vivas y fuertes que he visto pintadas. En cambio, la loggia famosísima me deja bastante frío, sin alcanzar a ver en ella más de una cosita decorativa sin mayor importancia y no demasiado grata. Asombrosa la capilla de Fra Angélico, con un ambiente tan especial, emanando de sus bellísimos frescos, y en él, como en Rafael, me sorprende otra vez la diferencia de actitud de estos hombres ante el caballete y ante la pared, y la mayor decisión y fuerza con que ejecutan el fresco. La capilla es una verdadera joya para extasiarse. Y desde allí, bajamos otro rato a la capilla Sistina, a volver a ver cosas.

Y luego, caemos un gran rato en el Museo Sacro, donde tomo una porción de notas que se ven complementadas por las postales que después compramos; volvemos a pasar por la Biblioteca y paramos otro ratillo en el Museo Profano. Nos sobra un poco de tiempo y damos una vuelta por todas las salas bajas, Patio del Belvedere, etc., hasta el Braccio Nuovo, donde descubrimos que el mármol de la pared no es sino pintado con gracia, y por fin salimos a las dos, cerrando las puertas detrás de nosotros. En autobús al Albergo, donde tengo carta de casa, que han recibido la mía. Comemos y salimos danzando. Siguen las notas. Desde Santa. María in Cosmedin a casa. Escribimos, cenamos, volvemos a escribir y a la cama. Son las 11 y pico.

Museo Gregoriano Etrusco

Tumba Regolini-Galassi, de Cerveteri (Caere). Hay una vitrina en que se exponen objetos de plata procedentes de la cella principal de dicha tumba. Casi todo está restaurado muy ingeniosamente, haciendo en cobre el alma, como si dijéramos del ejemplar y sobreponiendo a ella los pedazos. La restauración se distingue así perfectamente no sólo por color, sino por altura de la superficie. Entre las piezas de dorado de la misma tumba de oro bajo, hay unos brazaletes con figurillas repujadas

o estampadas, con orlas de dientes de lobo, en filigrana estriada muy fina, así como todas las líneas principales de las mismas figurillas. Los escudos los completan sobre tela metálica. Hay dos carros reconstruidos, que están casi inventados, pues de las ruedas no quedan más que trozos pequeños sueltos de las llantas. Con los grandes vasos de bronce, la armazón empleada es la misma tela metálica.

Hay unos cuantos bocados muy curiosos en la vitrina A de la misma sala, con camas que son caballos estilizados con uno más chico a la grupa. Así la sala II.

En la sala III, la vitrina B tiene una porción de monotes, algunos graciosos pero ya muy romanos, salvo algunos muy estilizadillos, en esta forma de mujer y de hombre lo mismo, claro que sin las faldas. Más monotillos y objetos de oro, en la vitrina I de la Colección Falcioni, entre ellos una jarrica de filigrana con dos asas, muy semejante a la que tenía Don Manuel, pero mucho más grande, de unos 2 a 2,5 cm de altas. En la vitrina F, una porción de cascos y piezas de armadura. Cascos.

En las vitrinas C y C1, donde hay una porción de cosillas de oro, hay las mismas tres técnicas que en las cosas españolas: la filigrana retorcida, las bolitas, y el estampado. En la sala IV, vitrina P, hay una serie de ejemplares de vidrio, entre ellos varios multiflor, pero no veo ninguna forma anormal; sí piezas muy buenas y algunas demasiado limpias o nuevas. Y en medio un formidable Mercurio de terracota casi de tamaño natural, con caduceo en la derecha, petaso y manto caído por la espalda.

Una colección de vasos griegos y etruscos sencillamente que asusta.

En la sala IV vitrina L, una gran lucerna vidriada de verde. Y otro fragmento con figuras de caballo y carro, también vidriado, aunque menos fuerte. El verde es absolutamente del tono medieval en lo nuestro. El barro es rojizo amarillento.

Museo Sacro Vaticano

Armario I. Un gracioso campanil, griego, de hierro forjado, formado por una varilla de hierro retorcida, que termina en dos como hojas de laurel con una porción de campanillas colgadas en su periferia. Al parecer todo el ejemplar tiene incisiones en motivos geométricos, rellenos de plata.

En la misma vitrina crucifijos y cucharillas litúrgicas de cobre. En el armario 2º, entre riquísimos ejemplares de cruces, a la izquierda una doble de filigrana, semejante, aunque mucho menos rica que la Vera Cruz. En la vitrina entre el armario II y III, objetos procedentes de las catacumbas de San Pánfilo: vidrios de pan de oro y una corona de luces, además de algunos marfiles. En el armario III, lucernas de todos tipos, algunas de bronce colgadas y, entre ellas, dos o tres muy hermosas con el Pax.

También el retrato de los Apóstoles del cementerio de Domitilla. En el armario IV, una muy pequeña, con repujados y a su izquierda, un incensario de los de bola, con cincelados. En los armarios 6º y 7º una colección de los impresionantes vidrios de las catacumbas, de un verdoso en que se transparenta el oro con muy curioso aspecto. Algunos están oxidados y proporcionan un bello reflejo metálico. En el armario VIII con un impresionante Cristo bendiciendo de Limoges, con esmalte azul en todo el

vestido, ojos de piedras negras, que estaba en otro tiempo sobre la tumba de San Pedro.

En la tercera vitrina un gran número de ejemplares de vidrio de oro, del tipo de las catacumbas, entre ellos el formidable retrato de Eusebio. Además un trozo de diatrilo blanco, pequeño pero de muy buen arte. Y un vaso muy grande con superposiciones de conchillas, moluscos, peces, etc., en una cierta policromía. En el armario 9º una serie de esmaltes de Limoges y entre ellos dos santos muy buenos de unos 15 cm esmaltados los vestidos de azul y rojo, con los ojos negros, que van por el tamaño de lo de Orense, pero sueltos, sin placa. En la vitrina 4ª más vidrio y entre ellos un multiflor fantástico, por tamaño y colorido. En los armarios XIII y XIV telas coptas. En el XV una arqueta pero lisa, sin pinturas y de solo unos 12 cm de largo.

Luego viene en varios armarios el tesoro del altar de San Lorenzo en la Scala Santa. (ver en la Guía). En la vitrina VI una formidable cruz carolingia y la cruz de esmaltes del VI, con esmaltes cloisonnés toda ella, sobre fondo verde.

Sobre la Galería de Urbano VIII, yendo hacia el Museo Cristiano, a la izquierda enorme capa pluvial, bordada de tipo inglés del XIII. Es un magnífico ejemplar de sarga roja de seda, bordado en seda de todos los colores, con santos dentro estrellas de ocho puntas y querubines de seis alas en las crucetas intermedias. El bordado está hecho cogiendo al mismo tiempo que la seda roja un lienzo vulgar moderno que le da cuerpo y sirve de armazón.

En el Museo profano: hay dos muñequitas de marfil, con juego de brazos y piernas, pero muy malas junto a la de Tarragona. Están en la puerta de la 1ª vitrina entrando a la izquierda.

Teatro de Marcelo

Ahora en restauración. El cuerpo bajo es dórico, viéndose, no sólo las columnas, sino restos del entablamento y los triglifos. Encima va un cuerpo jónico, y encima parece que iba un ático. La compenetración de órdenes y arcos se hace ya como en el Coloseo, pero resulta el todo en una proporción mucho más maciza y pesada. Hago fotos de ello.

Santa María in Cosmedin

Muy encantadora impresión de basílica, semejante, aunque más ambientada, a San Clemente. Es también de tres naves, con tramos de cuatro arcos sobre columnas aprovechadas, separadas por pilares. Conserva perfectamente la schola cantorum y el cerramiento del iconostasio, con columnillas corintias, tiene tres ábsides a la cabecera con pinturas modernas, pero que componen muy bien con el ambiente general de la iglesia. El altar es un baño, y sobre él va un baldaquino medieval muy armonioso. En el fondo del ábside hay una cátedra, del tipo de siempre, con dos leoncetes por brazos. La schola cantorum sigue casi al pie de la letra el tipo de San Clemente, con la diferencia de tener el púlpito del lado de la Epístola, aunque en la misma forma y con su candelero pascual. Las paredes de división de las naves

conservan hacia la capilla mayor algunos restos de frescos y en ellas se han dejado al descubierto en recuadros, los arranques y parte de las jambas de ladrillo de unos arcos que no riman bien con los de abajo, pues mientras un arranque se corresponde hay otro que cae sobre una clave.

El pretil del iconostasio tiene por dentro unas labores de círculos enlazados con elementos vegetales en medio, esvásticas y rosetas del mismo tipo que las cosas bárbaras que venimos viendo y otra piedra en el lado del con una gran cruz y unos pavones semejantes a lo del pozo de San Juan de Letrán. La cripta es sencillamente un recinto rectangular, dividido en tres naves por columnas compuestas muy esquemáticas, y cubierto con grandes losas, que tiene a la cabecera un ábside y que tiene en los muros laterales una porción de nichos semicirculares divididos en dos pisos, como columbario.

A la cabecera, antes del ábside, se forma un pequeño crucero, separado de la nave por arcos escarzanos, en cuyos muros laterales hay al evangelio, un banco y a la epístola, el hueco de un sepulcro en alto. La entrada, que forma como confesio, con escaleras a uno y otro lado, tiene frente a ella un muro de enormes sillares escuadrados perfectamente, como cosa romana normal.

Templo de Fortuna o de Vesta

De planta circular, alzado sobre un podio, rodeado de columnas corintias muy esbeltas con una basa ática y estriadas de alto abajo. La cella es de sillares grandes, sentados a hueso, con hilada intermedia de sillares pequeños y, a cosa de 2,25 metros, lleva una moldura compleja de entablamento. Encima de ella sigue el mismo sistema de despiezo hasta llegar a su empalme de ladrillo. No se ve cómo sería la cubierta pero me parece evidente que con techo. En el interior, en excavación practicada hace siete u ocho años y por una ventana que se ha dejado, se ven dos muros, uno recto y otro semicircular que nace de él. El recto de sillares muy gruesos almohadillado, o mejor dicho, dejados sin retallar, corresponden, según el guarda, a la cloaca máxima y el otro sería muro de defensa de tiempos de Sevio Tulio. La puerta de la calle se hace con ordenación de entablamento o pilastra, en resalte sucesivo.

Templo de la Fortuna Viril

Próstilo tetrástilo, pseudo-períptero, jónico. El capitel es con ábaco de ovas y volutas, bajando de tal manera que resulta completamente que la voluta baja a alcanzar al fuste. El templo resulta pequeñito y bastante macizo, por el estilo de la Maison Carrée, salvo la diferencia de órdenes, y también alzado sobre un alto podio, con acceso por su frente, mediante una porción de escalones.

Arco de Jano quadrifrons

Enorme, todo de sillería, con cuatro puertas, o mejor dicho, con cruce de dos caminos. Los frentes del arco tienen la parte alta de los muros, desde la especie de podio dividida en dos zonas de nichos semicirculares, cubierto con venera, no sé si antiguas, aunque me lo parece. Tres nichos por cada lado. El centro, enormemente

amplio, se cubre con bóveda normal de arista y todos los paramentos interiores estaban cubiertos de huecos cuadrados, de unos 15 a 20 cm, que me parecen grandes para grapas ni amarres, por lo que pienso si serán modernos, por haber estado transformado en casa o algo por el orden.

Roma

Las excavaciones del Largo Argentina

Pórtico de Octavia

Teatro de Marcelo (2 fotos)

Pórtico de Santa María in Cósmedin

Vista de Santa María in Cósmedin

25 de octubre de 1930

EN ROMA

No me levanto todo lo temprano que quisiera, pues me dan las siete en la cama y me queda mucho que escribir de ayer. Me pongo a ello y a las 9 bajamos a desayunar. Después, Taracena se va al Museo Prehistórico, y Navascués y yo nos vamos en busca de Santa María in araceli. Antes yo he escrito a casa y a Don Manuel y he recibido también carta de casa, en la que me hablan de todos los jaleos del nombramiento de M^o Elena para el Instituto Femenino. Santa María d'Araceli conserva su disposición de basílica, con tres naves separadas por arcos sobre columnas, todas aprovechadas y todas distintas, del tipo de siempre, con pavimento y dos púlpitos de los Cosmas. En la capilla de Santa Rosa un bello cuadro de mosaico sobre fondo de oro y otro mosaico, mediano y avanzado en el tímpano del pórtico lateral. La bajada hacia el foro desde Santa María d'Araceli es mucho menos emocionante que la subida, por una escalera amplísima, de mármol, con sus buenos 130 escalones, que mirando hacia arriba al subir parecen bastantes, pero mirando hacia abajo desde el extremo parecen muchos más.

Desde allá nos vamos a San Cosme y San Damián, donde tomo las notas que van aparte, y al salir de ella, cruzamos y vemos detenidamente los foros de los Césares, impresionantes en su magnitud y donde se están llevando a cabo trabajos de excavación y consolidaciones. Los foros imperiales obedecen a una necesidad, y se van haciendo hacia el norte del republicano, pero completamente pegados a él: así el de Julio César. Después el de Augusto, de que ahora hay ya descubierta casi totalmente las enormes exedras que lo flanqueaban y el templo de Marte vengador, corintio, períptero, sobre podio, en la misma forma de siempre y flanqueado por dos grandes vías. Sus construcciones habían llegado ya a encontrarse con la colina del Esquilino, y la extensión en ese sentido era imposible; entonces se hacen hacia Oriente los foros de Vespasiano y Nerva, y por fin, hacia occidente el más enorme de todos, el de Trajano. Parte de éste se halla ahora al descubierto, en plaza, y del

de Nerva son visibles dos espléndidas columnas, corintias, del muro del recinto, con la particularidad de que estas columnas están despegadas del muro con su trozo de entablamento encima, ligado a él, como aleta, lo que podría ser un paso en la evolución del acoplamiento de los órdenes griegos a la arquitectura romana, y precedente inmediato de lo que luego pasa en las cosas de Diocleciano y en lo basilical.

De allí nos vamos al crédito italiano que ya ha cerrado caja pero nos dicen que la peseta ha subido, con lo que salimos tan contentos y a correos, donde no hay nada.

Comemos y enseguida nos vamos hacia el Coloseo, que me ha decepcionado. Es, en efecto, grandioso e imponente, pero está mucho peor conservado que Nimes o Arlés, y plantea muchas nuevas cuestiones de construcción y de aparejo. Salvo el carenado exterior, lo fundamental es de ladrillo y de hormigón, y emplea los mismos procedimientos de arcos de descarga, etc. de siempre. En el último piso son curiosas las escaleras pegadas al muro, de cuyos arranques hago una fotografía. Las subtrucciones de la arena son interesantes, pero el anfiteatro, en su construcción, tiene muchas menos complicaciones que el de Nimes o Arlés. Aquí parece que ha sido idea fundamental del arquitecto, y por modo especialísimo, el lograr un desalojo rápido del local, y que además le ha preocupado el tamaño enorme del anfiteatro, lo que le ha hecho construirle sobre el suelo sin subtrucciones. No existe por lo tanto bóveda anular debajo del podio, ni hay acceso alguno sobre el nivel del suelo del anfiteatro a la arena. El anfiteatro que da perfectamente separado y sólo comunica, con enormes facilidades con el exterior. Y toda la servidumbre del anfiteatro se cobija bajo la arena, habitaciones de gladiadores, cubiles de fieras, etc., y en cuatro grandes accesos cubiertos con bóveda que, siguiendo los ejes principales, llevan desde el exterior a ella y todo se haría por trampas subterráneas. Lo que no puedo explicarme de ninguna forma es la transformación en naumaquia.

A las 5 dejamos el anfiteatro y en un autobús nos vamos a Piazza Navona, al consulado, nos recibe un joven simpático, vicedónsul y cónsul honorario, según resulta después. Nos atiende bien, nos visa los pasaportes y cuando empieza a extendernos las certificaciones aparece el cónsul en propiedad, hombre que ha viajado y conoce mundo, con quién charlamos un rato y nos cuenta algunas cosas de nuestros emigrados en América. Y sobre todo nos da un cigarro de tabaco de cuarterón español.

Nos venimos hacia el Albergó, y me pongo a repasar cosas y a escribir. Cenamos y después a rotular fotografías. A la cama a las 11½.

San Cosme y San Damián

En el arco toral, que está recortado y deformado en su intradós, un mosaico muy desvanecido, con un tono general amarillento, en que se representan el cordero sobre el volumen con los sellos, los siete candelabros, cuatro ángeles y símbolos de dos evangelistas. No se apercibe rastro mayor de oro, y sí intento de paisaje, con azul y rojizo fundamentalmente. El mosaico del ábside es más hermoso y completo,

con algo de paisaje en su parte baja, una segunda capa azul, y sobre ella destacados en forma imponente los santos. Los dos centrales, San Pedro y San Pablo, llevan vestidos blancos, con plegados de marcado sabor clásico. El Cristo, majestuoso, va en medio, con el volumen en la izquierda y la derecha extendida, sobre un mar de nubes, matizadas en azul, rojo oscuro y blanco. El fondo general es un azul muy oscuro, completamente neutro. Debajo, los trece corderos, muy naturalistas, sobre un fondo que empieza en su parte baja en azul muy intenso para llegar a verde claro y que acaba arriba en oro. La iglesia, al menos en su aspecto actual, es una nave con capillas, cosa del XVII, lo menos, cubierta con techos, que liga este ábside con el interior de la parte alta del Templo de Rómulo, pero esta parte está completamente enlucida y no deja ver más que la cúpula, que me parece algo rebajada, con linternilla central moderna. El ábside me da también la impresión de ser demasiado bajo para su anchura, y todo ello me hace pensar en que al construirse en el XVII la nave que ahora liga los dos elementos, se haya levantado el suelo. Luego bajamos a la cripta, donde no se ve casi nada, pero que continúa efectivamente las deducciones de arriba. Tanto el ábside como el templo de Rómulo están cortados en su altura por el suelo actual de la iglesia, justificado por la humedad, que en la cripta ha destruido completamente estuco, molduras, etc. y para dejar la iglesia al nivel exterior.

Roma

El arco de Constantino desde el Coloseo

Coloseo (3 fotos)

26 de octubre de 1930

EN ROMA

Domingo. Amanece un día muy regular. Nos arreglamos y escribimos un rato, desayunamos y vamos a misa a Santa María sopra Minerva. Por fin aclara el día, y dejamos en casa los paraguas, que ya habíamos prevenido. Después cogemos un autobús que nos lleva a Piazza del Pópolo y nos deja a la puerta de la Villa Borghese o Villa Umberto I. La Villa es un magnífico parque, producto de la incorporación de varios pequeños en torno al núcleo fundamental de la familia Borghese. Por su amplitud y por su frondosidad y perspectivas recuerda bastante al Retiro, aunque está un poco menos regularizado, lo que le da un encantador aspecto natural. Podría decir que era un intermedio entre Retiro y Casa de Campo. Tiene menos monumentos que el Retiro, pero tiene algunos, y entre ellos los hay dignos de memoria. Sobre todo el de Víctor Hugo, que con su levita abotonada y su sobretodo, empuña la lira. Un verdadero poema. En cambio tiene muy bellas fuentes, un poco dispuestas en rústico dentro de lo monumental, pero encantadoras.

Las colecciones están instaladas en el casino Borghese, edificio muy de su momento (finales del XVII), ricamente decorado en su interior. La colección de escultura está

formada sobre la base de las obras del Bernini, de que hay una en cada sala, y algo de Cánova, y además de algún original antiguo arcaico y copias más o menos buenas de cosas ya vistas en Termas, Capitolio y Vaticano. La famosa Paolina Bonaparte, deliciosa de elegancia en su actitud, me hace sin embargo el efecto de un modelo muy grande para una porcelana. Es una cosa sin grandiosidad, concebida y hecha en chico. Muy rítmicos, muy ordenados y muy lamidos los plegados, muy sin peso el cuerpo y muy seda la carne, sin impresión de vida, demasiado tersa en su modelado. ¡Qué diferencia entre su espalda y la de la Venus de Cirene! De mucho más valor son las cosas del Bernini y sobre todo el David. Tiene un acento elástico de vitalidad enorme, resuelto, o mejor dicho, concretado en la nerviosa fiereza con que se muerde el labio inferior, mientras la frente se arruga clavando su mirada en el enemigo, y todo el cuerpo se arquea en esguince felino, poniendo tensa, como si fuese a estallar la cuerda de la honda. Y además, cada detalle de modelado, justo siempre, da un matiz que completa la sugerencia de la actitud y la expresión general. En contraste con él, Apolo y Dafne tienen una gracia, quizá sensiblera, pero exaltada y exquisita. La forma como insensiblemente el cuerpecito joven, apenas núbil, de la muchacha se transforma en laurel, y como el tronco de este la va abrazando y envolviendo, es de una delicadeza extrema, sin marcar rudo contraste. El mismo Apolo parece, no que corre tras ella desatado y la retiene con la brutalidad natural, sino el bello compañero de un fantástico baile, que contempla asombrado la transformación de la muchacha, mientras la apoya suavemente con su mano izquierda y extiende la derecha con una preocupación clara por el equilibrio y la belleza de la actitud. El rapto de Proserpina me parece mucho menos fuerte, salvo la actitud de terror de la muchacha, justificado por el aspecto del bárbaro y por la fuerza inmensa con que sus dedos aplastan la carne sedosa.

En la galería de pinturas vemos unas cuantas cosas de verdadera importancia, pero ninguna comparable a las de Ticiano, dentro de las cuales, el Amor Sacro y el Profano se lleva la palma. La figura de Venus es algo que maravilla, y no sólo por la entonación cálida de aquella carne, y por el escorzo encantador de la cabeza y por sus sonrosados y rubio sobre el maravilloso fondo de un cielo azul, ni por la dorada, tan sabida, sino por lo que representa de belleza femenina en toda su plenitud, fresca, prieta en sus carnes, púdica con el divino pudor de la desnudez limpia e ignorada. Y además, como aroma delicioso de una bebida exquisita, que le añade belleza, está la maravilla del dibujo, que ondula toda la figura en perfecto escorzo, y hace de su costado izquierdo, línea casi recta, una maravilla de sentimiento y expresión. Aún hay algo más del Ticiano; la Venus que vanda al Amor, y en ella la muchacha que sostiene el carcaj, casi una réplica de las amazonas clásicas, con su túnica atada a la cintura dejando al descubierto parte del pecho, el manto sobre ella y el cabello suelto. Pero aquí para completamente la inspiración erudita. En la cabeza están todos los siglos de diferencia: la mirada y el rostro serenos, dentro del dolor, han dejado aquí sitio a una asombrosa cabeza que en su actitud algo forzada tiende su vista, húmeda, a la diosa del amor, en una actitud entre desfallecimiento y melancólica, como en súplica de amor, o en demanda de caricia. Es sensual su represión, pero de un sensualismo refinado, asomado con versos y con flores, tan propicio a estallar en risa como en

llanto y con un leve presentimiento de misterio.

Y aún quedan muchas cosas: entre ellas la Dánae del Correggio, con una preciosa pareja de amorcillos y un fortísimo retrato por Striegel.

Cuando salimos de Villa Borghese, el Parque está magnífico en el mediodía. Vamos hacia el zoológico, interesante, con instalaciones de leones, osos y focas, tigres, etc., en libertad que dispuestas por modo espectacular causan verdadero efecto. No puedo menos de pensar sonriéndome en el espanto ingenuo de los madrileños si allí se hiciera una cosa semejante. Salimos ya tarde y nos vamos de prisa hacia el templete del lago, escenográfico, merengoso, pero encantador. Damos la vuelta y rápidos, vamos en busca de la salida. Allí, un autobús a casa.

Cuando empezamos a comer son las tres menos cuarto. Como hemos caído en el ristorante un poco de improviso, tardan más de la cuenta en servirnos pero en cambio nos dan una semipaella bastante apetitosa. Lo cierto es que terminamos de comer dadas las cuatro y que a las cinco nos espera Blay. De modo que nos arreglamos un poco y vamos hacia allá, en un hermoso autobús.

Cuando llegamos, nos recibe su señora, y a los pocos momentos aparece él y algo después sus chicas, una morena y una rubia, y un muchacho discípulo suyo, que muy simpáticamente nos hacen la reunión y nos obsequian con té, pitillos y pastas. Y tontamente charlando nos dan las 8 y pico. Salimos hacia casa y Navascués y Taracena se enzarzan en una disensión que aún dura en el Albergo y durante la cena. Escribimos algo. A la cama a las 11.

27 de octubre de 1930

EN ROMA

Madrugamos bastante, y a las 8 ya estamos desayunando, con lo que poco después de las 9 estamos en camino de Santa Inés, con el autobús de Porta Pía, que es el más inverosímil de recorrido que hay en Roma, con unos virajes y unas cuestas que ponen los pelos de punta. Y en el final, un tranvía que nos lleva a la misma Santa Inés donde estamos a cosa de las 9 $\frac{1}{4}$, con una boda elegantita, con música y marcha del Tanhauser al final. Vamos después a Santa Constanza y cuando terminamos, damos una vuelta buscando ver el exterior y lo logramos desde abajo, por el vículo Santa Agnese, cerca de unas huertas. Hace un magnífico tiempo y el campo está hermoso. Volvemos y nos vamos hacia el Crédito Italiano. De buenas a primeras nos dan el cambio a 1,90, preguntando a Bolsa. Después el buen señor se lía a preguntar cosas y nos hace esperar un ratejo. Cuando termina, Navascués le dice con toda candidez que según nuestras noticias, el cambio estaba a más de doscientos. El hombre vuelve a preguntar, a otro sitio distinto y nos da cambio definitivo a 2, total, que sacamos 1000 pesetas y nos dan 2000 liras. Mejor cambio que cuando salimos de España. Con esto, nos ponemos tan contentos y, en homenaje, nos compramos un nuevo rasoio Gillette, que nos cuesta 20 liras. A la hora de comer nos reunimos con Taracena, quien ha hecho el indio en el foro con una princesa y a poco lo meten en chirona. Comemos y nos largamos en dirección a San Lorenzo extramuros, donde pasamos un gran rato,

y después al templo de la Minerva Médica, donde no logramos entrar, pero lo vemos bastante bien. Taracena se va a la Biblioteca y nosotros a Casa Alinari, donde veo todo lo que tiene de Sicilia y compro lo que me interesa más. Nos dejamos 120 liras. A casa después, a escribir, cenar y a la cama, a las 11 y pico. Hoy he recibido carta de casa, sin novedad.

Santa Inés Extramuros

Nos encontramos en ella con una boda, y tenemos la iglesia completamente iluminada. Es la que conserva más completa la disposición. Tres naves separadas por arquerías, sobre columnas aprovechadas, en su mayor parte corintias, y, a los pies una nave atravesada, que sería el sitio de los catecúmenos. Hay en las dos columnas que separan esta nave de la central, dos capiteles compuestos, de hojas lisas, hechos en la misma forma que los capiteles lisos de Córdoba, es decir, a medio tallar. En cuanto a tamaño, la iglesia es casi la más pequeñita de todas cuantas hemos visto. Sobre las naves laterales, actualmente abovedadas en arista, va el matronium con arcos de medio punto sobre columnas corintias en su mayoría, pero en él los arcos apoyan sobre los capiteles por medio de unos cimacios rudimentarios, pero perfectamente claros:

El matronium va ahora cubierto igualmente con bóveda de aristas, que creo moderna. En el fondo del ábside hay una cátedra muy sencilla de tipo normal en todas ellas, de mármol y con respaldo alto curvo y brazos.

El mosaico del ábside es de tipo muy bizantino, sobre fondo de oro, con Santa Inés coronada y con gran vestido y dalmática de aparato, bordada y enjoyada entre dos papas, también ricamente vestidos, uno de los cuales lleva en la mano un precioso modelo de iglesia. El acento de todo ello, me hace creer en una cosa semejante a lo de Rávena, y desde luego, son verdaderamente fuertes las cabezas de los dos papas. La Santa Inés del altar mayor es una bonita escultura antigua en alabastro, algo seria, que ha sido hecha santa con su palma, pero con bastante gracia.

Bajamos a las catacumbas, que nos dan algo la visión del tipo. Están excavadas en el tufo volcánico de siempre, que no pasa de ser una tierra un poco más dura y compacta y que con la humedad se talla simplemente con la mano. Son una serie de pasillos estrechos, de poco más o menos un metro, con sepulturas excavadas a uno y otro lado. La cubierta normal es plana en todos estos pasillos, pero aún hay algunos cubiertos con medio cañón. Hay tres capillas, dos de ellas bastante arregladas para sostenerlas. La primera que vimos se componía de dos tramos, poco más o menos cuadrados separados por un arco. El tramo donde está el altar tiene el techo nada más que medianamente conservado y se le han metido refuerzos modernos. Pero el anterior conserva su bóveda de aristas perfecta, excavada en el tufo, arrancando sobre columnas adosadas a los rincones, igualmente excavadas en el tufo. Y en los lados, arcosolios y sepulcros familiares.

Baptisterio de Santa Constanza

Cúpula central sobre tambor con ocho ventanas y nave anular con bóveda de cañón, separadas por gruesos arcos semicirculares, sobre parejas de columnas corintias y compuestas por intermedio de un trozo completo de entablamento, con friso abombado. Basas áticas normales. En los extremos de los ejes perpendiculares, la puerta y el nicho, rectangular con bóveda de cañón, como el de la puerta, donde iba el sarcófago del Museo Vaticano. En el otro eje, dos nichos grandes semicirculares cubiertos con mosaicos de tipo del IV-V, pero muy malos. Fondos blancos con intento de paisaje, nada de oro. Sobre cada dos de estos, fila de nichos menores, que no llegan al suelo. La bóveda anular va toda decorada con mosaicos rojos, azules y verdes sobre fondo blanco, divididos en tramos, entre los que destacan los conocidos de la vendimia y el lagar, con unas uvas verdaderamente monstruosas por lo grandes y una bonita cabeza en medio, sobre fondo blanco y otros dos con jarros, flores, hojas y frutos, sobre todo limones, y animalitos, resaltados con un criterio pintoresco, sin sujeción a esquema decorativo alguno, que corresponden a los lados de la parte fronteriza a la puerta. Los motivos decorativos se repiten simétricamente a un lado y a otro del eje que forman la puerta y el ábside del sarcófago. Encima de la puerta el motivo, siempre sobre blanco, es. Las líneas generales del dibujo son negras y las inclusas rojas. Además lleva una porción de motivos accidentales, completando y matizando todo. En los tramos a uno y otro lado de este, hechos en forma semejante, con negro y rojo, matizado con motivos vegetales, siempre sobre fondo blanco. En los tramos siguientes, figuras humanas en los círculos y de animales en los octógonos del esquema, deformado para acoplarlo a la bóveda y hecho con grandes cintas de varios colores, y enlazando: En los dos tramos siguientes, los de la vendimia. En los otros dos, bustos y figuras en red negra de círculos tangentes y en los dos últimos, los pintorescos de vegetales.

Encima del sarcófago se interrumpe la bóveda de cañón con un hueco cuadrangular, cubierto con bóveda de aristas, no sé si modernas ambas cosas, aunque así me lo parecen. A la altura del arranque de la bóveda de cañón van una serie de ventanillas, de arco escarzano, con fuerte derrame, que no acabo de ver claro si son antiguas o modernas: Varias de ellas interrumpen el mosaico, cortándolo brutalmente, pero como en los de la vendimia y los vegetales, la decoración está bien dispuesta en torno a ellas, parece deben ser antiguas y que el corte malo obedece a no saber disponer adecuadamente el motivo geométrico.

La puerta de entrada, moderna, está cobijada por un doble arco de descarga, que parece viejo, y tiene a uno y otro lado, dos arcos ciegos grandes, rehechos modernamente. Pero lo más curioso son los dos grandes ábsides que hay en un lado y en otro de la fachada. Se formaría aquí con todo ello una especie de pórtico? Los dos ábsides me parecen viejos, con sus bóvedas hechas de hormigón o mampuesto, regularizado con hiladas de ladrillo y teja, así como los muros. En la bóveda de la derecha se ve perfectamente el sistema: tiene cuatro costillas de ladrillo pequeño, que forman la armazón. El ladrillo tiene el ancho normal nuestro (15 cm) y un grueso

pequeño, de 5 o 6 cm. La ventana, que está hecha con derrame y desviada respecto del eje, tiene también arquito de pequeños ladrillos, que le hacen como de cimbra, y que le dan el perfil, casi semicircular al exterior y algo escarzano adentro. El resto de la bóveda está completamente hecho de hormigón, pero con teja y cascote gordo de ladrillo, y peñote del de tufo, que parece ladrillo. El extremo de este mismo ábside, a la parte de afuera, da la estructura completa del muro. Tiene un paramento exterior de ladrillo y dentro va el hormigón, con cantos rodados y trozos de ladrillo y mucho cascote de teja, regularizado a cosa de cada media vara con una sola hilada de ladrillo, más o menos bueno y entero, pero desde luego puesto de plano.

Desde el exterior, las ventanas que abren a la bóveda de cañón me parecen viejas, con una perfecta regularidad en cuanto a tamaño y en cuanto a distribución. Y también me parece vieja la parte correspondiente a la bóveda de aristas, que aquí forma un cuerpo cuadrado adosado al cilindro. Pero tiene cegadas las ventanas, o por lo menos una en el lado norte. Las ventanas del tambor tienen doble rosca de ladrillo y el alero va sobre unos canes extraordinariamente sencillos, de piedra. Lo más curioso es que, al mismo nivel del arranque interno de la bóveda de cañón y protegidos por un tejadillo continuo, se forman una serie de contrafuertes que poco más abajo se embeben en el recrecido del muro.

San Lorenzo Extramuros:

Son en realidad dos iglesias empalmadas, la menor de las cuales, erigida por Constantino, sirve actualmente de coro, con un pavimento a la mitad de su altura, cosa de los Cosmas, como es suyo el cierre del coro, por ese lado con un gran frente decorado y un magnífico sillón pontifical, en la forma de siempre. Esta basílica de la cabecera es absolutamente semejante a la de Santa Inés, con sus tres naves separadas por columnas corintias, todas de mármoles espléndidos blancos, que apoyan trozos de arquivada, también de mármol blanco, todos desiguales y aprovechados. Las naves bajas se cubren con techos y sobre ellas va el triforio, con arcos semicirculares sobre columnas de mármol blanco. Encima hay una fila de ventanas semicirculares, que corresponden con dos conservadas en el frente del arco toral, recuadradas por el mismo mosaico, y que tienen unas celosías, de círculos tangentes en pauta cuadrada, me figuro que del restaurador. La iglesia lleva a sus pies, como Santa Inés, un tramo transversal en la nave mayor, con dos columnas, sobre el cual sigue el triforio. El arco toral lleva un gran mosaico, sobre fondo de oro, con sus figuras en la zona que queda entre las dos ventanas, que, a su vez, llevan bajo ellas las representaciones de Jerusalén y Belén. En la zona central, sobre una base verde, y un fondo de oro, se representa Cristo en majestad, bendiciendo, sentado sobre el globo azul; a su derecha, San Pedro, San Lorenzo y el Papa Pelagio, que lleva en las manos el modelito de la iglesia, y todos tres vestidos de blanco, con plegados y orlas rojas; a su izquierda San Pablo, San Esteban y San Hipólito, en la misma disposición.

Es notable la altura, mayor que la normal, de la iglesia, que cambia las proporciones consagradas. El corte. Las armaduras han sido restauradas y adoptan ahora la disposición que se marca en el croquis. Respondiendo a las columnas de división de

la nave central, hay en las laterales unas pilastras, apenas sobresalientes y también con capiteles corintios adosados al muro.

La iglesia de los pies es una sencilla basílica de tres naves, mucho más larga que la precedente, y más maciza en proporción, porque su suelo está más alto, permaneciendo a la misma altura el techo, que con la nave central sigue estando dispuesto sensiblemente en la misma forma. La división entre las naves se hace por grandes columnas jónicas, del jónico normal romano, con ovas y grandes volutas. Encima, el arquitrabe y el muro sobre su fila de ventanas. Las naves laterales se cubren con techos planos, y toda la iglesia está llena en sus muros de pinturas modernas. Hay en ella dos bonitos púlpitos del tiempo de los Cosmas, como de los mismos es el suelo de la iglesia.

La iglesia de la cabecera lleva en los muros laterales una doble fila de ventanas, sobre la nave y sobre el matronium, y la de los pies, una fila sobre las naves. A los pies de la iglesia, en frescos restaurados pero antiguos, la historia de San Lorenzo, siempre cobijadas por arquitecturas las escenas; sobre la pila bautismal, y al otro lado de la puerta, un gran sarcófago romano, aprovechado, cobijado por templete de columnas jónicas, con frescos en el frente, graciosos. El claustro, muy malo, no tiene cosa de particular; las columnillas son todas aprovechadas y los muros de ladrillo. Los cimacios son así, de una pieza. Los arcos de ladrillo van trasdosados con una hilada de ladrillos de canto, que sobresalen.

Templo de la Minerva Médica

No me parece tal templo ni cosa que lo valga, sino más bien una fuente o ninfeo, semejante de calidarium de unas termas. Es un recinto poligonal, de diez lados, cubierto con bóveda baída, que arranca directamente sobre los lados, apenas sin hacer solución de continuidad. Claro que sin seguridad completa la estructura en planta me parece una cosa muy semejante a esta. Y desde luego, es cierto que me extrañó extraordinariamente la existencia de contrafuertes de ángulo, en una forma comparable a nuestras estructuras góticas del tiempo de los Reyes Católicos: El material es, como siempre, ladrillo y mampuesto, y en gran parte alternan las hiladas de ladrillo y las de sillarejo, una y una, siempre. En lo demás, lo normal; arcos de descarga sobre dinteles, dinteles dovelados, nichos, etc. La bóveda de hormigón, con costillas de ladrillo, aun visibles en parte. Por el lado del f.c. se ven las primeras hiladas de unos cuantos muros, que dan plantas redondas o elípticas, en disposiciones que recuerdan lo de Santa Pudenciana, en el suelo de la iglesia.

28 de octubre de 1930

EN ROMA

Hoy nos encontramos con que es gran fiesta nacional, por el aniversario de la marcha sobre Roma, y por ello están cerrados todos los museos y demás. Nos hemos levantado bastante temprano, y nos arreglamos pronto, estrenando yo el rasoio Gillette, que no me resulta tan bueno como creía. Desayunamos, tras de hacer yo un poco Diario y escribo a casa una tarjeta.

Nos vamos hacia el Foro Trajano, de donde salen unos autos que hacen todo el recorrido de la Vía Appia Antigua, y en el mismo que nosotros se acomodan unas cuantas monjitas y un fraile, españoles, que van a la misma visita. Las monjas andan deseosas de conversación y la empalman largo y tendido con Taracena. Andan trabajando por aquí, con intención de fundar una casa. Cuando llegan a las catacumbas de San Calixto se bajan, mientras que nosotros seguimos hasta el final del autobús, algo más allá de la tumba de Cecilia Metela. Y aún a pie seguimos adelante, hasta algo más de los trozos regalados por Cánova. A la izquierda del camino vemos un pequeño columbario abandonado, del que tomamos algunas notas y yo hago una fotografía. El paisaje es muy bonito y fino, con el fondo de los montes Albanos y la vista a la izquierda de los acueductos y hacia atrás de Roma. Una estampa muy fina de dibujo y de color. Y además, está todo tan verde que es maravilla.

Volamos sobre el camino, en el que a trechos se ve el pavimento de la vía, y empezamos a tocar las consecuencias de la fiesta nacional de encontrar cerrada la tumba de Cecilia Metella. De modo que nos tenemos que contentar con verla por fuera. Hecha de ladrillo en la forma normal, revestida de mármol en su exterior, tiene arriba un friso con guirnaldas de fruto, bucráneos, escudos, etc., sobre el cual le hicieron un añadido en la Edad Media para usarlo como fortificación, con las típicas almenas. Más allá, volviendo hacia Roma, quedan a la derecha las ruinas imponentes del circo de Magencio, a las que no podemos entrar, pero que se aprecian bien desde la carretera, y por fin llegamos a San Sebastiano, donde nos volvemos a encontrar con las monjitas que se bajaron en San Calixto. Esperamos un momento y bajamos a ver las catacumbas, acompañados de un fraile que habla un hermoso italiano, declamando con entonación.

El tipo de las catacumbas nos confirma lo que ya habíamos visto en Santa Cecilia, en cuanto a características de construcción y que hemos de ver repetirse en todas ellas. Pero lo más interesante de San Sebastián son las tres fachadas y habitaciones que hay juntas bajo la iglesia. Son tres fachaditas clásicas de piedra, sobre un muro de ladrillo. La primera que vimos era un cubículo con pinturas y con arcosolios. La segunda, que tenía en su fachada las mascaritas de la tragedia y la comedia, daba a una larga escalera y la última bajaba también. Cerradas todas, no pudimos entrar. Bonita la decoración de estucos y de pintura. Encima de esto e inmediatamente debajo del suelo de la iglesia, hay los restos de una habitación rectangular, con bancos en torno y las paredes enlucidas de estuco, en el cual quedan una porción de grafitos con invocaciones a San Pedro y San Pablo, que prueban la permanencia aquí, por lo menos temporal, de los restos de los mismos, y la peregrinación a venerarlos, celebrando convites místicos.

Al salir de San Sebastián, por la vía delle Sette Chiese, rodeados de plantas y muy pintoresco, nos vamos a Santa Domitilla, que es la mejor de cuantas catacumbas hemos visto. Nos acompaña un muchacho inteligente. Se baja a la Basílica, muy bien excavada y reconstruida, que me resulta extraordinariamente interesante,

porque hasta en proporción de planta es una cosa completamente clásica. Tiene perfecta y absolutamente marcadas las divisiones para el clero de todas clases y los catecúmenos.

En el suelo se respetan cubriendo con rastrillos, las tumbas o restos que las excavaciones han sacado. Desde allí se baja ya directamente a las catacumbas, que son de galerías un poco más espaciales, y que, sobre todo, tienen una gran cantidad de pinturas. Todas ellas están hechas sobre el estuco, y principalmente con un tono rojo sucio en los vestidos, y aun con tonos más bien oscuros, sin la alegría de las de la Torre Aldobrandini. Pero hay ejemplares muy bonitos. Al final, vemos toda la parte del vestíbulo e hipogeo de los Flavios, lo mismo, aunque más espacioso y totalmente decorado, con sus cubículos, en la misma forma. Creo que las catacumbas no tienen que ver con canteras abandonadas ni cosa que lo valga, sino que son simplemente la continuación hasta el infinito, por obra de la necesidad de lo que ya hacían los antiguos paganos.

La visita se hace muy bien, porque hay instalación eléctrica por toda la parte visible, un poquitín ridícula, con lamparitas amarillentas metidas en lucernas, pero agradable y, en los sitios en que han de verse pinturas, luz blanca. En la basílica había dos enormes proyectores y nos quedamos con la gana de verlos encendidos. El vestíbulo de los Flavios, que forma como una fachada ancha, tiene a un lado de la puerta una cámara abovedada a que daban dos cubículos y a la izquierda otra cámara con un pozo, y un gran depósito prismático en un lado. Tiene una cierta equivalencia con lo de San Sebastián.

Cuando salimos, compramos unas cosillas. Un poco chocolate, que nos comemos, un paquete de chocolate Navascués para los suyos y una lucerna yo, con lo que pensamos dar el golpe. Volvemos hacia la vía Appia y, después de pensarlo un poco, nos metemos a comer en el ristorante San Calixto, que está en la carretera, al frente de donde desemboca la Vía delle Sette Chiese. El ristorante está en un jardín sobre el pretil que da a la carretera y convertido en una serie de cenadores, entre ellos uno muy largo, con entrelazado de cañizo en paredes y techo, sobre el que va una gran cantidad de plantas y verde con sus puertecitas de vez en cuando. Un sitio encantador, con un día hermoso y una temperatura ideal. Comemos bien: yo, una pasta al sugo y un cordero asado con yerbas, al estilo campesino, que es una maravilla.

Terminamos tempranito y nos vamos en busca de las catacumbas judías, pero no logramos encontrar al guardián y nos tenemos que quedar sin verlas. De allí a San Calixto, que realmente no nos causa impresión mayor, una vez vista Domitilla. Sus galerías son mucho más altas y en algunos casos más espaciales, pero el sistema sigue siendo el mismo, con los mismos cubículos, salvo alguno que otro extraordinario, como la Cripta de los Papas, pero que en nada modifican el tipo. También hay coincidencias de múltiples galerías, a veces hasta cinco, como encrucijadas. Y en todas ellas los sitios para las lucernas y aún restos de algunas. Llevamos un guía muy magnífico, con unas barbas apostólicas formidables y vamos con nuestra candelica muy serios en procesión.

Además de la Cripta de los Papas, es formidable aquí la de Santa Cecilia con la estatua famosa de la Santa por Maderna, copiada, según es fama del cuerpo mismo de la santa, tal como se descubrió en el XVI.

De San Calixto seguimos nuestro recorrido hacia Roma, pasando por la puerta de San Sebastián, muy bella y con un imponente aspecto de fortaleza medieval, flanqueada por dos enormes torreones, y tras ella por el Arco de Druso, de un paso solo, con un frontón ático alto encima.

Buscamos el columbario de Pomponio Hilas y los sepulcros de los Escipiones y la fiesta nacional nos sigue fastidiando en gordo, pues nos encontramos con las dos cosas cerradas. Están ahora dentro de un jardín muy bonito. Del columbario de Pomponio Hilas no es posible ver por la puerta más que una bóveda que cubre la escalera. De la de los Escipiones alcanzamos a ver un columbario, pero en una parte pequeñísima en relación con el área del sepulcro. Intentamos por allí ver si logramos entrar, pero no conseguimos nada. Total, compuestos y sin novia.

En vista de ello, volvemos, Vía Appia atrás, cruzándonos, con algún que otro automóvil lleno hasta los topes, y con una porción de parejitas que empiezan su paseo idílico. ¡Qué se le va a hacer!

Así llegamos hasta las termas de Caracalla, también cerradas, pero le insistimos al guardián y el hombre accede a abrirlas, después de un rato. En vista del tiempo disponible nos vamos hacia San Nereo y Aquileo, de planta basilical y tres naves separadas por arcos sobre columnas. Cosa de poca importancia, semejante a otras de aquí. Nos volvemos hacia las Termas, y mientras esperamos pacientemente, leemos y vemos un poco el plano,, que no me reserva sorpresas. El interior, cuando al fin logramos el paso, sí es una cosa brutal, pero en menor grado, por ejemplo, que la Basílica de Magencio. Me desilusiona algo el que no conserve más que los arranques de las enormes bóvedas, pero de todas maneras, la masa es imponente, con una infinidad de ladrillo y de mampuesto. Impresionante el arranque del calidarium y de su bóveda. El repertorio de elementos constructivos es, poco más o menos, el mismo de siempre, con las únicas variaciones a que obliga el tamaño. No encuentro más bóvedas que de aristas y de cañón, y siempre arcos de descarga, dinteles dovelados, nichos, etc.

En la habitación del ángulo sur, que desemboca en una de las palestras, hay en el suelo unos enormes tímpanos de la bóveda, con mosaicos blancos y negros, muy malos, según Taracena, en su parte baja. Los tímpanos son una cosa verdaderamente enorme y producen una impresión en consecuencia con su tamaño y con lo que imponen como una simple parte de una bóveda colocada a veintitantos metros del suelo y aún es mayor el asombro cuando se piensa en que esta es una de las salas abovedadas normales, no de las grandes. De lo demás tenía bastante idea.

Nos venimos hacia casa, por el parque adelante, tan encantador como lo de Villa Borghese. Tienen estos parques romanos sobre los nuestros la ventaja de que están cubiertos de césped, con grandes praderas por las que es encantador andar y ver

corretear y revolcarse a los chiquillos. Y una porción de rinconcetes melancólicos en los que es inevitable la parejita de enamorados, como un elemento del paisaje. Y es también hermoso este atardecer manso sobre los jardines de Roma, con sus pinos copudos y sus cipreses esbeltos, en que el sol que muere, pone su última llama vivaz.

Mussolini ha aprovechado la paz de la tarde para obsequiarnos con un castillo de aviones como nunca lo había visto. Serán más de un centenar, de todas clases y tamaños, desde los más grandes, con el ala inferior más ancha, que pasan bajos y con un ruido infernal, hasta los de caza, que apenas se oyen en su altura y se ven allá como un puntito que se moviera en el cielo.

Andando hasta encontrarnos otra vez con el Colosseo y desde allí, en autobús, a casa, a escribir algo y a cenar. Después, a la cama, rendidos. Hoy han sido muy bien las dos leguas, por lo menos. Pero a pesar de ello, y como por lo visto nos quedan ganas de andar, aún hacemos una excursión nocturna.

Mientras cenamos oímos una serie de zambombazos, que nos dicen son fuegos artificiales y que quizá los harán por el lado del Capitolio. Determinamos irnos allá y el gran Taracena pierde diez minutos y nos los hace perder, buscando la llave de nuestro cuarto, que ha desaparecido y está colgada en nuestro número.

Cuando salimos, nos vamos deprisa al Capitolio, pero allí no hay nada, salvo que nos encontramos todo iluminado, los jardines abiertos y terminada la calle nueva que han hecho de Vittorio Emmanuele al Teatro Marcelllo.

Han dispuesto con gracia unos cuantos reflectores entre la hierba y las casas vecinas, y queda iluminado todo el Capitolio, con la roca Tarpeya y también, de manera espléndida, el Teatro de Marcelo. La calle esta da vida y vista a una serie de cosas extraordinarias. También hay banderitas e iluminaciones por todos lados, especialmente en el Palazzo Venecia y monumento Vittorio Emmanuele, con unas candilejas muy graciosas de cuando en cuando.

Completamos la vuelta y a dormir.

Vía Appia

A la izquierda casi enfrente de la entrada de un depósito militar de aviación, tenemos un pequeñito columbario, medio cegado, cubierto con un sistema curioso. Es una bóveda de cañón, pero de arco escarzano, atravesada por dos bóvedas paralelas de cañón, semicircular, de la misma altura que el escarzano. Y resultan así una especie de bóvedas de aristas rectangulares, producto de la intersección de dos cañones desiguales. En los muros se ve la parte alta de grandes nichos, y los agujeros del Columbario.

29 de octubre de 1930

EN ROMA

Nos levantamos pronto y nos ponemos a escribir, pero no adelantamos gran cosa. Después de desayunar, vamos hacia el Capitolio y pasando por delante de la roca

Tarpeya, nos encaminamos al Teatro de Marcelo. En el extremo del Capitolio, que anoche vimos iluminado han puesto una inscripción conmemorando la reposición en su estado original del mismo, hecha al cumplirse el VIII año de la era del fascio. Es una inscripción latina muy elegante, como todas las que hemos ido viendo por aquí. Salimos a la Bocca della Verità, y volvemos a ver al paso a Santa María in Cosmedin y los templos de Portuno y la Fortuna Viril. Volvemos hacia el Arco de Jano, cubierto con bóveda de aristas, que el otro día no habíamos logrado ver bien, construida sobre costillas de ladrillo, dobles y unidas a trechos por otros grandes ladrillos, del tipo cuadrado de dos palmos. De forma que viene a ser una costilla múltiple articulada.

Vemos mejor el arco de los cambistas, que no es tal cosa, sino un simple pórtico adintelado, con bastante decoración y no de buen gusto y entramos en San Giorgio in Velabro, muy simpática, con tres naves separadas por arcos sobre columnas y la misma disposición de siempre, semejante a las cosas de los Comas, en el altar mayor. Es curioso el gran error de replanteo que tiene y que hace que la nave central sea mucho más estrecha en su cabecera que en la parte de la entrada. No se percibe esto bien hasta que se está en el mismo altar mayor, como es natural. Conserva bien la disposición con su pórtico y un airoso campanile, del tipo del XII- XIII, acostumbrado.

Vamos a ver la Cloaca Máxima. Se entra por un callejón que hay enfrente al arco de los cambistas y que da vuelta en ángulo recto. Pero nos encontramos con que no podemos ver nada en absoluto, salvo un gran hueco semicircular cubierto de musgo y yedra en todo su frente y que casi hasta los hombros está lleno de agua. En tiempo de sequía parece que puede verse bastante bien, para lo que tiene una escalera enfrente, pero ahora está también anegada. Y por el lado del río nos dicen que es inútil, pues, naturalmente, el agua estará al mismo nivel. Vamos hacia San Teodoro, en donde no conseguimos entrar de ninguna manera. Y nos encontramos con la sorpresa de que para entrar al Palatino, no es por aquí, como indicaban las guías, sino que hay que hacerlo por el Foro. Total que volvemos a la Bocca della Verità y allí tomamos un circolare, que nos lleva al Coloseo.

En el Palatino nos encontramos otra vez con el mismo maridaje entre arte y naturaleza que ya hemos visto en una porción de cosas de Roma y el Palatino, como parque, es extraordinariamente hermoso. Vamos primero hacia el Casino Farnesio, desde donde hay una preciosa vista sobre el Foro y la Basílica de Majencio, y donde hacemos un par de fotografías. Después seguimos hasta encima de Santa María Antigua, para empezar la visita por allá, siguiendo el orden que lleva la Guía azul.

Nada más entrar en el Palacio de Calígula, nos encontramos con un arranque de bóveda interesante, de que tomo nota aparte. Y seguimos con una serie enorme de bóvedas, todas de cañón y varias de ellas con sus muros convergentes, que no son sino las instrucciones del Palacio. Todo el sistema con arcos de ladrillo y macizos enormes de hormigón dispuestos en masas de una altura que oscila entre $\frac{3}{4}$ y una vara de las nuestras, regularizadas con hiladas de ladrillo. Todo esto es particularmente claro en los muros de la escalera que lleva a la terraza superior. Antes de esto he hecho una fotografía del Clivus Victoriae con su embaldosado característico circular.

Desde la terraza superior se tiene una formidable vista sobre gran parte de Roma y especialmente sobre el Foro. Cruzando la terraza y pasando por el laberinto, nos vamos al extremo sur, y bajamos junto a las habitaciones de este muro, correspondientes a los alojamientos de soldados del Palacio de Tiberio, del que hemos visto antes, por la terraza, algunas habitaciones a que no hemos podido pasar, soladas de mosaico. Junto a estas habitaciones de soldados, hacia suroeste, se ve el basamento del templo de Ceres, nada más que en su núcleo y en algunos fragmentos decorativos por allá y, entre ello y la casa de Livia, el basamento reconstruido de lo que llaman casa de Rómulo, una cisterna curiosa, de que tomo nota, y los restos de la pseudo escalera de Caco, con el despiece característico y el material de las cosas primitivas. Tampoco queda cosa mayor del templo de Jove Vencedor. En cambio, es buena la conservación de la casa de Livia, con la serie de frescos, en lo que queda, bien conservados, que nos completan bastante la visión que nos habían proporcionado las pinturas del Vaticano y las Nozze Aldobrandini, pero sin llegar de ninguna manera a estas, que hasta ahora son las mejores que he visto.

Salimos a ver la casa posterior de Livia y el Ninfeo del ángulo S.E. del Palacio de Tiberio, y enseguida entramos por el criptopórtico, donde me vuelven a sorprender los estucos con su finura y su gracia decorativa. Seguimos por el hasta la escalera de la derecha, que nos lleva a la casa de los Flavios. Y aquí ya se acaba todo y nos encontramos con una cosa que nos sorprende mucho más aún que las termas de Caracalla. No sé si en cuanto a tamaño tienen gran diferencia, pero en cuanto a pujanza de construcción me parece aún más fuerte e impresionante. Lo primero que encuentro notable es la Basílica, que me recuerda extraordinariamente a la de Domitilla, que vimos ayer. Es casi gemela de ella en tamaño y en disposición. El Aula Regia, después, me produce la impresión de un gran patio de honor, comparable a lo de Comares, en una disposición que me resulta semejante. Y nos asomamos también al Larario, donde las excavaciones han dejado al descubierto una serie de tumbas, no sé si de época anterior. Pero todo esto son tortas y pan pintado junto al inmenso Peristilo, en uno de cuyos lados largos hay una habitación curiosa en cuanto a planta y de la que es lastimoso no saber cómo sería la bóveda, aunque dada la planta octogonal, me inclino a creer en la posibilidad de fuera bañada, en forma semejante a la lo de la Minerva Médica. Y en el Peristilo se alcanzan a ver, por lo menos, tres plantas superpuestas, con inmensas bóvedas las inferiores. El Triclinio, más pequeño, pero también inmenso conserva en mayor grado que el Peristilo su pavimento de mármoles de colores. Mucha parte de él está arruinada, ya que el suelo ha cedido, por estar todo el sobre un hipocaustum, el mayor en cuanto a dimensiones de los que he visto. El Palacio entero está lleno de canales en las paredes y de conductos para la calefacción en todos los sentidos. Asombra lo que sería necesario para caldear estas inmensas salas y aún el mismo peristilo, en el que también hay conductos. En el Triclinio tenemos además casos curiosos de deformación de las lascas de piedra y de mármol, que a veces se han deformado, acomodándose al suelo conforme este cedía. A un lado del Triclinio está el Ninfeo, muy bien conservado, y en toda esta parte siguen existiendo las mismas tres plantas, por lo menos.

Después de echar un vistazo sobre Roma, bajamos hacia el Paedagogium, con su pórtico reconstruido en ladrillo, según una columna que quedaba a más de los restos del arquitrabe, y la serie de habitaciones abovedadas detrás y, pasando ante los restos del Palacio de Augusto llegamos al Estadio, inmenso y solemne. Todo él de ladrillo, rodeado de pórticos cubiertos con bóveda de cañón sobre pilares cuadrados, con medias columnas en su parte de afuera. Toda la construcción es de ladrillo, incluso los fustes, hechos con ladrillos conformados a la curva, pero después estaba completamente recubierta de mármoles y con los restos correspondientes se han restaurado en debida forma algunas porciones. Es pobre la cosa, si se atiende estrictamente a lo que se dice, pero es que en el tamaño inmenso de aquello, no se comprende una cosa maciza, sin trampa ni cartón, que sería imposible. Lo mismo ocurre con las inmensas bóvedas y construcciones del Belvedere, el Settizonio y el Palacio de Settimio Severo, que dejan completamente aplastado. Y aquí nos volvemos a encontrar bóvedas hechas con costillas por el mismo procedimiento de lo del Arco de Jano.

Subimos a la terraza del Belvedere y al segundo piso del estadio, y ya por allá nos vamos hacia la puerta Mugonia y el Casino Farnesio, donde nos volvemos a asomar al criptopórtico y salimos definitivamente hacia el Clivus Palatino y el Arco de Tito. Compramos un librito del Foro y del Palatino y nos vamos a comer en un autobús. Llegamos a casa dadas las dos y media. Hay carta, en que me felicitan el cumpleaños y me dicen me escribirán en adelante a Nápoles.

Después de comer nos vamos en autobús y tranvía, hacia San Pablo Extramuros. Los tranvías estos del extrarradio son muy majos, largos y con ocho ruedas, es decir, con bogies girantes como los trenes. Llegamos a San Pablo y nos empezamos a encontrar asombrados en cuanto entramos en el inmenso atrio. Todo es nuevo, o por lo menos lo parece, pero la impresión es mayor que la de Santa María y sólo cede en cuanto iglesia ante San Pedro, por la cúpula, ya que la sensación de longitud es mayor aquí, por estar menos acusada la altura. Quedan mosaicos antiguos, pero restaurados y como si fueran nuevos. Vamos al claustro, muy semejante al de San Juan de Letrán, aunque algo más rico y desde luego, mejor conservado; pero estos claustros italianos siguen sin convencerme; son muy bonitos, pero los encuentro fríos y sin emoción alguna. Muy lejos de los nuestros. Seguimos dando vueltas por San Pablo, hasta que empieza a faltar la luz, que tamizada por las placas de alabastro da un ambiente tan especial a toda la basílica.

Volvemos a coger el tranvía y nos vamos a San Giovanni e Pablo, donde llegamos a punto de cerrar, pero después de algunos dengues, el sacristán consiente a gusto en enseñarnos los subterráneos. Son en resumen, una casa romana de varias plantas, con habitaciones irregulares, pues casi ninguna es rectangular, y llenas de una serie de frescos, que son los más importantes y mejor conservados que hemos visto, entre ellos una formidable escena mitológica, del siglo II, y algunas representaciones cristianas del mayor interés, como el mártir adorado y las mismas escenas del martirio. Hay incluso la bodega, en que las ánforas están ubicadas en tierra, dispuestas a un lado de la habitación, en hileras escalonadas y rellenas de tierra entre ellas. Una cosa

interesante que no había visto. Al salir, compramos una monografía, que nos parece interesante, y Navascués y Taracena se arman un lío, mediante el cual resulta que el sacristán percibe una propina fantástica y a nosotros nos sale un poco cara la visita. Cogemos un tranvía al salir y a Navascués por poco se lo llevan a Pekín mientras paga. Vuelve al fin y en autobús a casa, mientras Taracena va a arreglar sus viajes por Alemania.

En casa determinamos ir mañana a Asís, y después de cenar, nos acostamos enseguida, porque hay que madrugar de firme.

Monte Palatino

Subiendo de Sta. M^a Antica, por el Clivus Victorial, en la primera estancia al entrar en el palacio de Calígula, hay el arranque de una bóveda baída rebajada algo igual a. Los arcos generadores quedan completos y de los arranques de la bóveda quedan los cuatro riñones en hormigón. La planta no es cuadrada sino irregular y seguramente a ello ha de obedecer la estructura de la bóveda. Viene a ser una cosa así. De todas formas la bóveda resulta una cosa verdaderamente rara, de acomodación, y no absolutamente esférica, al parecer.

Al lado de la casa de Rómulo, entre ella y la casa de Livia una cisterna de tiempos de la república cerrada en su cima por aproximación de hiladas. Es de planta circular. Pero las hiladas no se retallan, sino que quedan escalonadas, así como el enlucido que las cubre. 3 metros diámetro

Casa de Livia

La entrada al triclinio tiene, en un muro cubierto de opus reticulatum, la puerta con dintel dovelado y arco de descarga ambos en tuto, como todo el muro.

30 de octubre de 1930

EN Asís

Una espléndida visión medieval. Hemos tenido que madrugar de firme, a las 6, para poder arreglarnos y marchar a la estación con tiempo un poco suficiente. A las 7 salimos de casa y cogemos un autobús que nos deja en la misma estación. Tras de coger el billete, desayunamos modestamente en el bar de allá y nos instalamos en nuestro tren, un magnífico tercera que no tiene nada que envidiar ni que echar en cara a los de tercera de nuestros trenes de la sierra. El público es próximamente el mismo; clase media más o menos empingorotada. El viaje hasta Asís son cuatro horas, atravesando una campiña verde, que en cierto momento se extiende en llanuras de pan llevar; pero en conjunto, paisaje de sierra, blando, sin la bravura de nuestro Guadarrama. Y engañoso, porque estos montes son menos abruptos a la vista, aunque la realidad sea otra. En la paz del paisaje, las yuntas, casi siempre blancas de los cuernos enormes, y alguna visión medieval de un torreón en la cima y una muralla cortando la ladera, casi a pico de un cerro. Pero todo muy bonito, como de broma.

A las 12 en Asís, que como la mayor parte de los pueblecitos italianos que hasta ahora he visto, está colgado casi en la cima de un cerro, con un castillo, que lo defiende y lo oprime, sobre él. Hay que coger un autobús al salir de la estación, que sube dando vueltas, y nos deja en una típica plazoleta, con la iglesia de Santa Clara en uno de sus lados. Descubrimos en él un ristorante, con aire de limpio, y hacia él nos encaminamos. Navascués, pastina in brodo; yo, pasta asciuta; y los dos, vitello al forno y queso para postre. Bien y no caro. Salimos y nos encaminamos a la Plaza Vittorio Emmanuele, lo que pudiéramos decir plaza mayor, que nos da en resumen toda la sensación del pueblo: casas de tipo señorial, todas de piedra, en mampuesto, con sus puertas de arco agudo trasdosadas en algo como abanico. Ventanas por lo general y, en algún momento, balcón, pero pomposo y de aparato. En la plaza, una fuente con infinitas palomas y, en uno de los lados largos, una magnífica torre, al lado de un templo clásico, greco-romano, convertido en iglesia. Todos los elementos del medioevo italiano están allí compendiados. Lo que falta para que la imagen sea viva, lo ponen el ambiente y el silencio, que parece ha de llegar a oírse. El encanto de ambiente es imponderable, y desde este momento ha de irnos acompañando, acrecentándose cada vez más.

Seguimos la calle opuesta a donde hemos venido, en dirección a San Francisco y, aparte de ella misma, van naciendo a un lado y a otro rincones encantadores, cuestecitas sinuosas en escalera, con su aspecto de pueblecillo serrano español; un porche elegantísimo, como pedazo de un claustro; la maravilla dorada de un retablo románico, en el fondo de un arco que al principio parece portal; la maravilla de una escalera que al primer piso se transforma en calle, fina y silenciosa; la lejanía de unos montes azules, azules...Y sobre todo ello una sensación de paz absoluta y de señorial bienestar, en un pueblo que brilla limpio como el vidrio de un espejo.

Llegamos por fin a San Francisco, y desde la terraza en que desemboca la iglesia alta, echamos una ojeada al paisaje y tenemos la primera sorpresa verdad del día. Es un paisaje claro y ordenado, de primitivo, con unas tierras repartidas geométricamente en verdes parcelas; con unas lejanías azules; con unos arbolitos minúsculos, colocados también en orden perfecto; con unas yuntas blancas diseminadas y con unas casitas entre las que a veces asoma alguna iglesica, rodeada de cipreses. El paisaje de los primitivos es una cosa así, y lo cristalino del ambiente y la pureza de los colores estaban en la naturaleza. Copiaron lo que vieron.

En esto, hacemos un poco tiempo, mientras abren, y cuando lo hacen entramos directamente a la iglesia inferior. Es frágil, a pesar de su robustez, toda pintada, en colores pálidos, salvo los toques de oro y el azul intenso, en las bóvedas, que denuncian muy claramente la de aristas capialzada. En la bóveda del crucero, cuatro de los frescos atribuidos a Giotto, con las bodas místicas de San Francisco. Pero de Giotto habrá que hablar después. En el crucero otras cuantas pinturas y entre ellas, en el lado derecho, una imponderable Santa Clara, de Simone Martini. También unos frescos de la vida de la Magdalena, por el Giotto, con el Noli me tangere. Pero el Giotto donde se ve es en la iglesia alta. Tardamos en salir a ella, retenidos por

la otra, y cuando lo hacemos me llevo una enorme sorpresa. Los frescos de Giotto son tan claros y luminosos como una vidriera, y aún me atrevería a decir que más, pues quitan la imprecisión de matiz que la vidriera lleva consigo. Es una pintura de alegría sencilla, verdaderamente franciscana, con una limpieza tan extraordinaria y unos colores tan finos y delicados, que parece había de mancharlos el mismo aire, y que son una verdadera revolución al lado de los colores duros y hoscos en su entereza, de los esmaltes. Pero aún hay más. Y es que el que ha pintado así, es un artista de cuerpo entero, con un temperamento formidable. Que afronta la realidad y el material en todas sus manifestaciones, que prescinde de convencionalismos y de fórmulas consagradas, que intenta perspectivas y agrupaciones, que desarrolla cada cuadro en un solo asunto narrado completamente, que no se complace estérilmente en la anécdota y en lo episódico, sino que maneja en cada escena los accesorios estrictamente necesarios para crear ambiente, y que junto a todo ello tiene una frescura y una ingenuidad que encantan. La predicación de los pájaros es un poema encantador; terrible de dramatismo la predicción de la muerte del Celanese, rebosante de amor y de ingenuidad franciscana, la institución del pesebre. Y así todos. Hay que descansar un rato, para dejar que se sedimenten las cosas. Y salimos a la terraza. Así se nos aparece dispuesto en la ladera del cerro, con unas cuantas calles largas, paralelas y unas cuantas cuevas y escaleritas que las unen entre sí. Abajo, a la entrada de la iglesia, se forma una plazoleta irregular, con unos soportales en torno, de bóvedas de arista, que soportan unas arquerías de medio punto sobre pilarillos, tan graciosas y ambientadas, que casi se espera ver en dos de ellas como va brotando una anunciación, del pincel de Fra Angélico.

Volvemos hacia la iglesia, damos otra vuelta y compramos unos libros y postales, y bajamos a la iglesia inferior, donde están los frailes rezando. Es temprano, pero está nublado y apenas si hay luz. Antes hemos estado en la cripta, rehecha modernamente en piedra tosca, entre sillarejo y mampuesto, pero con gracia evidente y en la cual está el sepulcro del Santo. Es verdaderamente emocionante. Dejamos San Francisco con pena, y volvemos hacia la Plaza Mayor, recordando rincones vistos antes y encontrando otros encantadores y nuevos. El templo pagano, transformado en iglesia en el XVI, no conserva nada clásico en el interior. Y andando, andando, llegamos a la Catedral, muy bonita en su fachada, que nos hace pensar en algo del XII o XIII, pero que en su interior está perfecta y absolutamente remozada. Al salir nos perdemos por otras cuantas calles típicas hasta bajar a Santa Clara. Me da la impresión de que los pueblos aragoneses de sierra han de ser una cosa semejante a esto. Y el color general del pueblo me recuerda efectivamente a lo de Aragón. Entramos en Santa Clara, y una monjita nos llama, ofreciéndose a guiarnos en la visita. Bajamos a la cripta, muy rica, pero moderna y, a través de una verja, en magnífico camarín, vemos la momia de Santa Clara. Rezamos un momento y luego, arriba, en una capilla con preciosos frescos como giottescos, nos enseñan a través de otra reja y al parecer en clausura, el crucifijo famoso que, según la tradición, habló a San Francisco. Y la monjita que desde dentro lo explica, nos da unas estampas, son la imagen de Santa Clara y la del crucifijo.

A las puertas de la iglesia hay un puestecito de chucherías, con cerámica de Deruta, como la que había en el ristorante donde hemos comido. Son curiosos sobre todo los jarros, con su gran piqueta y su asa como haciéndoles contrapeso. Y las decoraciones en azul, ocre o amarillo y verde, como en las cosas actuales de nuestro Talavera. En vista de que la combinación no es nada buena para cenar, nos metemos en un café de la plaza, donde nos sirven un té con pasteles y leche, succulento y del que, naturalmente, no queda nada. Al terminar escribimos a casa. Y antes hemos comprado unos papeles que hablan de la boda regia y traen notas de Asís. Nos vamos hacia la plaza de Santa Clara, cogemos los billetes al paso, y mientras sale el autobús aún gozamos un poco de la silueta de Asís, destacada sobre los campos, que se cargan de azules y violáceos indefinibles. Y la silueta de Asís es la misma de las casitas escalonadas y el paisaje de nacimiento de los primitivos, pintoresca y variada en su caprichoso recorte.

Ya en el autobús tenemos la última visión de Asís, lleno de lucecillas en la noche. En el tren nos dedicamos a charlar y a contar historias. Y a fumar, que hoy nos hemos quedado solos. En Roma, nos encontramos con la sorpresa de una carta muy cariñosa de Don Manuel, pero un poco amarga y escéptica. ¡Qué le vamos a hacer! Y a la una de la mañana, son ocho horas de viaje en el cuerpo y una última visión en recuerdo de Asís, nos metemos en la cama.

31 de octubre de 1930

EN ROMA

Nos levantamos muy temprano, y enseguida nos vamos en autobús a San Pedro, pero nos encontramos allá con que no hay confesor español y nos tenemos que marchar hacia el Gesú, donde confesamos y comulgamos. Al volver hacia el Albergó compramos los "Foros Imperiales" de Paribeni. Desayunamos con Taracena y nos vamos todos hacia San Pedro, donde llegamos a cosa de las 10½ y en el despacho del Maestro de Cámara de Su Santidad nos dan una papeleta para la Audiencia. El encargado es un clérigo de mediana edad, fino y elegante. Son casi las 11 y la audiencia es para las doce y cuarto. Salimos disparados y en un taxis nos vamos a ver al Papa Doria, que hoy es el único día de visita. Y aquí ya se nos acaba casi la prisa ¡qué barbaridad! Es idiota la cosa, pero descubro a Velázquez, no sé la razón. Quizá acostumbrado a ver los retratos del Prado, ninguno me ha hecho la impresión que este. Es de una vida y de una verdad tan inmensas, que muy difícilmente podríamos imaginarlas. Técnicamente la mano derecha, caídos los dedos sin esfuerzo es una maravilla, pero es que además lo es todo. El traje, con los tornasoles del rojo; el juego de rosados de la encarnación, la manera brutal con que a través de la perilla rala se transparenta el mentón; el pliegue adusto en que se sume la boca. Yo no sé ahora quién era el Papa Doria, históricamente hablando; pero me lo figuro muy lejos de la paz y la serenidad evangélicas. Y como trozo de pintura, aún dentro de la misma obra de Velázquez, es este el retrato más jugoso que recuerdo. E inmensamente superior al Cardenal de Rafael en el Prado. Pero como tenemos que ver al otro Papa, hay que correr y dejar a Velázquez.

Nos vamos hacia el hotel y allí empezamos a combinar la manera de vestirnos. Navascués va a ver si encuentra un traje alquilado, pero solo le ofrecen una birria y el hombre vuelve con las manos vacías. Yo mientras tanto me he acomodado bastante bien en el chaqué de Taracena, quien a su vez se ha encajado su smoking. Y a Navascués le colocamos el pantalón a rayas y la americana negra de Taracena, y con este motivo hay una gran juerga. Después de apretarle todo lo imaginable la trinchera de los calzones, le caben de cintura casi dos almohadas. Y la chaqueta no hay que decir. Verdaderamente jocoso. En fin, nos metemos en un taxi y hacia San Pedro. Dejamos sombreros y gabanes en el guardarropa. Se entra por la puerta de bronce, donde hay unos suizos majísimos haciendo la guardia, vestidos de tiricas de colores y con su hermosa boina y lanza. Por la escalera de la derecha se sube hasta llegar al Cortile de San Dámaso y allí otros guardias magníficos, con tricornio y charreteras, como nuestros alabarderos, le indican a uno la escalera de subida, que está al lado derecho, y en la cual hacen guardia, también con alabarda, los vestidos de tiricas, pero aquí con capacete. Ya arriba hay unos ujieres, respetables por su edad y por sus carnes, que van todos vestidos de púrpura, con calzón corto y mangas volantes. Estos son los que le introducen a uno. Primero nos llevaron a una gran sala, donde había ya mucha gente, y después nos pasaron a otra más pequeña y por lo visto más distinguida. En ella estaban de guardia dos magníficos de caballería, con calzón blanco y frac, botas altas de montar, gran tahalí y sable, y un morrión de pelo fantástico. Se me pasaron las ganas de pedirles uno para ver qué había dentro. Y al lado de ellos un desgraciado pipi, con su quepis y su pompón morado, su guerrera negra con vivos morados y pantalón morado con vivos negros y su tercerola.

Cuando pasa un rato y ya ha venido alguna más gente, entre ellos, bastantes frailes y alguna monja, nos pasan a la sala anterior, donde hay más individuos de quepis y allí nos esperamos definitivamente, mientras entran algunas audiencias privadas y salen otras, entre ellas uno a quién presentan armas. Y supongo será embajador.

Por fin suenan los timbres y viene el Papa. Nos hincamos todos de rodillas y por la puerta del fondo sale la comitiva. Vienen primero unos guardias nobles, con su gran casco; después unos cuantos con uniforme como el de nuestros gentileshombres, dos purpurados, que deben ser cardenales y el Papa, todo vestido de blanco, con faja y zapatillas rojas. El Papa es alto y fuerte, de figura elegante y ágil, y prodigiosamente bien conservado para su edad. No es un viejecito, sino que da la impresión de un hombre en la plenitud de sus energías, y a quién no se le calcularían más de sesenta años. Sale dando a besar el anillo, entre los dos cardenales. Cuando llega a mí, también lo beso. Es una mano muy blanca, y un anillo de oro, con una amatista regularmente grande, que es lo que se besa. Una visión blanca que pasa rápidamente delante mío. Cuando termina vuelve un poco hacia el centro, reza y da la bendición papal. Y sale hacia las otras salas. Y se acabó. Cuando salimos, por el mismo camino de antes, está lloviendo. Es casi la una y media. Nos vamos al hotel, comemos y salimos hacia el Crédito Italiano. El cambio va hoy aún mejor, a 205. Cambiamos 500 pesetas.

En Correos, nada, Seguimos nosotros hacia Piazza del Pópolo, donde cogemos un tranvía para ir al Instituto Alemán. En el mismo coche monta una muchachita alemana

bastante mona. Y pienso que ella nos guiará, sin querer, al Instituto. Efectivamente, tiramos tras de ella y llegamos bien. Pero a todo esto, con gran juerga, porque ella se ha creído que la seguimos y vuelve la cara varias veces. En el Instituto resulta que no está la Srta. Speier, y nos tenemos que marchar, cariacontecidos. Nos vamos viendo algo de la Roma que no conocemos, es decir, de la moderna, por la calle Victorio Veneto adelante hasta el largo Tritone, y de allí hacia la Plaza de España para ir a la vía Condotti a ver a Alinari, pues Don Manuel me dice que no ha recibido el Catálogo. Nos encontramos allí con Taracena. Alinari me enseña el justificante de que lo ha mandado el día 17. Habrá que esperar que llegue. Compramos más postales y volvemos hacia el Instituto Alemán, donde encontramos a la Speier y vemos otro par de veces a la guía de antes. Nos presentan en la Biblioteca, hojeo el catálogo de materias, y me quedo sencillamente aterrado. Repaso algunas cosas y tomo unas cuantas notas y, a las 7 muy largas nos despedimos de la Srta., quien nos muestra el archivo fotográfico, con más de 50.000 pruebas duplicadas dispuestas por orden geográfico y de materias. Una cosa verdaderamente aplastante.

Nos volvemos a casa a cenar y a acostarnos con tiempo, después de escribir algo, a eso de las 11.